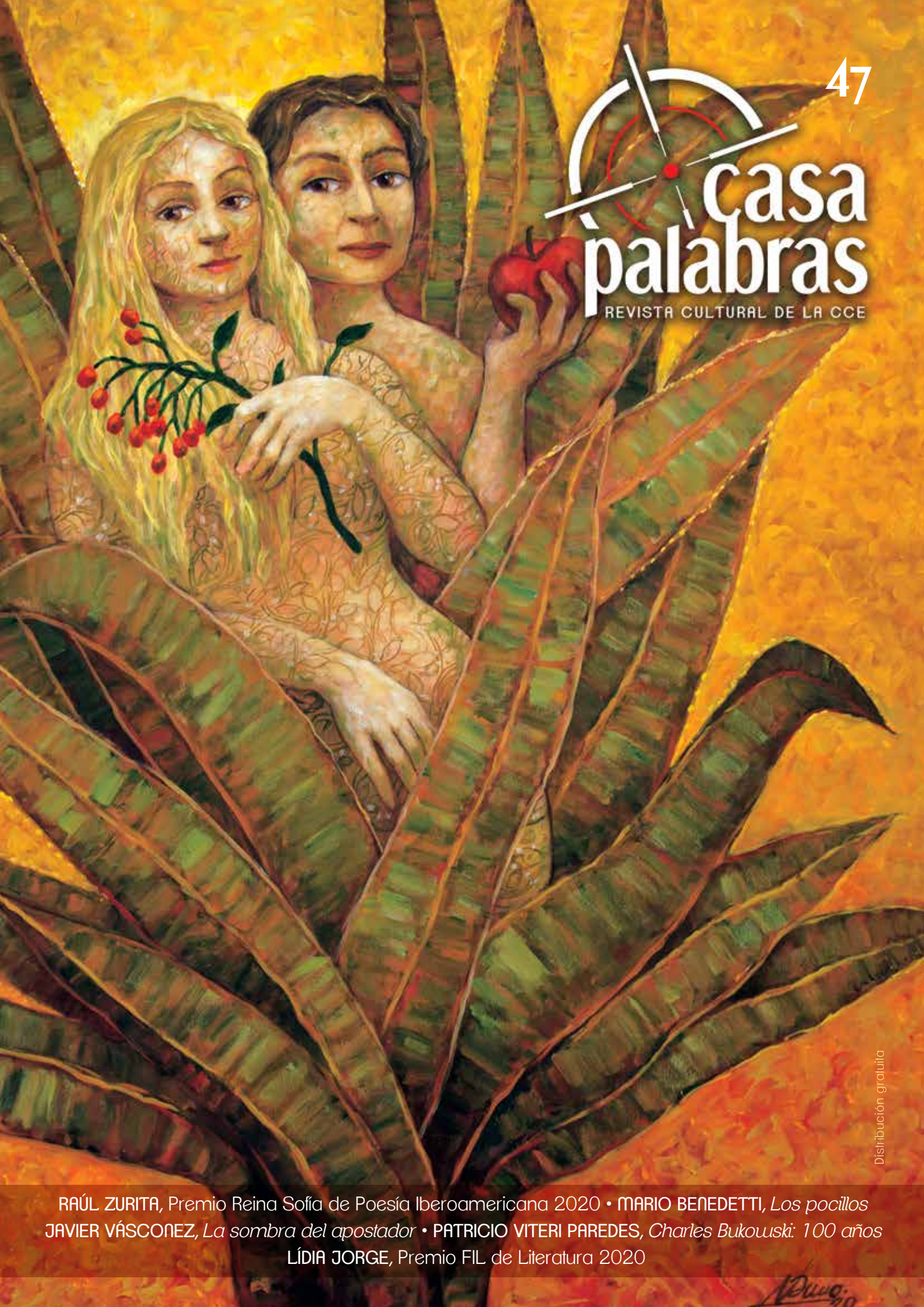


47



**casa
palabras**
REVISTA CULTURAL DE LA CCE



Distribución gratuita

RAÚL ZURITA, Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2020 • MARIO BENEDETTI, *Los pocillos*
JAVIER VÁSQUEZ, *La sombra del apostador* • PATRICIO VITERI PAREDES, *Charles Bukowski: 100 años*
LÍDIA JORGE, Premio FIL de Literatura 2020

Todas nuestras revistas digitales y algunos e-books gratuitos los encuentras en:

www.casadelacultura.gob.ec/postpublicaciones/



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Nuestros amigos

Este año 2020 la humanidad entera fue sorprendida y golpeada por una pandemia que no estaba ni en lo más remoto de nuestra imaginación...

En medio de la incertidumbre, todos fuimos forzados a recluirnos en nuestros hogares y como ráfagas incesantes nos llegaban las noticias... Por medios de comunicación, teléfono y redes sociales, íbamos enterándonos de familiares, amigos y conocidos que fallecían. Fuimos sintiendo cómo cada partida, en cualquier lugar, nos afectaba, y cada pérdida era nuestra propia pérdida.

El luto nos envolvía y remecía todos nuestros cimientos, más aún en estos momentos de desconcierto y desesperación.

El universo de la cultura y el arte no fue ajeno a esta situación, fuimos llorando las pérdidas en Quito y el país entero; los funerales de artistas y trabajadores de la cultura se realizaban en el más doloroso aislamiento.

Como presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en la más profunda intimidad, he llorado todas esas pérdidas, cada una de esas despedidas.

Hoy, después de casi ocho meses, siguiendo los pasos de mi corazón, he sentido que es neces-

sario rendir un digno tributo y despedida a nuestros hermanos y hermanos del arte y la cultura que partieron.

Después de toda esta vivencia, siento que ya no podemos seguir siendo los mismos, tengo la certeza absoluta de que no serán en vano todas estas ausencias, abrigo la esperanza que de esta experiencia saldremos con un corazón renacido, dispuestos a construir la anhelada nueva sociedad, desde nuevos paradigmas, desde el amor incondicional y la solidaridad más pura, reconciliados con nosotros mismos, con la naturaleza, con nuestros hermanos sin importar las diferencias.

Que cada uno de nosotros sintamos su presencia, porque ellos están aquí, no han salido de nuestras almas y nuestros corazones. Ellos vivirán allí por siempre.

Familiares, amigos, compañeros, ciudadanos, les abrazo con todo mi afecto desde mi ser, y desde esta Casa, la Casa del arte, de la solidaridad, del amor y la ternura.



Camilo Restrepo Guzmán



NÚMERO CUARENTA Y SIETE · OCTUBRE 2020

PRESIDENTE
Camilo Restrepo Guzmán

DIRECTOR
Patricio Herrera Crespo

EDITOR
Patricio Viteri Paredes

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
María Arboleda, Franklin Barriga López, Rommel Manosalvas, Humberto Montero, Daniel Ortiz, Antonio Sacoto, Juan Valdano, Javier Vásconez, Eiraín Villacís

EDICIÓN DE TEXTOS
Katya Arfieda

DISEÑO
Tania Dávila L.

PORTADA
Nicasio Duno, *El milagro de la vida (como el principio, origen y metáfora de la vida)*, acrílico sobre lienzo



Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones

Avs. 6 de Diciembre 116-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 463
gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

#Casapalabras



@casapalabras.cce



casapalabras_cce



www.issuu.com



casapalabras.cce.ec@gmail.com



16

03 Poemas de Raúl Zurita, voz fundamental de Chile y ganador del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2020.

10 Capítulo de *La sombra del apostador*, novela finalista del Premio Rómulo Gallegos 2001, del escritor ecuatoriano Javier Vásconez.

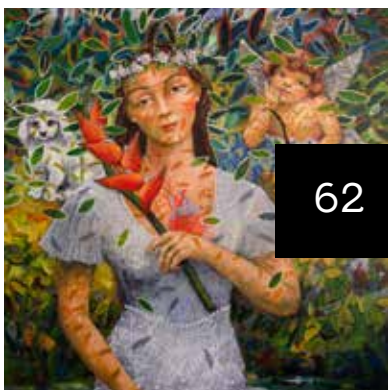
16 A 100 años del nacimiento de Charles Bukowski, poeta y narrador estadounidense, Patricio Viteri Paredes estudia su vida y traduce varios de sus poemas.

30 *Los pocillos*, relato del recordado escritor uruguayo Mario Benedetti, quien nació hace un siglo.

34 Poesía de Armando Rojas Guardia, gran escritor venezolano fallecido hace poco.

38 *Viaje a la semilla*, fascinante cuento del escritor cubano Alejo Carpentier, a 40 años de su muerte.

48 Rommel Manosalvas nos presenta su relato *Abuelita*, ganador del Segundo Mundial de Escritura 2020.



62



38

50 Capítulo de la novela *Un viejo que leía novelas de amor* y el cuento *My favorite things*, del excelente escritor chileno Luis Sepúlveda, fallecido en abril de este año.

58 Primer capítulo de la novela *Estuario*, de la escritora portuguesa Lidia Jorge, ganadora del Premio FIL de Literatura 2020.

62 Humberto Montero analiza la obra y el entorno del pintor venezolano Nicasio Duno, con motivo de su exposición *Los cuentos de Falcón* en la Galería Sara Palacios.

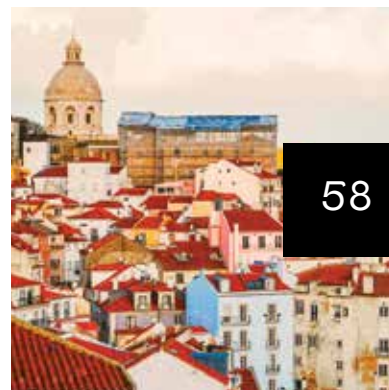
68 El escritor ecuatoriano Efraín Villacís nos entrega el primer capítulo de su nueva novela *Ciudad Jenga*, publicada este año.

72 'Galaxia roja', relato que forma parte del libro *Pasarela de tierra*, del escritor ecuatoriano Daniel Ortiz.

82 Reseña de Patricio Herrera Crespo sobre *La receta: relación fantástica*, de Francisco Campos Coello, considerada como la primera novela ecuatoriana de ciencia ficción.



82



58

90 El escritor Juan Valdano, Premio Nacional Eugenio Espejo 2020, nos entrega su cuento *El tigre*.

92 *La playa*, relato de la escritora e investigadora ecuatoriana María Arboleda, fallecida este año.

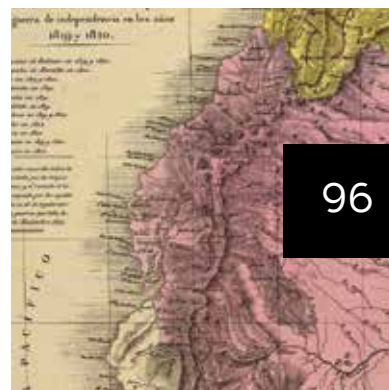
96 El historiador Franklin Barriga López nos da su profunda visión sobre el Bicentenario de la Independencia de Ecuador.

106 La Galería Virtual de la Casa de la Cultura Ecuatoriana presenta las obras de destacados pintores ecuatorianos de todas las provincias de la patria.

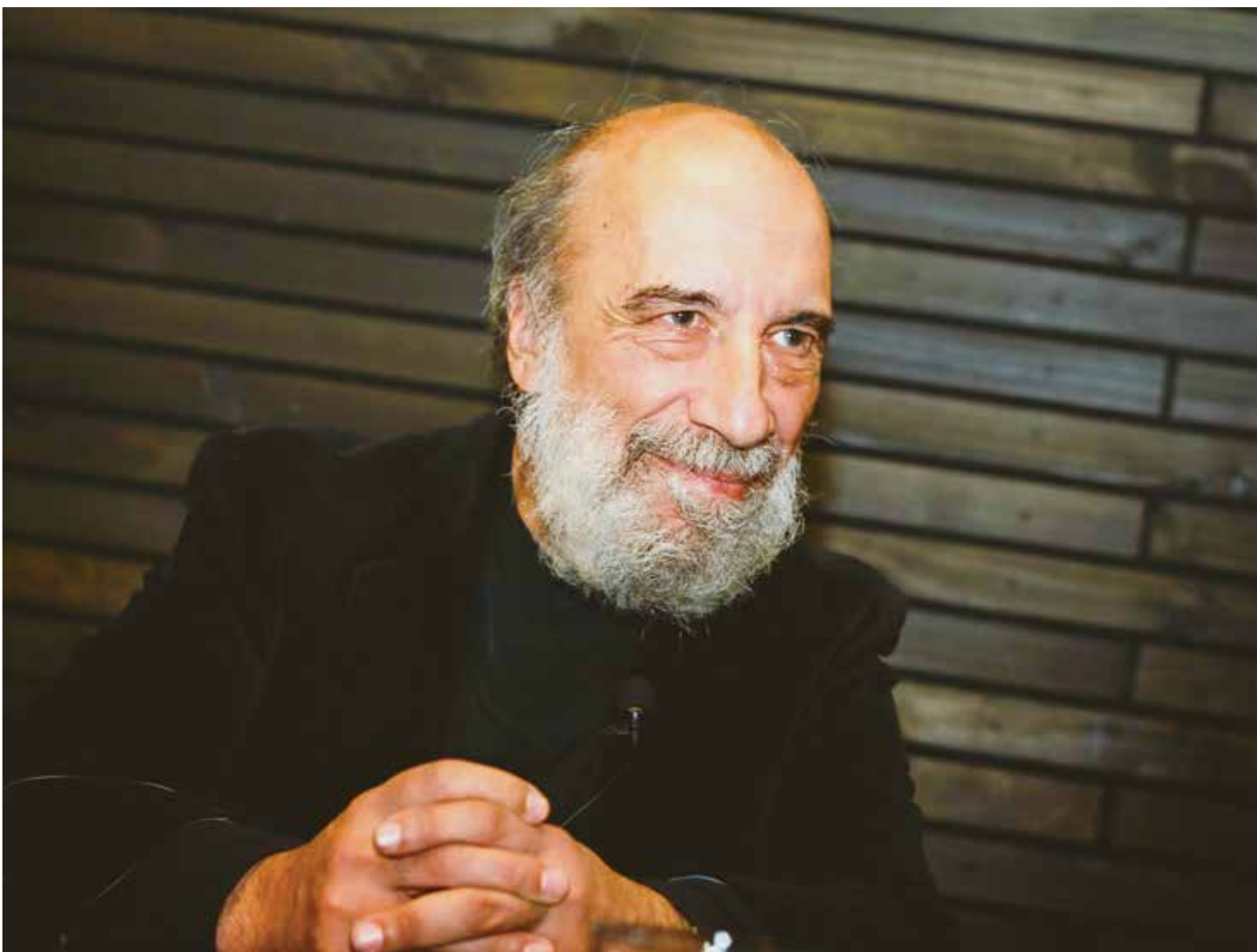
110 Camilo Restrepo Guzmán, Presidente Nacional de la CCE, presenta el libro *Édgar Palacios, vida de viento y metal*, del destacado músico lojano.

112 Antonio Sacoto, ensayista ecuatoriano, reseña la edición No. 46 de nuestra revista *Casapalabras*.

116 Homenaje a Quino (Joaquín Salvador Lavado Tejón), el gran dibujante humorístico argentino.



96



Raúl Zurita

(1950)

Una de las voces más relevantes de la literatura chilena contemporánea. Para él, la poesía antecede al lenguaje; es algo a lo que se accede y no algo que se construye: «Era necesario transformar el lenguaje hasta hacerlo carne, sangre, venas, biografía».

Raúl Zurita

PREMIO REINA SOFÍA DE POESÍA IBEROAMERICANA 2020



Las parejas reunidas largan su amor frente a las aguas

Señor, ante el torrente de las almas que aquí
van pasando
nosotros dos, boteros de estos ríos, te pedimos
que sostengas nuestro amor
tal como sostienes estas aguas corriendo
Y que cuando mi alma y la tuya
se desvanezcan entre los sueños y los mundos
que nuestro abrazo siga creciendo
más vasto que las mareas y más lento
Y que cuando al fin todo se vaya
tras las corrientes, cauces y ríos
que todavía
que todavía se escuchen los gritos de nuestro amor
acompañando el pulso de los remos sobre el agua

Las playas de Chile I

No eran esos los chilenos destinos que
lloraron alejándose toda la playa se
iba haciendo una pura llaga en sus ojos

No eran esas playas que encontraron sino más bien el clarear
del cielo frente a sus ojos albo como si no fuera de ellos
en todo Chile espejeando las abiertas llagas que lavaban

- i. Empapado de lágrimas arrojó sus vestimentas al agua
- ii. Desnudo lo hubieran visto acurrucarse hecho un ovillo
sobre sí tembloroso con las manos cubriéndose el
purular de sus heridas
- iii. Como un espíritu lo hubieran ustedes visto cómo se
abrazó a sí mismo lívido gimiente mientras se le
iba esfumando el color del cielo en sus ojos

Porque no eran esas las playas que encontraron sino el volcarse
de todas las llagas sobre ellos blancas dolidas sobre sí
cayéndoles como una bendición que les fijara en sus pupilas

- iv. Porque hasta lo que nunca fue renació alborando por
esas playas
- v. Ese era el resplandor de sus propias llagas abiertas en
la costa
- vi. Ese era el relumbrar de todas las playas que recién allí
le saludaron la lavada visión de sus ojos

Porque no eran esas las costas que encontraron sino sus propias
llagas extendiéndose hasta ser la playa donde todo Chile comenzó
a arrojar sus vestimentas al agua radiantes esplendorosos
lavando frente a otros los bastardos destinos que lloraron

Pastoral

Chile entero es un desierto
sus llanuras se han mudado y sus ríos
están más secos que las piedras
No hay un alma que camine por sus calles
y sólo los malos
parecieran estar en todas partes
¡Ah si tan sólo tú me tendieras tus brazos
las rocas se derretirían al verte!

Pastoral de Chile

IV

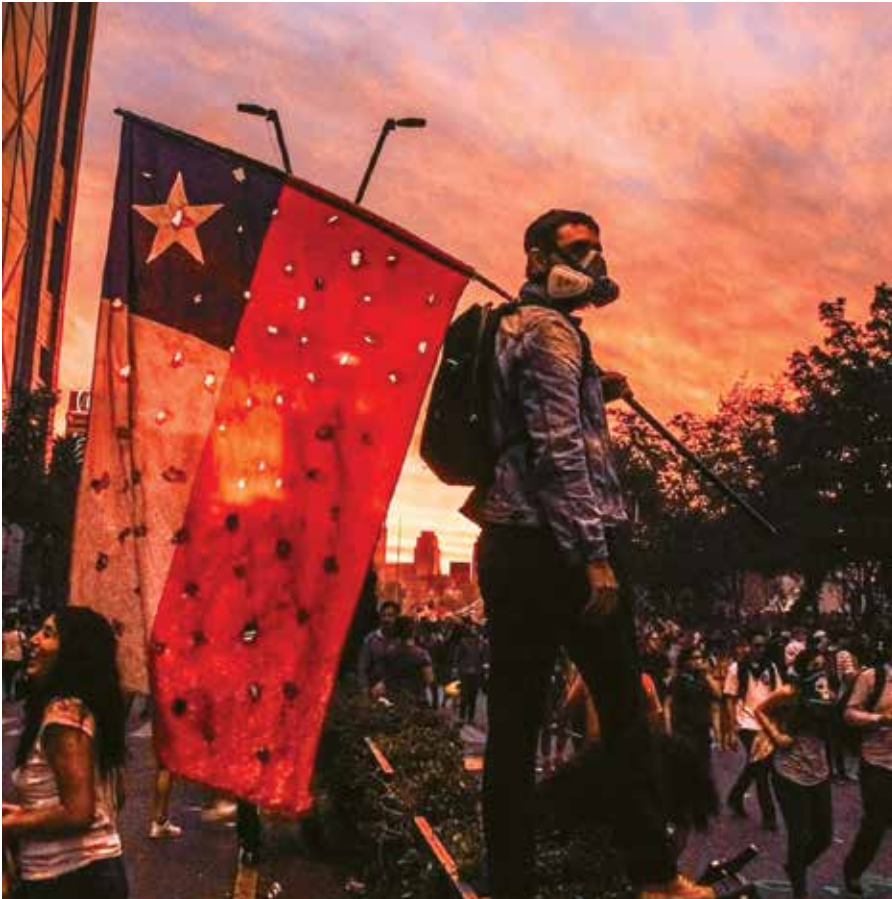
Son espejismos las ciudades
no corren los trenes, nadie camina por las calles
y todo está en silencio
como si hubiera huelga general
Pero porque todo está hecho para tu olvido
y yo mismo dudo si soy muerto o viviente
tal vez ni mis brazos puedan cruzarse sobre mi pecho
acostumbrados como estaban al contorno de tu cuerpo
Pero aunque no sobrevivirán muchas cosas
y es cierto que mis ojos no serán mis ojos
ni mi carne será mi carne
y que Chile entero te está olvidando
Que se me derritan los ojos en el rostro
si yo me olvido de ti
Que se crucen los milenios y los ríos se hagan azufre
y mis lágrimas ácido quemándome la cara
si me obligan a olvidarte
Porque aunque hay miles de mujeres en quien poder
alegrarse y basta un golpe de manos
para que vuelvan a poblarse las calles
no reverdecerán los pastos
ni sonarán los teléfonos ni correrán los trenes si
no te alzas tú la renacida entre los muertos
Hoy se han secado los últimos valles
y quizás ya no haya nadie
con quien poder hablar sobre la tierra
Pero aunque eso suceda
y Chile entero no sea más que una tumba
y el universo la tumba de una tumba
¡Despiértate tú, desmayada, y dime que me quieres!

V

Rómpanse de amargura, muéranse de dolor
Que se derritan sus tanques
y se caigan a pedazos sus aviones
y que de tristeza se hagan polvo corazones y valles
mentes y paisajes
delirios y galaxias
Porque enlutaron sus casas y arrasaron sus pastos
Porque no hay consuelo para nosotros
y nadie acude
a compadecerse de los afligidos
Y ella llorando decía:
«Nadie me quiere y mis hijos me han abandonado»
Pero ¿quién podría dejar de querer
al niño que cría
o abandonar al hijo que alimenta?
Pues bien, aunque se encontrase a alguien
que así lo hiciese
¡Ellos nunca te abandonarían a ti!

VI

Chile está lejano y es mentira
no es cierto que alguna vez nos hayamos prometido
son espejismos los campos
y sólo cenizas quedan de los sitios públicos
Pero aunque casi todo es mentira
sé que algún día Chile entero
se levantará sólo para verte
y aunque nada exista, mis ojos te verán



Te palpo, te toco y las yemas de mis dedos

Te palpo, te toco, y las yemas de mis dedos buscan las tuyas porque si yo te amo y tú me amas, tal vez no todo esté perdido. Las montañas duermen abajo y quizás las margaritas enciendan el campo de flores blancas. Un campo donde Los Andes y el Pacífico abrazados en el fondo de la tierra muerta despierten y sean como un horizonte de flores nuestros ojos ciegos emergiendo en la nueva primavera, ¿Será? ¿Será así? las margaritas continúan doblándose sobre el mar difunto, sobre las grandes cumbres difuntas y en la oscuridad, como dos envanecidas pieles que se buscan, mis dedos palpan a tientas los tuyos porque si yo te toco y tú me tocas tal vez no todo esté perdido y, todavía, podamos adivinar algo del amor. De todos los amores muertos que fuimos y de un campo de flores que crecerá cuando nuestras mortajas blancas, cuando nuestras mortajas de nieve de todas las montañas hundidas nos besen boca abajo y nos vuelvan para arriba las erizadas pestañas.

Felices los que lloran Inscripción 15

Si solamente supieras como lloro y no puedo despertar, que graciosa me verías si estuvieras como yo frente a los ríos de mi país llorando por ti. Me contaron y no es cierto, únicamente yo te he visto, vi tu cara color del azabache y del cielo pero no.

Los muchachos sacaron banderas blancas en el campamento, pero igual nos golpearon ¿Estás tú entre los golpeados, los llorosos los muertos? ¿Estás tú también allí mi Dios durmiendo cabeza abajo?

No hay perdón para esta nueva tierra, me dicen y nada de lo que hagamos cambiará la suerte que tendremos, pero yo lloro y no despierto y mi Dios se aleja como un barco.

Las ciudades de agua

A PW

Un hombre que agoniza te ha soñado, un hombre que agoniza te ha seguido. Uno que quiso morir contigo cuando tú quisiste morir.

Allí está mi cuerpo estrellado contra los arrecifes cuando ahogándome te vi emerger y eternamente cerca y eternamente lejos eras tú la inalcanzable Todo en ti es doloroso.

Te saludo entonces y saludo a lo eterno que vive en la derrota, a lo irremediabilmente destruido, al infinito que se levanta desde los naufragios, porque si agua fueron nuestras vidas, piedras fueron las desgracias.

No soy yo, son mis patrias las que te hablan: el sonido de océano que describo, las estrellas de la recortada noche.

Iluminada de la noche tu cara sube cubriendo el amanecer. Abres los párpados, entre ellos millones de hombres dejan el sueño, toman sus autobuses, salen, las ciudades de agua en tus ojos

||

Todo en ti está vivo y está muerto: el fulgor del pasto en la aurora y el hilo de voz creciendo en el diluvio, el feroz amanecer y la mansedumbre, el grito y la piedra.

Todo mi sueño se levanta desde las piedras y te
Toda mi sed te mira, el hambre, el ansia infinita de mi corazón.

Te miro también en el viento. En las nieves de la cordillera sudamericana.

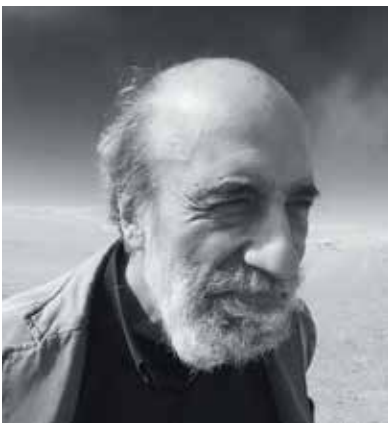
A PW

Allí está la calle en que esperé que amanecieras, la noche póstuma, el país muerto en el que no morimos. Allí están todas las heridas y golpes cuando emergiendo del destrozado sueño volví hacia ti los ojos y vi las desmesuradas estrellas flotando en el cielo.

Tu cara ahora flota en el cielo, detrás corre un río. Hay un hombre muy viejo.

Hay un hombre muy viejo en el medio del río y tú lo miras

las ciudades de agua en tus ojos. 📍



Raúl Zurita

Santiago de Chile - 1950

Estudió en el Liceo José Victorino Lastarria y posteriormente ingresó a la Universidad Técnica Federico Santa María. Se integró a las filas del Partido Comunista durante su formación como ingeniero civil. Las acciones estudiantiles de Zurita lo llevaron a prisión el 11 de septiembre de 1973, tras el golpe militar contra Salvador Allende. Sufrió fuertes golpizas y torturas; luego de ser liberado decidió no reincorporarse a la universidad. Viajó a Santiago en 1974, allí se incorporó a la sección de estudios humanísticos de la Universidad de Chile. Además, participó en una organización de arte llamada Tentativa Artaud; en esa época hizo amistad con Diamela Eltit.

La posición de Zurita contra el gobierno de Augusto Pinochet fue evidente, y participó en varios eventos organizados por el Colectivo de Acciones de Arte (CADA) a favor de la libertad social y artística. Viajó a Estados Unidos para ofrecer una serie de charlas y conferencias en Harvard, Columbia y Stanford; en 1986 realizó una gira literaria por Europa.

Después de la caída del gobierno de Augusto Pinochet (1988) fue designado agregado cultural de su país en Italia, en 1990, por el gobierno de Patricio Aylwin. Regresó a su país en 1995 y pronto fue reconocido con el Premio Municipal de Literatura por el desarrollo de *La vida nueva*.

Premio Nacional de Literatura (2000), Premio José Lezama Lima de Cuba (2006), Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2016), Premio José Donoso (2017) y Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2020.

Entre sus libros de poesía publicados están: *Purgatorio* (1979), *Anteparaiso* (1982), *El paraíso está vacío* (1984), *Canto a su amor desaparecido* (1985), *El amor de Chile* (1987), *La vida nueva* (1994), *Canto de los ríos que se aman* (1995), *Poemas militantes* (2000), *INRI* (2003), *Mi mejilla es el cielo estrellado* (2004), *Las ciudades de agua* (2006), *Los poemas muertos* (2006), *Los países muertos* (2007), *In Memoriam* (2007), *Sueños para Kurosawa* (2010), *Cuadernos de guerra* (2010) y *Zurita* (2012), entre otros. Varios de sus libros han sido traducidos al inglés, alemán, francés, chino, italiano y ruso.

La sombra del apostador

■ Javier Vázquez

Capítulo diecinueve

ntuí que en la sonrisa levemente dolorida que flotaba entre sus labios había un pasado y un secreto tan bien guardado que por más que me esforzara no lograría vislumbrar. Se revelaba de forma evasiva, aparecía y se iba peligrosamente de sus ojos como un rasgo independiente y tan misterioso que me era imposible entender. Al verla hundida en uno de esos abismos de silencio, con el gesto suspendido entre los labios, advertí que no había indicios de comunicación en la mirada. Tampoco podía captar lo que sus gestos querían transmitir, tal vez porque estaban muy cerca de la muerte. Para mí, el pasado de Sofía era un paisaje recóndito donde yo no tenía cabida, donde todo poseía la confusa precariedad de los sueños y aunque intentara conservar la calma, asistiendo desde una silla a lo que parecía ser la evocación de sus viajes y ausencias, ella seguía siendo inaccesible para mí: yo no era más que un intruso que la miraba con desesperación.

Sofía permanecía con los ojos bajos, como si estuviera en otra parte, y en ese momento no era ella misma. Su mirada se había inmovilizado, y entonces me preguntaba adónde iba durante esos viajes imaginarios, pues eran para mí la forma más palpable de la traición. Mientras bebía una cerveza, consideré la posibilidad de que hubiera un hombre entre los dos.

—Tal vez no entiendas —dijo con naturalidad, mientras se restregaba los ojos como si saliera de un largo sueño—. Ahora no quiero hablar.

Después hubo un momento en que sonrió, sin tristeza, tal vez aferrada a un oscuro recuerdo. Había algo nuevo en su actitud, algo gozoso y complaciente cuando me miró parpadeando. Estaba encogida, esperando que se evaporara el miedo que su actitud había suscitado en mí. Bruscamente me volví para decirle:

—Contármelo, te aliviará.

—Nunca te he prometido nada —dijo poniéndose de pie—. Y ahora tengo que irme.

Bajé la vista hacia sus pechos, que se realizaban debajo de la blusa. Había querido ensuciarla con la mirada, para que se cumpliera vengativamente mi deseo de que se quedara esa noche conmigo: quise ir construyendo junto al clamor de la lluvia nuestro secreto, pero Sofía avanzó desmayadamente por la habitación, haciendo balancear la cartera, abrió la puerta y partió sin despedirse.

¿Por qué razón siendo una mujer de tanto misterio, de extrañas cualidades, dotada de inventiva y una capacidad ilimitada para vivir ciertos contrastes, sentía tal desconfianza hacia el amor? Parecía ocultarse cobardemente en su caparazón.

Sofía nació para impresionar, su silencio amenazaba con volverse peligroso, sobre todo cuando iba y venía desprovista de ataduras por mi vida, pero protegida por un misterio que había empezado a inquietarme. Con el tiempo llegué a pensar que estaba casada. Le hice una serie de preguntas y ella respondió sin alegría.

—¿Cuándo vas a dejar de preguntar?

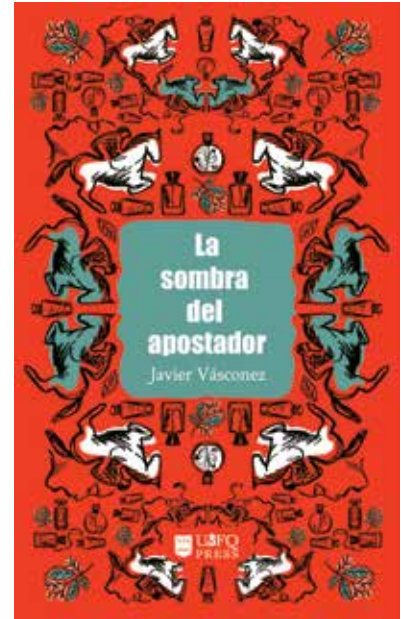
A partir de ese día tuve la absoluta certeza de que había otro hombre en su vida. De vez en cuando lo imaginaba de pie contra una ventana, pero no podía ver su rostro con nitidez. Poco a poco esa presencia obsesiva fue emergiendo en mis noches de soledad y se volvió tan real como los objetos dispersos por el cuarto. Había aprendido a convivir con ese hombre, le atribuí un destino improbable y hasta aumenté rabiosamente su edad. Me daba cuenta de que era necesario inventarle un rostro, incluso darle un nombre, para que mi odio o mi infelicidad creciente tuvieran al fin un asidero concreto.

Al otro extremo de la ciudad, Sofía y aquel hombre probablemente llevaban una vida corriente, tediosa y sin memoria, pensaba yo, una existencia que no me pertenecía. Además, era consciente de que a pesar de haberles dado un espacio de intimidad, yo actuaba guiado por una secreta perversión, ya que les hice com-

partir una pieza sórdida y una de esas camas metálicas que venden en el centro. Podía imaginarlos prolongando sin fe y con ojos cansados el ritual nocturno del amor. Al hombre lo veía abrumado y silencioso, fumando, bajo la única luz que encendían cuando estaban juntos. Sofía estaría en la cama con los senos vencidos hacia los lados, y él sin saber que esa misma tarde ella había estado conmigo y que entonces mordí sus labios.

Era una de esas noches de mayo en que la luz de la luna palpita con gravedad líquida sobre la ciudad. Después de ir al cine caminamos hasta una cantina de la Plaza Marín, envuelta en una penumbra incómoda donde había tantos ojos acusadores como en un sueño. Allí Sofía y yo intentábamos aplazar sin éxito el momento de nuestra despedida. Supongo que teníamos ese aire de deportados que la mayoría de las parejas suelen tener en las estaciones. Después de unas horas, ella iniciaría un viaje a un pueblo del interior, según decía, para comprar artesanías.

Es posible que fuera esa noche, incongruente y lúgubre, con la luna irradiando un resplandor cambiante sobre la plaza, y los rostros de los pasajeros mirándonos desde los autobuses, cuando volví a indagar con tenacidad sobre el pasado de Sofía. De nuevo percibí algo que podía afectarme, la imagen recurrente de un hombre que iba y venía parsimonioso por mi imaginación, mientras me despojaba de lo único que aún tenía: un rostro exhausto y envejecido por el insomnio, incapaz de reconocerse frente al espejo cuando pensaba en Sofía. Era como si continuase atrapado





en la lógica del sueño, porque el hombre no parecía haber ingresado en la vida de la ciudad con el propósito de que yo pudiera descargar mi odio hacia él, sino que se ocultaba igual que una ameba entre los pliegues de mi conciencia.

En los andenes de la estación había una multitud que esperaba hacinada. Apenas se alejaba un bus dejando tras de sí una nube de humo, se detenía el siguiente delante de la cantina. Un hombre bajó por la portezuela, entró y compró cigarrillos. Al salir dejó abierta la puerta. El motor del autobús seguía encendido. La mesa donde estábamos Sofía y yo empezó a vibrar. Fue cuando

ella se puso a hablar. Me sentí dominado por el miedo, incluso sumergido en una especie de irrealidad, al percibir aquel ruido ensordecedor producido por los autobuses. Ahora escuchaba pasos apresurados, y por un instante maldije la inveterada costumbre de los choferes de hablar a gritos. El aire volvió a colarse por la puerta. Me estremecí, con una punzada en el estómago, al ver el rostro pálido y vulnerable de Sofía, que hacía girar el índice sobre el vaso.

Por un momento me sentí un canalla, pues había sucumbido a la emoción ignominiosa que experimentarían un interrogador si hubiera estado frente a ella.

—Voy a contarte algo, pero no intentes comprender —dijo, sonriendo con lástima de sí misma—. Porque fue mi padre el que empezó todo. Hace muchos años. En una casa del centro. A mi madre le obsequiaban muestras en la perfumería donde trabajaba. Recuerdo los frascos en miniatura, abombados, que iba dejando sin abrir por toda la casa. Una tarde, aburrida y particularmente triste, en la que no tenía nada que hacer, me sentí cautivada por el olor que salió del interior de uno de ellos. Esos frascos de vidrio coloreado constituían en sí mismos un objeto sofisticado, cuyas formas y contenido ejercían sobre mí un poder inmediato. Al abrirlos se me revelaba un secreto. Los perfumes podían volar, como los pájaros en el patio de la escuela. Pero mientras los pájaros daban vueltas y más vueltas hasta alejarse, los perfumes, en cambio, venían del frasco directamente hacia mí.

—Quién se hubiera imaginado —dije parpadeando y tal vez incrédulo, al ver el brillo de sus ojos—. Pensar que asistías a la escuela perfumada...

—Te equivocas. Yo era una niña retraída y solitaria, vulnerable a la indiferencia con la que mi madre me trataba, porque ella siempre parecía estar ocupada, salvo cuando venía mi padre. Entonces cambiaba de carácter.

Pero él tampoco reparaba en mí, de modo que esos frascos con olor a sándalo que se amontonaban en un aparador de la cocina eran mi compañía. Adentro había un jardín imaginario. Narcisse noir... Violette précieuse... Y a partir de aquella tarde empecé a usar perfume después del baño. En el colegio me llamaban la Perfumada. Al principio los olores me produjeron náusea. Hasta que me fui

A partir de
ese día tuve la absoluta
certeza de que había otro hombre
en su vida. De vez en cuando lo
imaginaba de pie contra una ventana,
pero no podía ver su rostro con nitidez.
Poco a poco esa presencia obsesiva
fue emergiendo en mis noches de
soledad y se volvió tan real como
los objetos dispersos por
el cuarto.

habitando a ese aliento de frutas secas. Porque a pesar de mi corta edad yo me esforzaba por entender lo que venía escrito en los catálogos, aunque no siempre lo lograba. ¿Qué quieres que te diga? Supongo que a esa edad mi vocabulario era reducido, lo mismo que mi capacidad para asimilar ciertos términos. Era tan limitada mi comprensión de las

palabras que le pregunté a mi madre, pero no supo o no quiso ayudarme. Acudí entonces donde una profesora. Se sorprendió, y luego de pensar un momento prometió facilitarme un diccionario. «Ahí encontrarás lo que buscas», dijo. Al llegar a casa me encerraba con el libro en el baño y me desnudaba frente al espejo. Así supe que el jasmín es originario de la China, que el sándalo viene de la India y la mirra de los trópicos. En una etiqueta, Jean

Paul Guerlain afirmaba que un perfume podía ser la forma más intensa del recuerdo. En mi inocencia creía todo lo que ahí leía, creyendo que se cumpliría. Me acostaba desnuda, con los ojos cerrados, esperando que pasara algo. En una ocasión me quedé dormida. Al despertar tenía la boca seca, sudaba y durante toda la tarde estuve mareada.

Palabras como láudano y pachulí, la forma de algunos envases y ciertos olores, me resultaban tan excitantes que yo vivía como narcotizada. Las sesiones frente al espejo se prolongaban hasta que venía mi madre y golpeaba irritada para que abriera la puerta, pero yo estaba trastornada. Esa tarde, riéndome, le respondí con insolencia: «Aquí hay un hombre sin cara, un hombre volando...». Podía adivinar el gesto de incredulidad en su rostro, el silencio al otro lado de la puerta. Yo siempre fui una niña

reservada y obediente. Mi madre creyó que al salir me disculparía, pero me limité a escuchar su respiración. Eso me produjo dolor y placer al mismo tiempo. «¡Qué dices!», gritó con una mezcla de autoridad y desaliento, recorriendo con pasos nerviosos el pasillo. Detrás de la puerta yo escuchaba extasiada, imaginando la mueca de su boca, como cuando mi padre dejaba de venir por unos días y lo esperaba sentada en la cocina con un pañuelo húmedo sobre la frente. Pero no abrí la puerta, porque estaba desnuda y con un frasco de perfume entre las manos. Al salir me abofeteó. Sin decir nada, corrí a esconderme, y ese fue el preludio de mi resentimiento. Yo había inventado un jardín imaginario, un jardín hecho de violetas, azucenas, nardos y rosas para mi piel. Una tarde encontré a mi padre leyendo un periódico en la sala. A los doce o trece años, todas las tardes me parecían idénticas. En mi recuerdo se han fundido con ese horror estacionado, desagradable, que me producen aún los días feriados. Al empujar la puerta, sin alegría, tuve la sensación de regresar a un lugar donde no me esperaba nadie. Debía cumplir con algunas tareas rutinarias: hacer la cama de mamá, poner agua en las violetas de la cocina y terminar los deberes del colegio. Después podría encerrarme con los perfumes dispuestos alrededor de la tina, donde cada uno despediría un olor diferente, un olor que estaba ahí y podría transportarme hasta una playa desierta o cerca de un bosque de pinos. Pero esa tarde fue distinto. La presencia de mi padre me alegró, porque no era usual que nos visitara. Sólo venía por unas

horas. Subía al dormitorio con mamá, y a veces yo escuchaba desde la cama los lamentos de ella al despedirse junto a la escalera. Pero él siempre se marchaba antes de la madrugada. El reloj había dado las cinco y media en el comedor. Mi madre tardaría bastante en llegar, así que fui a la cocina y puse a calentar una humita y la leche para el chocolate.

«Papá respira como ese reloj, tiene un péndulo que va y viene», recuerdo haber pensado, cuando oí que me pedía un café desde la sala. «Gracias», dijo sin levantar los ojos del periódico. «Déjalo en la mesita. Eres una buena hija». Había expresado en voz alta una opinión acertada sobre mí, y eso me produjo una cierta incomodidad, pues quería protegerme de sus palabras. A medida que pasaba el tiempo pude sentir hasta dónde llegaba su cariño. Se puso de pie para hacerme una caricia en la nuca. Algo ocurrió dentro de mí. Subí corriendo hasta el baño. Sentí angustia, tal vez miedo, había ido a perfumarme y pensaba que muy pronto vendría mamá. Pero no vino. Escuché los pasos de mi padre subiendo la escalera. Al ver el reflejo de su chompa en el espejo, su cara asomándose con asombro a través de la puerta entornada, sentí una sacudida aún más violenta. Sentándose en el borde de la tina separó el cerquillo de mi cara y con voz apacible preguntó: «¿Te gusta perfumarte? Entonces ya eres una señorita». Desde ese momento intuí una forma de libertad y de dicha. Actuaba como si fuera enteramente feliz, pero a lo mejor estoy cegada y envilecida por algunos recuerdos, pues con los años he descubierto que él no tenía rostro y que tan sólo

representaba una forma particular de olor y deseo: un olor que yo estaba haciendo que durase lo más posible. Sentí miedo, tal vez fue mi primer contacto con la muerte. Pero también una revelación, por la forma como crecía dentro de mí, excitándome. Miedo al sentir su mano sobre mi cuello. Quizá hubo una sonrisa, una caricia, pero cuando se inclinó con el frasco de perfume disponiéndose a soltar los botones del vestido noté que vacilaba, pensativo, y que tenía los párpados cubiertos de sudor. Fue cuando supe que estaba sola ante la luna del espejo, con ese hombre que era mi padre y que me concedía su particular forma de violencia o de amor. Luego procedió como un médico, tanteó y perfumó con manos ásperas mi cuello, sonrió torciendo la boca hasta llenar mis labios con su olor a cigarrillo. Después me dirigió una larga mirada recelosa. Hubo un brusco despertar, una ligera resistencia de mi parte, cuando el olor de su cuerpo, ese fuerte olor a chivo, se adhirió con felicidad a mi piel, y entonces supe que estaba condenada para siempre a la tristeza y al agravio. Se apoderó de mí la misma sensación de plenitud que había percibido durante las sesiones en el baño. Ahora estaba como dormida, inmóvil, diciéndome «estoy muerta, no existo más que para él», pero no tardé en percibir un cambio de actitud. Al mismo tiempo que se arrodillaba, se quitó la chompa con firmeza, la extendió sobre las baldosas blancas del baño, tan blancas como la luz de un hospital. Entonces vi líneas de sudor corriendo por los pliegues del cuello hasta su pecho.

—¿Y tu madre, qué decía?
—me atreví a preguntar.

—Una noche vino a mi cuarto y se sentó al borde de la cama. Quizá ya era verano, no recuerdo con exactitud. Y tomándome de la mano confesó que por fin se sentía querida por mi padre. A veces la oía silbar en la cocina. La verdad es que no tenía por qué entender. El secreto era entre mi padre y yo. No, no me arrepiento de haberme equivocado —añadió.

—¿No lo odias? —pregunté—. Al fin y al cabo se trataba de tu vida.

A continuación volvió la cara hacia mí. Vi correr lágrimas por

sus mejillas pálidas en aquel amanecer trepidante, con los ruidos recién llegados de la calle, mientras se iba replegando hasta ocultarse y desaparecer en la penumbra.

Repentinamente me puse de pie. Fui hasta el baño. Estuve mirándome con las manos apoyadas en el borde del lavabo. Una mancha cruzaba la superficie del espejo, hasta ocultar una parte de mi cara. Me sorprendí tocándome con mano insegura el rostro. Deseaba asegurarme de que seguía allí. Porque sospechaba que a partir de ahora tendría un rostro oprimido entre el dolor y la vergüenza.

Tal vez yo deseaba auscultar el otro lado de la luna, auscultar esa forma particular de locura. Podía imaginar al hombre entrando a la casa y subiendo como un ladrón hasta el dormitorio, cuando la madre no estaba, y concediendo unos instantes a la niña para que se despojara del camisón, mientras se iba recostando a su lado. «No tienes que hacer nada. Es sólo el cuerpo de un hombre, un olor que viene de muy lejos», pensaría ella.

Aguardé un instante antes de volver a la cantina. Al salir vi que ella se había marchado. Una pareja de jóvenes ocupaba alegremente la mesa. ❖



Javier Vascónez
Quito, Ecuador

Estudió en España y París. En 1982 publicó *Ciudad lejana*. En 1983 ganó la Primera Mención de Plural con «Angelote, amor mío». Publicó *El hombre de la mirada oblicua*; *El viajero de Praga* y *Un extraño en el puerto*; *La sombra del apostador*, que fue finalista en el Premio Rómulo Gallegos; *Invitados de honor*; la novela *El retorno de las moscas* y *Jardín Capelo*. En 2009 apareció *Estación de lluvia* y un año después *El viajero de Praga* con prólogo de Juan Villoro. Publicó en España y Colombia *La piel del miedo* (finalista Rómulo Gallegos). Edición bilingüe francés y español de *El secreto*. Se publica en turco *Jardín Capelo* y aparece *La otra muerte del doctor*. Pre-Textos publicó *Hoteles del silencio* y Fondo de Cultura Económica *Novelas a la sombra*, con prólogo de Christopher Domínguez. En 2017 Pre-Textos publicó la sexta edición de *El viajero de Praga*. Y en 2018 la Universidad San Francisco de Quito editó *Cuentos reunidos* con prólogo del escritor mexicano Pedro Ángel Palou. En 2019 publica *Roldán*, con ilustraciones de Jorge Verlarde. En 2020 la editorial Pre-Textos publicará *Casi de noche*, una antología de sus cuentos con prólogo de Juan Marqués y su última novela, *El coleccionista de sombras*.

CHARLES BUKOWSKI:

los placeres del condenado

■ Patricio Viteri Paredes

«**S**i no hubiera sido un borracho, probablemente me habría suicidado hace mucho tiempo», afirmó Bukowski en su antología *On Drinking*.

Sin embargo, y a pesar de su alcoholismo, por más de medio siglo escribió con la tenacidad de un poseso y produjo más de tres mil poemas, seis novelas y cinco libros de cuentos, con una voz de una claridad brutal, pero impregnada de humor, empatía y humanidad, y un conocimiento directo de la lucha y el dolor de todos los días.

Nació el 16 de agosto de 1920, en Adernach, Alemania. Su madre, alemana, y su padre, un sargento americano, se conocieron durante la ocupación estadounidense a finales de la Primera Guerra Mundial. Al término del período de servicio del padre, la pareja viajó a Estados Unidos buscando la posibilidad de un futuro mejor; Charles tenía dos años en ese entonces.

Pero ese futuro mejor pronto se desvaneció al inicio de la Gran Depresión. El padre de Bukowski, como muchos otros padres en esa época, pasaba mucho tiempo desempleado y, sin duda, sus frustraciones las pagaba con Charles. No son buenos los recuerdos que Bukowski tiene del progenitor: palizas frecuentes, abuso verbal, golpes a su madre, y un resentimiento ciego contra otras personas. En el poema 'Una sonrisa para recordar', dice:

*pero mi padre continuaba golpeándonos a ella y a mí varias veces por semana
mientras
se enfurecía dentro de su cuerpo de dos metros de envergadura porque no lograba
comprender qué lo acosaba desde adentro.*

*mi madre, pobre pez,
deseando ser feliz, golpeada dos o tres veces por
semana, diciéndome a mí que sea feliz: «¡Henry, sonríe!
¿por qué nunca sonríes?»*

En su adolescencia la situación se exacerbó por un caso grave de acné, que le producía dolorosos forúnculos en toda la cara y la espalda



y que tenían que ser perforados quirúrgicamente para que drenaran de forma adecuada. «Es el peor caso de acné que he visto en todos mis años de práctica», dice un médico que trata al joven Bukowski en *Ham on Rye*, la novela autobiográfica que proporciona una relación completa sobre su niñez y juventud. Esta enfermedad, por supuesto, era imposible de esconder —de hecho, Bukowski estuvo permanentemente marcado por esas cicatrices en el rostro— y provocó que fuera casi imposible una relación emocional con los amigos o pandillas adolescentes, donde la apariencia juega un papel fundamental.

Entonces encontró refugio en la literatura: «Entre los 15 y los 24 años me leí toda una biblioteca». Entre sus autores preferidos están T.S. Eliot, Tolstoi, Turgeniev, Thomas Mann, Dostoievski, Knut Hamsun, Céline, Camus, D.H Lawrence y Chejov.

Fue un muchacho solitario y diariamente sufrió la crueldad, la superficialidad y la falta de simpatía en el contacto humano. «Mientras tanto, los pobres y los perdidos y los idiotas continuaban congregándose a mi alrededor... Me rodeaban los débiles en lugar de los fuertes, los feos en vez de los hermosos, los perdedores en lugar de los ganadores. Parecía que era mi destino viajar en su compañía durante toda mi vida», relata en *Ham on Rye*. Más tarde se transformaría en su portavoz a través de sus obras, contrastando constantemente la honestidad y dignidad de los *losers* con la falsedad y banalidad de los 'triunfadores'.

En 1939 asistió durante dos años a Los Ángeles City College; tomó cursos de arte, literatura y periodismo; al principio de la Segunda Guerra Mundial se trasladó a Nueva York para convertirse en escritor, pero en 1946 decidió abandonar ese sueño y

se dedicó, durante diez años, a viajar por todo el país. Trabajó como lavaplatos, fue conductor de camiones, guardia, empleado de gasolinera, almacenero, empleado de correos, encargado de estacionamiento y operador de ascensor, entre otras labores.

En esa época, por las noches se emborrachaba en los peores bares de Los Ángeles y con frecuencia terminaba envuelto en peleas callejeras; pasó varias noches en la cárcel y trató de suicidarse tres veces. En 1942 se fue a vivir con Jane Cooney Baker, una prostituta que conoció en un bar. Se dedicaron a vagar por la ciudad y tomar cantidades enormes de alcohol. Pero al final, ella murió intoxicada y él, con sólo 35 años, estuvo a punto de morir a causa de una úlcera. Después de la muerte de Jane, Bukowski se quedó solo y se dedicó a escribir sobre todo lo que odiaba del mundo, todo lo que lo obsesionaba.

Luego de esta interrupción dipsomaniaca, empezó a escribir poesía y envió su obra a revistas underground como *Coffin*, *Grist* y *Ole*, y publicó una serie de libritos de bolsillo en ediciones limitadas. Esta vez sus esfuerzos fueron bien recibidos y empezó su gradual ascenso. Tiempo después escribió: «Todo el proceso me permitió continuar cuando la vida misma me ofrecía muy poco, cuando la vida misma era un espectáculo de horror. Siempre estaba la máquina de escribir para tranquilizarme, hablarme, entretenerme, para salvarme. Básicamente esa es la razón por la cual yo escribía: para salvarme, para salvarme del manicomio, de las calles, de mí mismo». (*Hollywood*).

Empezó a trabajar para el correo de Estados Unidos. Hay que imaginarse unos turnos brutales de diez horas, volver a casa para discutir con su esposa, su novia o media novia o prostituta que vivía con él, tomarse tres o cuatro *six-packs* de cerveza y después seguir escribiendo. Y él lo hacía todos los días. Tal vez por eso escribió:

*algunas personas nunca se vuelven
locas,
qué horribles vidas
deben vivir*

Y luego:

*no son los problemas grandes los que
llevan a un hombre al manicomio...
es la serie continua de pequeñas
tragedias...*

Bukowski trabajó durante once años en la oficina postal de Los Ángeles, y en 1969 tomó la decisión de renunciar a su tra-



bajo en correos y tratar de sobrevivir como escritor. Tenía 49 años y estaba al filo del colapso emocional, pagaba una pensión alimenticia y vivía en una casa arrendada; nada era más incierto que obtener unos ingresos regulares o suficientes a través de la escritura. En una carta Bukowski explica: «Yo tenía dos opciones: permanecer en la oficina postal y volverme loco... o permanecer aquí afuera y ser un escritor y morirme de hambre. Decidí morirme de hambre».

Sus primeras cuatro novelas son autobiográficas. En ellas detalla el sufrimiento en su niñez y adolescencia, el maltrato de sus padres, las experiencias con prostitutas, su falta de interés en mantener un trabajo estable, su vida llena de carencias, dificultades, alcoholismo, la gente que odia, los autores que desprecia, un *establishment* que le importa poco. Su *alter ego*, Henry 'Hank' Chinaski, es el protagonista de casi todas sus novelas y tiene los mismos vicios y odios que el

autor. Su poesía, al igual que su prosa, es autobiográfica; él no inventa nada.

«Bebí durante un tiempo, tres o cuatro días. No quería leer los anuncios de empleo. Sólo imaginarme sentado frente a un hombre detrás de un escritorio y decirle que yo quería un empleo, que yo estaba calificado para un trabajo, era demasiado para mí. Francamente, yo estaba horrorizado por la vida, por lo que un hombre tiene que hacer simplemente para comer, dormir y vestirse. Así que me quedé en la cama y bebí. Cuando has bebido, el mundo sigue allí afuera, pero por el momento no te tiene agarrado por el cuello». (*Factotum*).

Fue incesante la persistencia de Bukowski. Le publicaron dos cuentos cuando era joven (a los 24 y 26 años), pero casi todos sus relatos fueron rechazados por los editores, y dejó de crear durante una década. A mediados de los años cincuenta empezó a escribir de nuevo y envió cientos de poemas y cuentos a todo sitio

que podía. Le tomó mucho tiempo ser publicado y, después de 15 años de escribir todos los días y componer miles de poemas y relatos, finalmente pudo ganarse la vida como escritor. Perseveró en escribir mientras pasaba por tres matrimonios, docenas de empleos y un alcoholismo sin tregua. Su novela *Factotum* detalla los diez años en que él iba de trabajo en trabajo, de mujer en mujer, tratando simplemente de sobrevivir como un dipsómano en un mundo que continuaba castigándolo fuertemente.

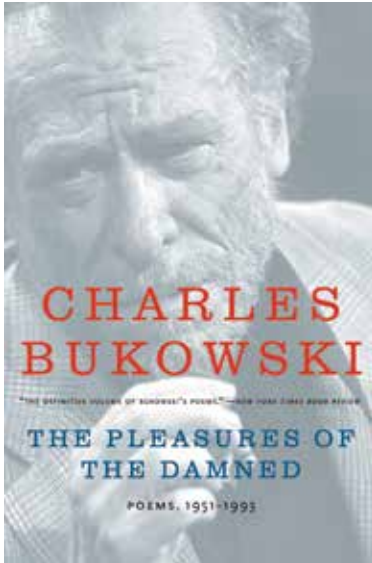
«Me gustan los hombres desesperados, hombres con los dientes rotos y los destinos rotos. También me gustan las mujeres viles, con las medias caídas y arrugadas y con maquillaje barato. Me gustan más los perversos que los santos. Me encuentro bien entre los marginados porque soy un marginado. No me gustan las leyes, ni morales, religiones o reglas. No me gusta ser modelado por la sociedad». Así se definía Charles Bukowski en una entrevista que concedió en 1987.

En 1969 llegó el verdadero avance en su carrera como escritor: el editor John Martin acordó pagarle un estipendio mensual de cien dólares a cambio de publicar sus obras en su editorial Black Sparrow Press. En una entrevista, Martin señaló: «Esa fue una gran época para ambos y también, creo, para la poesía. Nos sentamos con una hoja en blanco en la mesa. Él hizo una lista de sus gastos mensuales. Estamos hablando de 1969, cuando el alquiler de su apartamento le costaba \$35 al mes. Pagaba \$15 de pensión alimenticia, gastaba \$3 en ta-

baco, \$10 en bebida y otros \$15 en comida. Aunque pueden parecer cantidades irrisorias, con ese dinero podía comer, vestirse bien, tener un coche muy viejo y vivir en un apartamento medio o completamente destrozado en East Hollywood. Con \$100 iba tirando. Yo solo ganaba \$400 al mes, con lo que le daba el 25 por ciento de mis ingresos. Pero en cuanto las cosas empezaron a ir bien, nuestra situación mejoró... Al final le pagaba un anticipo para no tener que deberle tantísimo dinero. Llegué a pagarle \$10.000 cada dos semanas. A finales de aquel año acabé de pagarle lo que le debía. El diner al empezó a llegarnos cuando vendí sus libros para guiones de películas y cosas así».

Bukowski posee la capacidad de infundir sentido a los momentos desesperados y horribles de su propia vida y la de los otros, sin hacerlos patéticos o sentimentales; la distancia artística hacia sus temas le permite encontrar humor y pedacitos de sabiduría incluso en los escenarios más desoladores, y una propensión hacia el poema narrativo. No hace alusión a la mitología sino a las realidades de los oprimidos, una tierra yerma impuesta o elegida, las luchas diarias de los desesperados y las

«Mientras tanto, los pobres y los perdidos y los idiotas continuaban congregándose a mi alrededor... Me rodeaban los débiles en lugar de los fuertes, los feos en vez de los hermosos, los perdedores en lugar de los ganadores. Parecía que era mi destino viajar en su compañía durante toda mi vida».



verdades que les permiten entender su frustración. En muchas de sus obras, el tema principal es «la sensación de un mundo desolado y abandonado» y describió a sus lectores como «los derrotados, los dementes, los condenados». Su mundo siempre abarca la bebida, el sexo, la violencia, las apuestas, la música, el hipódromo y lo absurdo de la vida.

A pesar de su innegable popularidad y su influencia sobre muchos escritores estadounidenses, los críticos, los editores de Nueva York, los profesores de literatura norteamericana, todos ellos se rehusaron a reconocer esta nueva voz. Únicamente después de su muerte, los artículos, las disertaciones y los libros empezaron a estudiar este fenómeno. Sólo entonces Bukowski empieza a aparecer en las principales antologías y se lo estudia regularmente en los cursos de literatura estadounidense. Lo mismo ocurrió con Walt Whitman, William Carlos Williams y Allen Ginsberg, quienes en un principio fueron ignorados o despreciados por los círculos literarios.

El escritor Jory Sherman recuerda: «Estuve pensando acerca esos tiempos antes de que él se hiciera famoso, cuando hablábamos sobre la poesía y la vida en su apartamento en Mariposa Street, en Los Ángeles. Él tenía una vida solitaria, así que cuando me pidió que fuera a visitarlo, yo sabía que él estaba con algún dolor, algún sufrimiento mental. Por lo general él estaba en la cocina cuando yo iba a su casa, encendida la pequeña radio, escuchando a Borodin o Berlioz, Mozart o Beethoven. El fregadero estaba lleno de platos sucios, la encimera plagada de botellas

vacías de cerveza, ropa por doquier. Recuerdo que había una hoja de papel en su vieja máquina de escribir, una Remington, con su último poema... Nunca le importó lo que decía la gente sobre él en los medios impresos, y tampoco se defendió alguna vez contra las falsas acusaciones ni desacreditó a quienes atacaban su poesía. En realidad, creo que se alegraba por toda la crítica negativa, pues él sabía quién era y nunca dijo que era algo más o alguien más».

En agosto de 1986, Charles Bukowski escribió esta carta (se publican unos extractos) a John Martin, editor de *Black Sparrow Press*, en la cual se aprecia su visión de la vida:

8.12.86

Hola John:

Gracias por tu buena carta. No creo que lastime recordar de vez en cuando de dónde venimos. Tú sabes de qué lugares vengo. Incluso las personas que tratan de escribir o hacer películas sobre eso, no lo entienden. Lo llaman de «9 a 5». Nunca es un trabajo de 9 a 5. En esos lugares no hay descanso para comer. En realidad, en muchos de ellos no sales a comer con tal de conservar tu trabajo. Luego están las horas extras, y la nómina nunca parece tomarlas todas en cuenta, y si te quejas sobre eso, hay otro tonto que puede tomar tu puesto.

Tú conoces mi viejo dicho: «La esclavitud nunca fue abolida, solamente se amplió para incluir todos los colores».

Y lo que duele es la pérdida incesante de humanidad en los que luchan para mantener un trabajo que no quieren porque temen una alternativa peor. Simplemente, las personas se vacían. Son cuerpos con

mentes temerosas y obedientes. Los ojos pierden el color. La voz se afea, y el cuerpo, el cabello, las uñas, los zapatos, todo.

Cuando yo era joven no podía creer que la gente entregara su vida de esa manera. Como viejo todavía no puedo creerlo. ¿Por qué lo hacen? ¿Por el sexo? ¿Por la televisión? ¿Por un automóvil a crédito? ¿Por los hijos? ¿Por unos hijos que van a hacer exactamente lo mismo?

Ahora escribo desde una mente y un cuerpo envejecidos, mucho más allá del tiempo en que la mayoría de los hombres ni siquiera pensarían en persistir en ello, pero, puesto que empecé muy tarde, me debo a mí mismo continuar, y cuando las palabras comienzen a fallar y deba yo ser ayu-

dado a subir por las escaleras, y ya no pueda distinguir un pájaro azul de un clip de papel, siento todavía que algo en mí va a recordar (no importa lo lejos que me haya ido) cómo he llegado, a través del asesinato y el desastre y el tumulto, a, al menos, una manera generosa de morir.

No haber desperdiciado completamente la propia vida parece un logro valioso, al menos para mí.

Tu muchacho,
Hank¹

Charles Bukowski murió de leucemia el 9 de marzo de 1994,

1 (Traducción de la carta: José A. Aguilar V., revista *Perseo* 34, diciembre 2015).

en el Hospital San Pedro Península en Los Ángeles, a los 73 años. Le sobreviven su segunda esposa, Linda Lee, y su hija, Marina. En una entrevista en 1987 él expresó: «Me han atropellado, me han golpeado y encarcelado —he recogido un montón de basura a lo largo del camino, todo, desde exesposas hasta extrabajos—. Siempre me ha preocupado mi alma maldita; tal vez me preocupo demasiado. Pero uno lleva en una mano un fardo de oscuridad que se acumula cada día. Y cuando finalmente venga la muerte, uno dirá de inmediato: ‘¡Hola, compañera, me alegra verte!’». 📍

FUENTES

- Bukowski, Charles (2002) *Ham on Rye*. New York, HarperCollins Publishers.
Bukowski, Charles (2002) *Hollywood*. New York, HarperCollins Publishers.
Bukowski, Charles (2002) *Post Office*. New York, HarperCollins Publishers.
Bukowski, Charles (2008) *The Pleasures of the Damned – Poems 1951 – 1993*. New York, HarperCollins Publishers.
Bukowski, Charles (2009) *Factotum*. London, Virgin Books.
<https://www.poetryfoundation.org/poets/charles-bukowski>
<https://www.newyorker.com/magazine/2005/03/14/smashed>
https://www.huffpost.com/entry/6-things-i-learned-from-c_b_999377
<http://www.pudh.unam.mx/perseo/carta-sobre-el-trabajo-que-enajena1/>
<http://jorysherman.blogspot.com/2006/08/bukowski-charles-bukowski-has-been-on.html>
<https://lareviewofbooks.org/article/the-faster-you-pour-it-down-on-charles-bukowskis-on-drinking/>
<https://www.latimes.com/books/la-xpm-2014-mar-08-la-et-jc-bukowski-20140308-story.html>
<http://www.jaydougherty.com/bukowski/index.html>
<https://www.vice.com/es/article/nngwqw/entrevista-al-editor-de-toda-la-vida-de-bukowski>

Bukowski, ocho poemas

hola, ¿cómo estás?

ese miedo a estar como están:
muertos.

al menos no están en la calle, ellos
tienen cuidado de quedarse en casa, esos
locos viscosos que se sientan solos ante sus aparatos de TV,
sus vidas llenas de risas enlatadas y mutiladas.

su barrio ideal
de autos aparcados
de jardincitos verdes,
de pequeñas casas
de pequeñas puertas que se abren y cierran
mientras sus parientes los visitan
en los días festivos
las puertas cerrándose
detrás de los agonizantes que mueren tan lentamente
detrás de los muertos que todavía están vivos
en su barrio tranquilo y normal
de calles sinuosas
de agonía
de confusión
de horror
de miedo
de ignorancia

un perro detrás de una cerca

un hombre silencioso en la ventana

incesante como la tarántula

ellos no van a permitir
que te sientes en una mesa delantera
de algún café en Europa
bajo el sol de media tarde.
si lo haces, alguien va a
conducir un vehículo y
acribillará tu estómago con una
metralleta.

ellos no van a permitir
que te sientas bien
en ningún lugar.
las fuerzas no van a permitir
que te quedes sin hacer nada
reposando y
relajándote.
tienes que hacer las cosas
a su manera.

los infelices, los amargados y
los vengativos
necesitan su
dosis — que consiste en que
tú o alguien
cualquiera
en agonía, o
mejor aún
muerto, sea arrojado en algún
hueco.

en tanto siga habiendo
seres humanos
nunca habrá
paz
para ninguna persona
sobre esta tierra (o
en cualquier lugar
adonde puedan
escapar).

todo lo que puedes hacer
es quizá aprovechar
diez minutos felices
aquí
o quizá una hora
allá.



algo
está conspirando contra ti
ahora mismo, y
me refiero a ti
y solamente a ti.

muérete de hambre, vuélvete loco o mátrate

no voy a morir
fácilmente;
me he sentado en sus camas para suicidas
en algunos de los peores
antros en América,
he estado empobrecido y loco,
es decir, desquiciado, ustedes saben;
lágrimas inmensas, cada una del tamaño de sus
corazones canallas,
caían,
las cucarachas se subían por mis zapatos,
arriba una sucia bombilla de 40 vatios
y una habitación queapestaba a orina;
mientras sus ricos
sus falsamente famosos
se reían en sus casas rancias y seguras
tan lejanas,
ustedes me dieron una cama para suicidas y dos opciones,
no, tres:
muérete de hambre, vuélvete loco o mátrate.

por ahora disfruten de sus viajes a París donde
se codean con grandes pintores y con simplones,
pero me estoy preparando para destruir sus ojos y
sus cerebros y

sus almas puercas;
ustedes, hombres que crearon un muladar para que millones
se asfixien silenciosamente
—desde la India hasta Los Ángeles
desde París hasta las ubres del Nilo—
ustedes están jodidos
ustedes los ricos los verrugosos los inseguros los irritables
malditos imbéciles viscosos idiotas blancos
con sus camisas almidonadas y sus esposas almidonadas
y, sí sí,

sus vidas almidonadas
lárguense lárguense
lárguense
vayan a París
mientras puedan
mientras yo les permita.

¿cómo está tu corazón?

durante los tiempos más difíciles
en los bancos de los parques
en las cárceles
o viviendo con
putas
siempre tuve esta cierta
alegría
—no puedo llamarla
felicidad—
era más bien un equilibrio
interior
que se instalaba por
cualquier cosa que ocurría
y me ayudaba en las
fábricas
y cuando las relaciones
iban mal
con las
chicas

me ayudaba
a través de
las guerras y las
resacas
las peleas en los callejones
los
hospitales

para despertar en una habitación barata
en una ciudad extraña y
levantar la persiana
—esta era la forma más loca de
alegría

y caminar
hasta una vieja cómoda con un
espejo roto—
y mirarme, feo,
riéndome de todo

lo más importante es
qué tan bien
caminas a través del
fuego.

los placeres del condenado

los placeres del condenado
se limitan a breves instantes
de felicidad:
como la mirada de un perro,
como un cubo de cera,
como un incendio envolviendo el municipio,
el condado,
el continente,
como un incendio envolviendo los cabellos
de doncellas y monstruos,
y halcones revoloteando en los melocotoneros,
el mar filtrándose entre sus garras,
Tiempo
ebrio y húmedo,
todo está en llamas,
todo está mojado,
todo está bien.

dinosauria, nosotros

nacimos así
en esto
mientras rostros de tiza sonríen
mientras ríe la señora Muerte
mientras los ascensores se rompen
mientras panoramas políticos se disuelven
mientras el chico que empaca en el supermercado termina la universidad
mientras el pez grasiento escupe su presa grasienta
mientras el sol se enmascara

nosotros
nacemos así
en esto
en estas guerras esmeradamente enloquecidas
en la visión de ventanas vacías en fábricas destrozadas
en bares donde la gente ya no se habla
en peleas a puñetazos que terminan en balaceras y cuchilladas

nacimos en esto
en hospitales tan caros que es más barato morir
entre abogados que cobran tanto que es más barato declararse culpable
en un país donde las cárceles están repletas y los manicomios cerrados
en un lugar donde las masas encumbran a los imbéciles y los hacen héroes adinerados

nacimos en esto
caminamos y vivimos a través de esto
muriendo por esto
enmudecidos por esto
castrados
corrompidos
desheredados
por esto
embaucados por esto
usados por esto
cabreados por esto
enloquecidos y enfermos por esto
enfurecidos
inhumanos
por esto

el corazón está ennegrecido
los dedos buscan las gargantas
el revólver
la navaja
la bomba
los dedos se extienden hacia un dios indiferente

los dedos alcanzan la botella
las pastillas
la pólvora

nacemos en esta lastimosa fatalidad
nacemos en un gobierno que lleva 60 años en deuda
que pronto no podrá pagar ni los intereses de esa deuda
y los bancos arderán
el dinero será inútil
habrá asesinatos públicos e impunes por las calles
habrá pistolas y muchedumbres nómadas
la tierra se volverá inservible
los alimentos serán un resto que va mermando
el poder nuclear estará en manos de la mayoría
explosiones sacudirán continuamente la tierra
hombres robots afectados por radiaciones se acosarán entre ellos
los ricos y los elegidos observarán desde plataformas espaciales
el infierno de Dante parecerá un parque infantil frente a esto

no se verá el sol y siempre será de noche
los árboles morirán
toda la vegetación morirá
hombres afectados por radiaciones comerán la carne
de otros hombres enfermos de radiación
el mar estará envenenado
los lagos y ríos se desvanecerán
la lluvia será el nuevo oro

los cuerpos putrefactos de hombres y animales apestarán
en el viento oscuro

los últimos sobrevivientes serán diezmados por nuevas y
horribles enfermedades
y las plataformas espaciales se irán destruyendo por la
corrosión

el agotamiento de las provisiones
el efecto natural de la decadencia

y entonces existirá el silencio más hermoso jamás oído

nacido de eso

el sol todavía oculto ahí

esperando el próximo capítulo



no es mucho

al igual que otros, supongo
que he venido a través de la sangre y el fuego,
el amor que falló,
choques frontales, borracho junto al mar,
y he escuchado el simple sonido del agua fluyendo
en la bañera
y deseaba ahogarme
pero sencillamente no podía aguantar a los otros
llevando mi cuerpo tres pisos escaleras abajo
hasta las bocas abiertas de las viejitas curiosas;
la psique ha sido incendiada
y nos ha dejado inconscientes,
el mundo ha quedado más oscuro que un clóset
sin luz lleno de murciélagos hambrientos,
y el whisky y el vino entraban por nuestras venas
cuando la sangre era demasiado débil para continuar;
y les pasará a otros
y serán raros nuestros pocos buenos momentos
porque tenemos sentido crítico
y no es fácil que nos engañen con una sonrisa;
los mosquitos se arrastran por nuestra cortina
pero vemos a través de ella
un paisaje devastado

y les dejamos disfrutar de su momento;
sólo pedimos que leopardos cuiden
nuestros sueños que se diluyen.
estuve una vez en un
hospital blanco
para los agonizantes y para el yo
que agoniza, donde algún dios meaba una lluvia de
razones para hacer que las cosas crezcan
solamente para morir, donde arrodillado
yo suplicaba por LUZ,
yo suplicaba por l*u*z,
y rogando
me arrastraba como una babosa ciega hasta el
entramado
donde hebras de viento se clavaban en mi mente
y yo moría de pena
por el Hombre, por mí mismo,
en una cruz sin clavos,
mirando aterrado mientras
el cerdo eructa en su pocilga, se pedorrea,
parpadea y come.

acabar

el coche fúnebre viene a través de la habitación colmada por
los decapitados, los desaparecidos, los locos
en vida.

las moscas son un pegamento de pasta viscosa
sus alas no se
alzarán.

miro a una vieja golpear a su gato
con una escoba.

el clima es insoportable
una mala pasada de
Dios.

el agua se ha evaporado de la
taza del inodoro
el teléfono suena sin
sonido

la palanquita floja agotándose contra el
timbre.

veo un muchacho en su
bicicleta

los radios se quiebran
los neumáticos se transforman en
serpientes y se
derriten.

el periódico está como un horno caliente
los hombres se matan sin razón entre ellos
en las calles.

los peores hombres tienen los mejores trabajos
los mejores hombres tienen los peores trabajos o están
sin empleo o encerrados en
manicomios.

me quedan 4 latas de comida.

tropas climatizadas van de casa en
casa

de habitación en habitación
apresando, disparando, acuchillando
a la gente.

nos hemos hecho esto a nosotros mismos, nos
merecemos esto

somos como rosas que nunca quisieron
florecer cuando debían hacerlo y
es como si

el sol se hubiera disgustado por
la espera

como si el sol fuera una mente que ha
renunciado a nosotros.

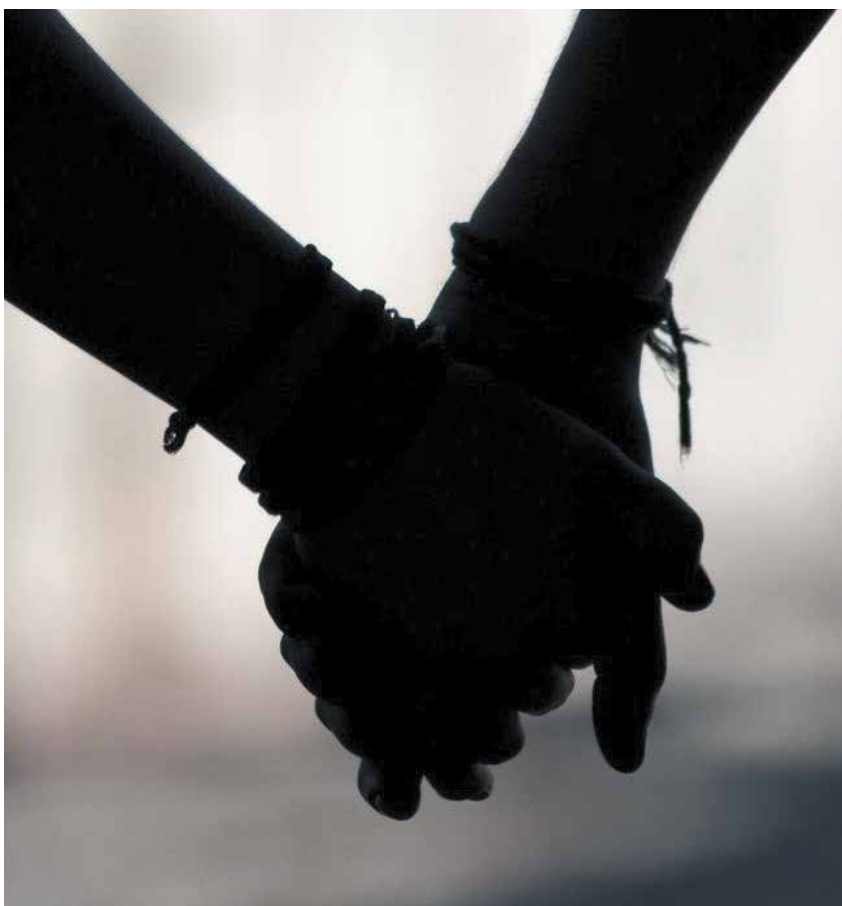
salgo al porche trasero
y miro el mar de plantas muertas

las espinas y las ramas temblando ahora en un
cielo sin viento.
de alguna forma estoy contento de que estemos
acabados—
las obras de Arte
las guerras
los amores podridos
la forma en que hemos vivido cada día.
cuando las tropas llegaron aquí
no me importó por qué lo hacían
ya nos habíamos matado a nosotros mismos
cada día que salimos de la cama.
regreso a la cocina
vierto algo de carne picada de una lata
blanda, casi está cocinada ya
y me siento
a comer mirando mis
uñas.
el sudor baja detrás de mis
orejas y escucho los
disparos en las calles y
mastico y espero
sin pensar. 🌀

(Traducción: Patricio Viteri Paredes. Poemas tomados del libro
The Pleasures of the Damned – Poems 1951 – 1993, Charles Bukowski, 2008,
New York, HarperCollins Publishers).

Los pocillos

■ Mario Benedetti



Los pocillos eran seis: dos rojos, dos negros, dos verdes, y además importados, irrompibles, modernos. Habían llegado como regalo de Enriqueta, en el último cumpleaños de Mariana, y desde ese día el comentario de cajón había sido que podía combinarse la taza de un color con el platillo de otro. «Negro con rojo queda fenomenal», había sido el consejo estético de Enriqueta. Pero Mariana, en un discreto rasgo de independencia, había decidido que cada pocillo sería usado con su plato del mismo color.

«El café ya está pronto. ¿Lo sirvo?», preguntó Mariana. La voz se dirigía al marido, pero los ojos estaban fijos en el cuñado. Este parpadeó y no dijo nada, pero José Claudio contestó: «Todavía no. Esperá un ratito. Antes quiero fumar un cigarrillo». Ahora sí ella miró a José Claudio y pensó, por milésima vez, que aquellos ojos no parecían de ciego. La mano de José Claudio empezó a moverse, tanteando el sofá. «¿Qué buscás?» preguntó ella. «El encendedor». «A tu derecha». La mano corrigió el rumbo y halló el encendedor. Con ese temblor que da el continuado afán de búsqueda, el pulgar hizo girar varias veces la ruedita, pero la llama no apareció. A una distancia ya calculada, la mano izquierda trataba infructuosamente de registrar la aparición del calor. Entonces Alberto encendió un fósforo y vino en su ayuda. «¿Por qué no lo tirás?» dijo, con una sonrisa que, como toda sonrisa para ciegos, impregnaba también las modulaciones de la voz. «No lo tiro porque le tengo cariño. Es un regalo de Mariana».

Ella abrió apenas la boca y recorrió el labio inferior con la punta de la lengua. Un modo como cualquier otro de empezar a recordar. Fue en marzo de 1953, cuando él cumplió treinta y cinco años y todavía veía. Habían almorzado en casa de los padres de José Claudio, en Punta Gorda, habían comido arroz con mejillones, y después se habían ido a caminar por la playa. Él le había pasado un brazo por los hombros y ella se había sentido protegida, probablemente feliz o algo semejante. Habían regresado al apartamento y él la había besado lentamente, amorosamente, como

besaba antes. Habían inaugurado el encendedor con un cigarrillo que fumaron a medias.

Ahora el encendedor ya no servía. Ella tenía poca confianza en los conglomerados simbólicos, pero, después de todo, ¿qué servía aún de aquella época?

«Este mes tampoco fuiste al médico», dijo Alberto.

«No».

«¿Quieres que te sea sincero?».

«Claro».

«Me parece una idiotez de tu parte».

«¿Y para qué voy a ir? ¿Para oírle decir que tengo una salud de roble, que mi hígado funciona admirablemente, que mi corazón golpea con el ritmo debido, que mis intestinos son una maravilla? ¿Para eso quieres que vaya? Estoy podrido de mi notable salud sin ojos».

La época anterior a la ceguera, José Claudio nunca había sido un especialista en la exteriorización de sus emociones, pero Mariana no se ha olvidado de cómo era ese rostro antes de adquirir esta tensión, este presentimiento. Su matrimonio había tenido buenos momentos, eso no podía ni quería ocultarlo. Pero cuando estalló el infortunio, él se había negado a valorar su amparo, a refugiarse en ella. Todo su orgullo se concentró en un silencio terrible, testarudo, un silencio que seguía siendo tal, aun cuando se rodeara de palabras. José Claudio había dejado de hablar de sí.

«De todos modos deberías ir», apoyó Mariana. «Acordate de lo que siempre te decía Menéndez».

«Cómo no que me acuerdo: Para Usted No Está Todo Perdido. Ah, y otra frase famosa: La Ciencia No Cree En Milagros. Yo tampoco creo en milagros».

«¿Y por qué no aferrarte a una esperanza? Es humano».

«¿De veras?». Habló por el costado del cigarrillo.

Se había escondido en sí mismo. Pero Mariana no estaba hecha para asistir, simplemente para asistir, a un reconcentrado. Mariana reclamaba otra cosa. Una mujercita para ser exigida con mucho tacto, eso era. Con todo, había bastante margen para esa exigencia; ella era dúctil. Toda una calamidad que él no pudiese ver; pero esa no era la peor desgracia. La peor desgracia era que estuviese dispuesto a evitar, por todos los medios a su alcance, la ayuda de Mariana. El menospreciaba su protección. Y Mariana hubiera querido —sinceramente, cariñosamente, piadosamente— protegerlo.

Bueno, eso era antes; ahora no. El cambio se había operado con lentitud. Primero fue un decaimiento de la ternura. El cuidado, la atención, el apoyo, que desde el comienzo estuvieron rodeados por un halo constante de cariño, ahora se habían vuelto mecánicos. Ella seguía siendo eficiente, de eso no cabía duda, pero no disfrutaba manteniéndose solícita. Después fue un temor horrible frente a la posibilidad de una discusión cualquiera. Él estaba agresivo, dispuesto siempre a herir, a decir lo más duro, a establecer su crueldad sin posible retroceso. Era increíble como hallaba siempre, aun en las ocasiones menos propicias, la injuria refinadamente certera, la palabra que llegaba hasta el fondo, el comentario que marcaba a fuego. Y siempre desde lejos, desde muy atrás de su ceguera, como si esta oficiara de muro de contención para el incómodo estupor de los otros.

Alberto se levantó del sofá y se acercó al ventanal.

«Qué otoño desgraciado», dijo. «¿Te fijaste?». La pregunta era para ella.

«No», respondió José Claudio. «Fíjate vos por mí».

Alberto la miró. Durante el silencio, se sonrieron. Al margen de José Claudio, y sin embargo a propósito de él. De pronto Mariana supo que se había puesto linda. Siempre que miraba a Alberto, se ponía linda. Él se lo había dicho por primera vez la noche del veintitrés de abril del año pasado, hacía exactamente un año y ocho días: una noche en que José Claudio le había gritado cosas muy feas, y ella había llorado, desalentada, torpemente triste, durante horas y horas, es decir hasta que había encontrado el hombro de Alberto y se había sentido comprendida y segura. ¿De dónde extraería Alberto esa capacidad para entender a la gente? Ella hablaba con él, o simplemente lo miraba, y sabía de inmediato que él la estaba sacando del apuro. «Gracias», había dicho entonces. Y todavía ahora, la palabra llegaba a sus labios directamente desde su corazón, sin razonamientos intermediarios, sin usura. Su amor hacia Alberto había sido en sus comienzos gratitud, pero eso (que ella veía con toda nitidez) no alcanzaba a deprecirlo. Para ella, querer había sido siempre un poco agradecer y otro poco provocar la gratitud. A José Claudio, en los buenos tiempos, le había agradecido que él, tan brillante, tan lúcido, tan sagaz, se hubiera fijado en ella, tan insignificante. Había fallado en lo otro, en eso de provocar la gratitud, y había fallado tan luego en la ocasión más absurda-



mente favorable, es decir, cuando él parecía necesitarla más.

A Alberto, en cambio, le agradecía el impulso inicial, la generosidad de ese primer socorro que la había salvado de su propio caos, y, sobre todo, ayudado a ser fuerte. Por su parte, ella había provocado su gratitud, claro que sí. Porque Alberto era un alma tranquila, un respetuoso de su hermano, un fanático del equilibrio, pero también, y en definitiva, un solitario. Durante años y años, Alberto y ella habían mantenido una relación superficialmente cariñosa, que se detenía con espontánea discreción en los umbrales del tuteo y solo en contadas ocasiones dejaba entrever una solidaridad algo más profunda. Acaso Alberto envidiara un poco la aparente felicidad de su hermano, la buena suerte de haber dado con una mujer que él consideraba encantadora. En realidad, no hacía mucho que Mariana había obtenido la confesión de que la imperturbable soltería de Alberto se debía a que toda posible candidata era sometida a una imaginaria y desventajosa comparación.

«Y ayer estuvo Trelles», estaba diciendo José Claudio; «a hacerme la clásica visita adulona que el personal de la fábrica me consagra una vez por trimestre. Me imagino que lo echarán a la suerte y el que pierde se embroma y viene a verme».

«También puede ser que te aprecien», dijo Alberto, «que conserven un buen recuerdo del tiempo en que los dirigías, que realmente estén preocupados por tu salud. No siempre la gente es tan miserable como te parece de un tiempo a esta parte».

«Qué bien. Todos los días se aprende algo nuevo». La sonrisa fue acompañada de un breve resoplido, destinado a inscribirse en otro nivel de ironía.

Cuando Mariana había recurrido a Alberto, en busca de protección, de consejo, de cariño, había tenido de inmediato la certidumbre de que a su vez estaba protegiendo a su protector, de que él se hallaba tan necesitado de amparo como ella misma, de que allí, todavía tensa de escrúpulos y quizá de pudor, había una razonable desesperación de la que ella comenzó a sentirse

responsable. Por eso, justamente, había provocado su gratitud, por no decírselo con todas las letras, por simplemente dejar que él la envolviera en su ternura acumulada de tanto tiempo atrás, por solo permitir que él ajustara a la imprevista realidad aquellas imágenes de ella misma que había hecho transcurrir, sin hacerse ilusiones, por el desfiladero de sus melancólicos insomnios. Pero la gratitud pronto fue desbordada. Como si todo hubiera estado dispuesto para la mutua revelación, como si solo hubiera faltado que se miraran a los ojos para confrontar y compensar sus afanes, a los pocos días lo más importante estuvo dicho y los encuentros furtivos menudearon. Mariana sintió de pronto que su corazón se había ensanchado y que el mundo era nada más que eso: Alberto y ella.

«Ahora sí podés calentar el café», dijo José Claudio, y Mariana se inclinó sobre la mesita ratona para encender el mecherito de alcohol. Por un momento se distrajo contemplando los pocillos. Solo había traído tres, uno de cada color. Le gustaba verlos así, formando un triángulo.

Después se echó hacia atrás en el sofá y su nuca encontró lo que esperaba: la mano cálida de Alberto, ya ahuecada para recibirla. Qué delicia, Dios mío. La mano empezó a moverse suavemente y los dedos largos, afilados, se introdujeron por entre el pelo. La primera vez que Alberto se había animado a hacerlo, Mariana se había sentido terriblemente inquieta, con los músculos anudados en una dolorosa contracción que le había impedido disfrutar de la caricia. Ahora estaba tranquila y podía disfrutar.

Le parecía que la ceguera de José Claudio era una especie de protección divina.

Sentado frente a ellos, José Claudio respiraba normalmente, casi con beatitud. Con el tiempo, la caricia de Alberto se había convertido en una especie de rito y, ahora mismo, Mariana estaba en condiciones de aguardar el movimiento próximo y previsto. Como todas las tardes la mano acarició el pescuezo, rozó apenas la oreja derecha, recorrió lentamente la mejilla y el mentón. Finalmente se detuvo sobre los labios entreabier-

tos. Entonces ella, como todas las tardes, besó silenciosamente aquella palma y cerró por un instante los ojos. Cuando los abrió, el rostro de José Claudio era el mismo. Ajeno, reservado, distante. Para ella, sin embargo, ese momento incluía siempre un poco de temor.

Un temor que no tenía razón de ser, ya que en el ejercicio de esa caricia púdica, riesgosa, insolente, ambos habían llegado a una técnica tan perfecta como silenciosa.

«No lo dejes hervir», dijo José Claudio.

La mano de Alberto se retiró y Mariana volvió a inclinarse sobre la mesita. Retiró el mechero, apagó la llamita con la tapa de vidrio, llenó los pocillos directamente desde la cafetera.

Todos los días cambiaba la distribución de los colores. Hoy sería el verde para José Claudio, el negro para Alberto, el rojo para ella. Tomó el pocillo verde para alcanzárselo a su marido, pero, antes de dejarlo en sus manos, se encontró, además, con unas palabras que sonaban más o menos así: «No, querida. Hoy quiero tomar en el pocillo rojo». ☹



Mario Benedetti

Paso de los Toros, Uruguay.
1920 – Montevideo, 2009

A los cuatro años, su familia se muda a Montevideo, donde cursa sus estudios primarios en el Colegio Alemán. Termina el colegio secundario en forma libre en el Liceo Miranda. Los problemas económicos lo obligan a trabajar a la temprana edad de 14 años, en una casa de repuestos automotores. Reside en Buenos Aires entre 1938 y 1941, se traslada a Montevideo en 1945. Allí integra la redacción del semanario *Marcha*, y publica ese año *La víspera indeleble*.

Es nombrado director del Departamento de Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República. A partir de 1973, sobreviene el destierro por razones políticas; se refugia en Argentina, Perú, Cuba y España. En 1976 vuelve a Cuba, esta vez como exiliado, y se reincorpora al Consejo de Dirección de Casa de las Américas. Vuelve a Uruguay en marzo de 1983.

Entre sus obras están: *La tregua* (1960), *Gracias por el fuego* (1965), *Letras de emergencia* (1973), *El escritor latinoamericano y la revolución posible* (1974), *Pedro y el Capitán* (1979), donde trata el tema de la tortura, y *Viento del exilio* (1981).

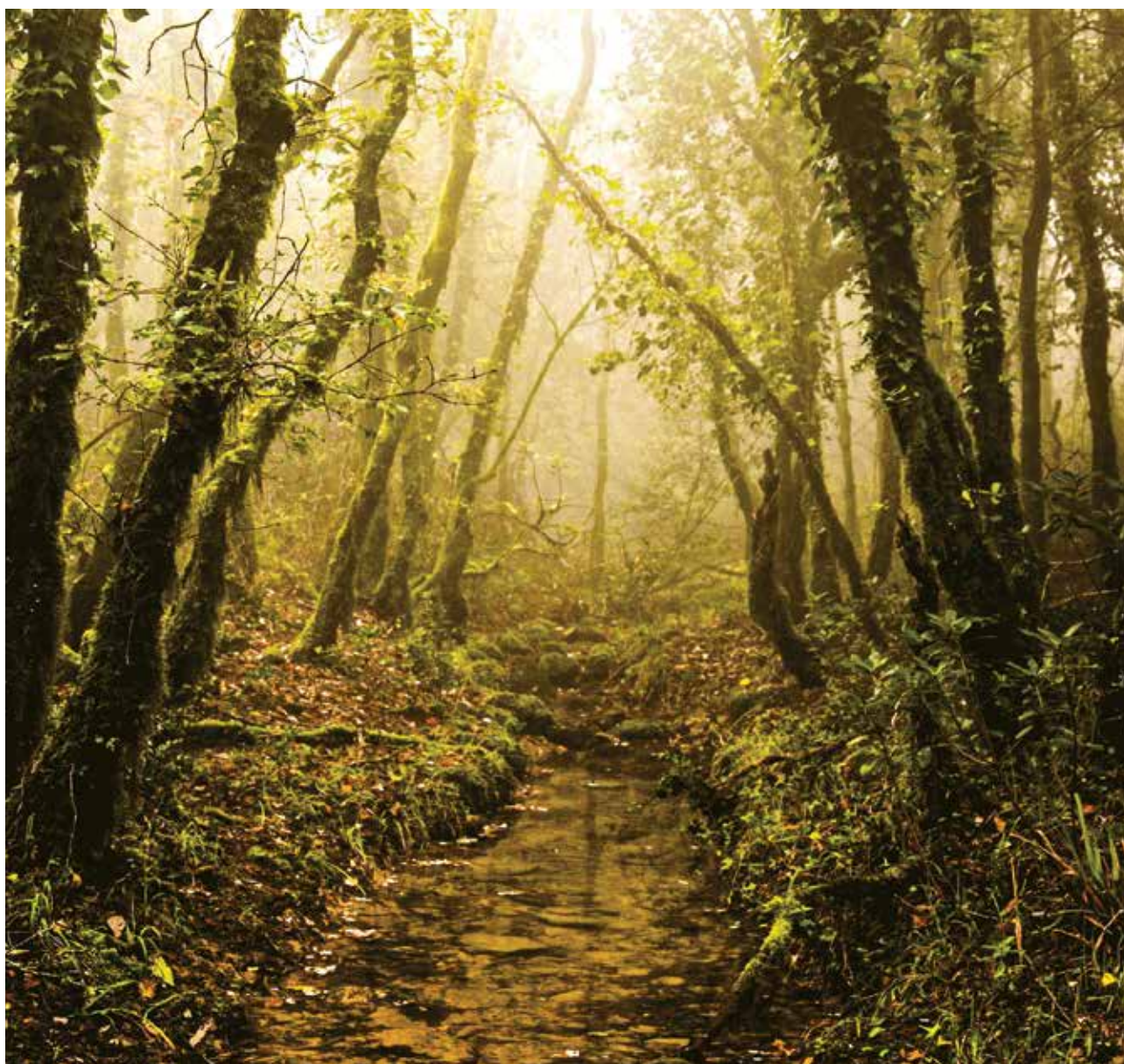
En 1987 es en Bruselas donde sus logros reciben el Premio Llama de Oro de Amnistía Internacional por su novela *Primavera con una esquina rota*.

En 1997 obtiene el título Doctor Honoris Causa de la Universidad de Alicante. En 1999 es galardonado con el VIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana y en el 2000 con el Premio Iberoamericano José Martí. En 2004 recibe el Premio Etnosur. En el 2005, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, lo distingue con el XIX Premio Internacional Menéndez Pelayo.

Mario Benedetti fallece el 17 de mayo de 2009 en Montevideo, a los 88 años. El gobierno uruguayo decreta duelo nacional para el 18 de mayo.

Armando Rojas Guardia:

VOZ FUNDAMENTAL DE LA POESÍA VENEZOLANA



Patria

Alguna vez amamos, o dijimos amar,
 la terquedad sombría de tu fuerza.
 La voz del padre enronquecía
 al evocar calabozos, muchedumbres,
 hombres desnudos vadeando el pantano,
 llanto de mujer, un hijo
 y más arriba (¿dónde arriba?)
 el trapo contumaz de una bandera.
 Supimos, lenta y vagamente,
 que lo imposible te buscaba
 extraviándote los pies
 —aquellos pies de Hilda obsesionaron
 a mis ojos de niño: su corteza
 terrosa, vegetal, desconcertada
 sobre la pulitura del granito.
 Tal vez una tarde, entre los campos,
 la música te deletreó de pronto
 al lado de algún bosque, una colina,
 un lago triste que se te parece:
 la misma terquedad al revelarte
 ávida no precisamente de nosotros
 (los efímeros, los quizá, los transeúntes)
 sino de tu pátina absurda de grandeza
 —esos sueños opulentos de la historia
 que son más bien su horror, su pesadilla.
 Ahora que te conoces vil, prostibularia,
 porque tanta voluntad ecuestre
 se apeó bajo el sol a regatear
 y el héroe mercadeó con su bronce
 y el oro solemne del sarcófago
 adornó dentaduras, fijó réditos,
 y no hay toga ni charretera ni sotana
 que te oculten cuadrúpeda, obsequiosa
 por treinta monedas ancestrales,
 yo me atrevo a cubrir tu desnudez.
 No es verdad que te vendiste. Tú anhelabas
 dilapidarte brusca, totalmente:
 un lujoso imposible.
 Lo sabías,
 siempre lo has sabido y como siempre
 aras en el mar. Te concibieron
 con voluntad precisa de fracaso.
 Cómo afirmar, pasito, que hoy te quedas
 en la dificultad de sonreírte
 levantando los hombros, desganado,
 y diciéndote con sorna, con ternura,
 mañana sí tal vez. Quizá mañana...

Poema de la Llegada

Cuando tú vienes
 tú el vacío el nada el ya.
 el que yo no sé su nombre
 ni interesa
 cuando tú vienes
 me siento perder voz
 me seco de palabras
 sueño
 simplemente
 como tú
 sin queja sin golpe
 sin crujidos
 sueño como tú
 Cuando tú vienes
 tengo prisa
 por decir
 por llamarte de algún modo
 por nombrarme
 a mí también
 para al fin reconocermene
 en tu presencia
 me abalanzo precipito
 sacudo la quietud
 mancho lo limpio
 todo es tan vacío tan gota
 inaprehensible
 tan exactamente nada
 tan silencio
 Cuando tú vienes
 abro ensancho acojo
 me dilato
 no sé decir
 sino que abro
 inútiles clausuras
 Tú en el canto
 tú el silbo el suave el que no pesas
 vuelves hilos levísimos
 mis nudos
 me desatas
 Cuando tú vienes
 nada dices
 y me dices
 Nada pides
 Qué vas a ser tú el implacable
 el exterminador, el Enemigo
 Nada pides
 eres
 Sólo oigo como eres

sólo oigo como soy
y quiero
ser
así eso que escucho
me abandono
Cuando tú vienes
hay una exacta coincidencia
te miro
en lo profundo
de aquello que deseo
qué mentira
qué imposible
qué estúpido
querer lo que no quieres
querer lo que no quiero
y entonces
ya no es sino la paz
la precisa ubicación
el ser escueto
Cuando tú vienes
no has venido
estás ya desde siempre

Sospecha

a Pedro Trigo

Habría que decir
que dicho todo
aún está todo por ser dicho.

Ni una sola
palabra
ha roto el círculo.

Si el tiempo
a sí mismo se busca
y no
a lo que pasa vivo
entre las horas,
no hay futuro,
otra vez el circuito recomienza,
sólo brillan
espejos,
la nada poblada de imágenes
iguales,

el ciclo
y sus etapas:
yo solo
repetido
desde el génesis.

La pasión de la luz

La pasión de la luz sufre las cosas,
agoniza mostrándolas desnudas
cuando ellas no quieren delatarse
(por eso la aflige el peso que le opone
la gravedad oscura del volumen).
Le duele a la luz el tiempo y de puntillas
ilumina una pared de la memoria
cuya cal entonces nos deslumbra
con un sudor vetusto, con las lágrimas.
La historia es el padecimiento de la luz,
el mito que nos cuenta su infortunio.
Y hoy le observo la prisa de esconderse
—detrás de la cortina, junto al zócalo,
oculta por las patas de la mesa
o cóncava en mi mano, que ahora escribe—
crucificada por la noche y convencida
de la dulzura atroz de su batalla.



Armando Rojas Guardia

Caracas, Venezuela, 1949 - 2020

Poeta y ensayista. Estudió Filosofía en la Universidad Católica Andrés Bello (Ucab), en Caracas; en la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, y en la Universidad de Friburgo, en Alemania. Tuvo destacada participación en el Taller Calicanto de Antonia Palacios y en la fundación del Grupo Tráfico (1981), ambos en Caracas. Ha desempeñado una amplia labor cultural y docente vinculada a la literatura. Miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua desde 2016. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Del mismo amor ardiendo* (1979), *Yo supe de la vieja herida* (1985), *Poemas de Quebrada de la Virgen* (1985), *Hacia la noche viva* (1989), *Antología poética* (1993), *La nada vigilante* (1994), *El esplendor y la espera* (2000), *Patria y otros poemas* (2008) y *Mapa del desalojo* (2014), y los libros de ensayo *El Dios de la intemperie* (1985), *El calidoscopio de Hermes* (1989), *Diario merideño* (1991), *El principio de incertidumbre* (1994), *Crónica de la memoria* (1999) y *La otra locura* (2017). La editorial El Otro el Mismo publicó en 2004 su *Obra poética* y en 2006 su *Obra completa: ensayo*, ambos volúmenes prologados por el poeta y ensayista Rafael Castillo Zapata. Ganador, en dos oportunidades (1986 y 1996), del Premio de Poesía del Consejo Nacional de la Cultura de Venezuela (Conac), así como del Premio de Ensayo de la Bienal Mariano Picón Salas (1997).

(Tomado de: <https://letralia.com/firmas/rojasguardiaarmando.htm>)

A 40 AÑOS DE SU MUERTE

Viaje a la semilla

■ Alejo Carpentier

Qué quieres, viejo?...

Varias veces cayó la pregunta de lo alto de los andamios. Pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, figoneando, sacándose de la garganta un largo monólogo de frases incomprensibles. Ya habían descendido las tejas, cubriendo los canteros muertos con su mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las almenas sucesivas que iban desdentando las murallas aparecían —despojados de su secreto— cielos rasos ovoides o cuadrados, cornisas, guirnaldas, denticulos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testeros como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, vetado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo aquellos obreros, negros sobre claro de cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa. El viejo se había sentado, con el cayado apuntándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse, en sordina, los rumores de la calle mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedra, sus gorjeos de aves desagradables y pechugonas.

Dieron las cinco. Las cornisas y entablamentos se despoblaron. Sólo quedaron escaleras de mano, preparando el salto del día siguiente. El aire se hizo más fresco, aligerado de sudores, blasfemias, chirridos de cuerdas, ejes que pedían alcuza y palmadas en torsos pringosos. Para la casa mondada el crepúsculo llegaba más pronto. Se vestía de sombras en horas en que su ya caída balastrada superior solía regalar a las fachadas algún relumbre de sol. La Ceres apretaba los labios. Por primera vez las habitaciones dormirían sin persianas, abiertas sobre un paisaje de escombros.

Contrariando sus apetencias, varios capiteles yacían entre las hierbas. Las hojas de acanto descubrían su condición vegetal. Una enredadera aventuró sus tentáculos hacia la voluta jónica, atraída por un aire de familia. Cuando cayó la noche, la casa estaba más cerca de la tierra. Un marco de puerta se erguía aún, en lo alto, con tablas de sombras suspendidas de sus bisagras desorientadas.



II

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños, volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Los cuadrados de mármol, blancos y negros, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras con saltos certeros fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las char-

nelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación.

En los canteros muertos, levantadas por el esfuerzo de las flores, las tejas juntaron sus fragmentos, alzando un sonoro torbellino de barro, para caer en lluvia sobre la armadura del techo. La casa creció, traída nuevamente a sus proporciones habituales, pudorosa y vestida. La Ceres fue menos gris. Hubo más peces en la fuente. Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas.

El viejo introdujo una llave en la cerradura de la puerta principal, y comenzó a abrir ventanas. Sus tacones sonaban a hueco. Cuando encendió los velones, un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos de familia, y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías, al compás de cucharas movidas en jícaras de chocolate.

Don Marcial, el Marqués de Capellanías, yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de



medallas, escoltado por cuatro cirios con largas barbas de cera derretida.

III

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre. Las mechas blanquearon, arrojando el pabulo. La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. Don Marcial pulsó un teclado invisible y abrió los ojos.

Confusas y revueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar. Los pomos de medicina, las borlas de damasco, el escapulario de la cabecera, los da-

guerrotipos, las palmas de la reja, salieron de sus nieblas. Cuando el médico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor. Durmió algunas horas y despertó bajo la mirada negra y cejuda del Padre Anastasio. De franca, detallada, poblada de pecados, la confesión se hizo reticente, penosa, llena de escondrijos. ¿Y qué derecho tenía, en el fondo, aquel carmelita, a entrometerse en su vida? Don Marcial se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienas, se levantó con sorprendente celeridad. La mujer desnuda que se despezaba sobre el brocado del lecho buscó enaguas y corpiños, llevándose, poco después, sus rumores de seda estrujada y su perfume. Abajo, en el coche

cerrado, cubriendo tachuelas del asiento, había un sobre con monedas de oro.

Don Marcial no se sentía bien. Al arreglarse la corbata frente a la luna de la consola se vio congestionado. Bajó al despacho donde lo esperaban hombres de justicia, abogados y escribientes, para disponer la venta pública de la casa. Todo había sido inútil. Sus pertenencias se irían a manos del mejor postor, al compás de martillo golpeando una tabla. Saludó y le dejaron solo. Pensaba en los misterios de la letra escrita, en esas hebras negras que se enlazan y desenlazan sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas,

tierras, árboles y piedras; maraña de hilos, sacada del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos desestimados por la Ley; cordón al cuello, que apretaban su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredos de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel. Era el amanecer. El reloj del comedor acababa de dar la seis de la tarde.

IV

Transcurrieron meses de luto, ensombrecidos por un remordimiento cada vez mayor. Al principio, la idea de traer una mujer a aquel aposento se le hacía casi razonable. Pero, poco a poco, las apetencias de un cuerpo nuevo fueron desplazadas por escrúpulos crecientes, que llegaron al flagelo. Cierta noche, Don Marcial se ensangrentó las carnes con una correa, sintiendo luego un deseo mayor, pero de corta duración. Fue entonces cuando la Marquesa volvió, una tarde, de su paseo a las orillas del Almendares. Los caballos de la calesa no traían en las crines más humedad que la del propio sudor. Pero, durante todo el resto del día, dispararon coces a las tablas de la cuadra, irritados, al parecer, por la inmovilidad de nubes bajas.

Al crepúsculo, una tinaja llena de agua se rompió en el baño de la Marquesa. Luego, las lluvias de mayo rebosaron el estanque. Y aquella negra vieja, con tacha de cimarrona y palomas debajo de

la cama, que andaba por el patio murmurando: «¡Desconfía de los ríos, niña; desconfía de lo verde que corre!». No había día en que el agua no revelara su presencia. Pero esa presencia acabó por no ser más que una jícara derramada sobre el vestido traído de París, al regreso del baile aniversario dado por el Capitán General de la Colonia.

Reaparecieron muchos parientes. Volvieron muchos amigos. Ya brillaban, muy claras, las arañas del gran salón. Las grietas de la fachada se iban cerrando. El piano regresó al clavicordio. Las palmas perdían anillos. Las enredaderas saltaban la primera cornisa. Blanquearon las ojeras de la Ceres y los capiteles parecieron recién tallados. Más fogoso Marcial solía pasarse tardes enteras abrazando a la Marquesa. Borrábase patas de gallina, ceños y papadas, y las carnes tornaban a su dureza. Un día, un olor de pintura fresca llenó la casa.

V

Los rubores eran sinceros. Cada noche se abrían un poco más las hojas de los biombos, las faldas caían en rincones menos alumbrados y eran nuevas barras de encajes. Al fin la Marquesa sopló las lámparas. Sólo él habló en la oscuridad. Partieron para el ingenio, en gran tren de calesas, relumbrante de grupas alazanas, bocados de plata y charoles al sol. Pero, a la sombra de las flores de Pascua que enrojecían el soportal interior de la vivienda, advirtieron que se conocían apenas. Marcial autorizó danzas y tambores de Nación, para dis-

traerse un poco en aquellos días olientes a perfumes de Colonia, baños de benjuí, cabelleras esparcidas, y sábanas sacadas de armarios que, al abrirse, dejaban caer sobre las lozas un mazo de vetiver. El vaho del guarapo giraba en la brisa con el toque de oración. Volando bajo, las auras anunciaban lluvias reticentes, cuyas primeras gotas, anchas y sonoras, eran sorbidas por tejas tan secas que tenían diapasón de cobre. Después de un amanecer alargado por un abrazo deslucido, aliviados de desconciertos y cerrada la herida, ambos regresaron a la ciudad. La Marquesa trocó su vestido de viaje por un traje de novia, y, como era costumbre, los esposos fueron a la iglesia para recobrar su libertad. Se devolvieron presentes a parientes y amigos, y, con revuelo de bronces y alardes de jaeces, cada cual tomó la calle de su morada. Marcial siguió visitando a María de las Mercedes por algún tiempo, hasta el día en que los anillos fueron llevados al taller del orfebre para ser desgrabados. Comenzaba, para Marcial, una vida nueva. En la casa de las rejas, la Ceres fue sustituida por una Venus italiana, y los mascarones de la fuente adelantaron casi imperceptiblemente el relieve al ver todavía encendidas, pintada ya el alba, las luces de los velones.

VI

Una noche, después de mucho beber y marearse con tufos de tabaco frío, dejados por sus amigos, Marcial tuvo la sensación extraña de que los relojes de la casa daban las cinco, luego

las cuatro y media, luego las cuatro, luego las tres y media... Era como la percepción remota de otras posibilidades. Como cuando se piensa, en enervamiento de vigilia, que puede andarse sobre el cielo raso con el piso por cielo raso, entre muebles firmemente asentados entre las vigas del techo. Fue una impresión fugaz, que no dejó la menor huella en su espíritu, poco llevado, ahora, a la meditación.

Y hubo un gran sarao, en el salón de música, el día en que alcanzó la minoría de edad. Estaba alegre, al pensar que su firma había dejado de tener un valor legal, y que los registros y escribanías, con sus polillas, se borran de su mundo. Llegaba al punto en que los tribunales dejan de ser temibles para quienes tienen una carne desestimada por los códigos. Luego de achisparse con vinos generosos, los jóvenes descolgaron de la pared una guitarra incrustada de nácar, un salterio y un serpentón. Alguien dio cuerda al reloj que tocaba la Tirolesa de las Vacas y la Balada de los Lagos de Escocia.

Otro embocó un cuerno de caza que dormía, enroscado en su cobre, sobre los fieltros encarnados de la vitrina, al lado de la flauta traversera traída de Aranjuez. Marcial, que estaba requebrando atrevidamente a la de Campoflorido, se sumó al guirigay, buscando en el teclado, sobre bajos falsos, la melodía del Trípili-Trápala. Y subieron todos al desván, de pronto, recordando que allá, bajo vigas que iban recobrando el repello, se guardaban los trajes y libreas de la Casa de Capellanías. En entrepaños escarchados de alcanfor descansaban los vestidos de

corte, un espadín de Embajador, varias guerreras emplastronadas, el manto de un Príncipe de la Iglesia, y largas casacas, con botones de damasco y difuminos de humedad en los pliegues. Matizáronse las penumbras con cintas de amaranto, miriñaques amarillos, túnicas marchitas y flores de terciopelo. Un traje de chispero con redecilla de borlas, nacido en una mascarada de carnaval, levantó aplausos.

La de Campoflorido redondeó los hombros empolvados bajo un rebozo de color de carne criolla, que sirviera a cierta abuela, en noche de grandes decisiones familiares, para avivar los amansados fuegos de un rico Síndico de Clarisas.

Disfrazados regresaron los jóvenes al salón de música. Tocado con un tricornio de regidor, Marcial pegó tres bastonazos en el piso, y se dio comienzo a la danza de la valse, que las madres hallaban terriblemente impropio de señoritas, con eso de dejarse enlazar por la cintura, recibiendo manos de hombre sobre las ballenas del corset que todas se habían hecho según el reciente patrón de 'El Jardín de las Modas'. Las puertas se oscurecieron de fámulas, cuadrerizos, sirvientes, que venían de sus lejanas dependencias y de los entresuelos sofocantes para admirarse ante fiesta de tanto alboroto. Luego se jugó a la gallina ciega y al escondite. Marcial, oculto con la de Campoflorido detrás de un biombo chino, le estampó un beso en la nuca, recibiendo en respuesta un pañuelo perfumado, cuyos encajes de Bruselas guardaban suaves tibiezas de escote. Y cuando las muchachas se alejaron en las luces del crepúsculo, hacia las

atalayas y torreones que se pintaban en grisnegro sobre el mar, los mozos fueron a la Casa de Baile, donde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca —así fuera de movida una guaracha— sus zapatillas de alto tacón. Y como se estaba en carnavales, los del Cabildo Arará Tres Ojos levantaban un trueno de tambores tras de la pared medianera, en un patio sembrado de granados. Subidos en mesas y taburetes, Marcial y sus amigos alabaron el garbo de una negra de pasas entrecanas, que volvía a ser hermosa, casi deseable, cuando miraba por sobre el hombro, bailando con altivo mohín de reto.

VII

Las visitas de Don Abundio, notario y albacea de la familia, eran más frecuentes. Se sentaba gravemente a la cabecera de la cama de Marcial, dejando caer al suelo su bastón de ácana para despertarlo antes de tiempo. Al abrirse, los ojos tropezaban con una levita de alpaca, cubierta de caspa, cuyas mangas lustrosas recogían títulos y rentas. Al fin sólo quedó una pensión razonable, calculada para poner coto a toda locura. Fue entonces cuando Marcial quiso ingresar en el Real Seminario de San Carlos.

Después de mediocres exámenes, frecuentó los claustros, comprendiendo cada vez menos las explicaciones de los dómines. El mundo de las ideas se iba despoblando. Lo que había sido, al principio, una ecuménica asamblea de peplos, jubones, golás y pelucas, controversistas



y ergotantes, cobraba la inmovilidad de un museo de figuras de cera. Marcial se contentaba ahora con una exposición escolástica de los sistemas, aceptando por bueno lo que se dijera en cualquier texto. «León», «Avestruz», «Ballena», «Jaguar», leíase sobre los grabados en cobre de la Historia Natural. Del mismo modo, «Aristóteles», «Santo Tomás», «Bacon», «Descartes», encabezaban páginas negras, en que se catalogaban aburridamente las interpretaciones del universo, al margen de una capitular espesa. Poco a poco, Marcial dejó de estudiarlas, encontrándose librado de un gran peso. Su mente se hizo alegre y ligera, admitiendo tan sólo un concepto instintivo de las cosas. ¿Para qué pensar en el prisma, cuando la luz clara de invierno daba mayores detalles a las fortalezas del puerto? Una manzana que cae del árbol sólo es incitación para los dientes. Un pie en una bañera no pasa de ser un pie en una bañera. El

día que abandonó el Seminario, olvidó los libros. El gnomon recobró su categoría de duende: el espectro fue sinónimo de fantasma; el octandro era bicho acorazado, con púas en el lomo.

Varias veces, andando pronto, inquieto el corazón, había ido a visitar a las mujeres que cuchicheaban, detrás de puertas azules, al pie de las murallas. El recuerdo de la que llevaba zapatillas bordadas y hojas de albahaca en la oreja lo perseguía, en tardes de calor, como un dolor de muelas. Pero, un día, la cólera y las amenazas de un confesor le hicieron llorar de espanto. Cayó por última vez en las sábanas del infierno, renunciando para siempre a sus rodeos por calles poco concurridas, a sus cobardías de última hora que le hacían regresar con rabia a su casa, luego de dejar a sus espaldas cierta acera rajada, señal, cuando andaba con la vista baja, de la media vuelta que debía darse por hollar el umbral de los perfumes.

Ahora vivía su crisis mística, poblada de detentes, corderos pascuales, palomas de porcelana, Vírgenes de manto azul celeste, estrellas de papel dorado, Reyes Magos, ángeles con alas de cisne, el Asno, el Buey, y un terrible San Dionisio que se le aparecía en sueños, con un gran vacío entre los hombros y el andar vacilante de quien busca un objeto perdido. Tropezaba con la cama y Marcial despertaba sobresaltado, echando mano al rosario de cuentas sordas. Las mechas, en sus pocillos de aceite, daban luz triste a imágenes que recobraban su color primero.

VIII

Los muebles crecían. Se hacía más difícil sostener los antebrazos sobre el borde de la mesa del comedor. Los armarios de cornisas labradas ensanchaban el frontis. Alargando el torso, los

moros de la escalera acercaban sus antorchas a los balaustres del rellano. Las butacas eran más hondas y los sillones de mecedora tenían tendencia a irse para atrás. No había ya que doblar las piernas al recostarse en el fondo de la bañera con anillas de mármol.

Una mañana en que leía un libro licencioso, Marcial tuvo ganas, súbitamente, de jugar con los soldados de plomo que dormían en sus cajas de madera. Volvió a ocultar el tomo bajo la jofaina del lavabo, y abrió una gaveta sellada por las telarañas. La mesa de estudio era demasiado exigua para dar cabida a tanta gente. Por ello, Marcial se sentó en el piso. Dispuso los granaderos por filas de ocho. Luego, los oficiales a caballo, rodeando al abanderado. Detrás, los artilleros, con sus cañones, escobillones y botafuegos. Cerrando la marcha, pífanos y timbales, con escolta de redoblantes. Los morteros estaban dotados de un resorte que permitía lanzar bolas de vidrio a más de un metro de distancia.

—¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!...

Caían caballos, caían abandonados, caían tambores. Hubo de ser llamado tres veces por el negro Eligio, para decidirse a lavarse las manos y bajar al comedor.

Desde ese día, Marcial conservó el hábito de sentarse en el enlosado. Cuando percibió las ventajas de esa costumbre, se sorprendió por no haberlo pensando antes. Afectas al terciopelo de los cojines, las personas mayores sudan demasiado. Algunas huelen a notario —como Don Abundio— por no conocer, con el cuerpo echado, la frialdad del mármol en todo tiempo. Sólo



desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación. Hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a altura de hombre. Cuando llovía, Marcial se ocultaba debajo del clavicordio. Cada trueno hacía temblar la caja de resonancia, poniendo todas las notas a cantar. Del cielo caían los rayos para construir aquella bóveda de calderones —órgano, pinar al viento, mandolina de grillos—.

IX

Aquella mañana lo encerraron en su cuarto. Oyó murmullos en toda la casa y el almuerzo que le sirvieron fue demasiado succulento para un día de semana. Había seis pasteles de la confitería de la Alameda, cuando sólo dos podían comerse, los domingos, después de misa. Se entretuvo mirando estampas de viaje, hasta que el abejeo creciente, entrando por debajo de las puertas, le hizo mirar entre persianas. Llegaban

hombres vestidos de negro, portando una caja con agarraderas de bronce.

Tuvo ganas de llorar, pero en ese momento apareció el calesero Melchor, luciendo sonrisa de dientes en lo alto de sus botas sonoras. Comenzaron a jugar al ajedrez. Melchor era caballo. Él, era Rey. Tomando las losas del piso por tablero, podía avanzar de una en una, mientras Melchor debía saltar una de frente y dos de lado, o viceversa. El juego se prolongó hasta más allá del crepúsculo, cuando pasaron los Bomberos del Comercio.

Al levantarse, fue a besar la mano de su padre que yacía en su cama de enfermo. El Marqués se sentía mejor, y habló a su hijo con el empaque y los ejemplos usuales. Los «Sí, padre» y los «No, padre», se encajaban entre cuenta y cuenta del rosario de preguntas, como las respuestas del ayudante en una misa. Marcial respetaba al Marqués, pero era por razones que nadie hubiera acertado a suponer. Lo respetaba porque era de elevada estatura y salía, en noches de baile, con el pecho rutilante de condecoraciones: porque le envidiaba el sable y los entorchados de oficial de milicias; porque, en Pascuas, había comido un pavo entero, relleno de almendras y pasas, ganando una apuesta; porque, cierta vez, sin duda con el ánimo de azotarla, agarró a una de las mulatas que barrían la rotonda, llevándola en brazos a su habitación. Marcial, oculto detrás de una cortina, la vio salir poco después, llorosa y desabrochada, alegrándose del castigo, pues era la que siempre vaciaba las fuentes de compota devueltas a la alacena.

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

X

Cuando los muebles crecieron un poco más y Marcial supo como nadie lo que había debajo de las camas, armarios y vargueños, ocultó a todos un gran secreto: la vida no tenía encanto fuera de la presencia del calesero Melchor. Ni Dios, ni su padre, ni el obispo dorado de las procesiones del Corpus, eran tan importantes como Melchor.

Melchor venía de muy lejos. Era nieto de príncipes vencidos. En su reino había elefantes, hipopótamos, tigres y jirafas. Ahí los hombres no trabajaban, como Don Abundio, en habitaciones oscuras, llenas de legajos. Vivían de ser más astutos que los animales. Uno de ellos sacó el gran cocodrilo del lago azul, ensartándolo con una pica oculta en los cuerpos apretados de doce ocas asadas. Melchor sabía canciones fáciles de aprender, porque las palabras no tenían significado y se repetían mucho. Robaba dulces en las cocinas; se escapaba, de noche, por la puerta de los cuadrerizos, y, cierta vez, había apedreado a los de la guardia civil, desapareciendo luego en las sombras de la calle de la Amargura.

En días de lluvia, sus botas se ponían a secar junto al fogón de la cocina. Marcial hubiese querido tener pies que llenaran tales botas. La derecha se llamaba Ca-

lambín. La izquierda, Calambán. Aquel hombre que dominaba los caballos cerreros con sólo encajarles dos dedos en los belfos; aquel señor de terciopelos y espuelas, que lucía chisteras tan altas, sabía también lo fresco que era un suelo de mármol en verano, y ocultaba debajo de los muebles una fruta o un pastel arrebatados a las bandejas destinadas al Gran Salón. Marcial y Melchor tenían en común un depósito secreto de grageas y almendras, que llamaban el «Urí, urí, urá», con entendidas carcajadas. Ambos habían explorado la casa de arriba abajo, siendo los únicos en saber que existía un pequeño sótano lleno de frascos holandeses, debajo de las cuadras, y que en desván inútil, encima de los cuartos de criadas, doce mariposas polvorientas acababan de perder las alas en caja de cristales rotos.

XI

Cuando Marcial adquirió el hábito de romper cosas, olvidó a Melchor para acercarse a los perros. Había varios en la casa. El atigrado grande; el podenco que arrastraba las tetas; el galgo, demasiado viejo para jugar; el lanudo que los demás perseguían en épocas determinadas, y que las camareras tenían que encerrar.

Marcial prefería a Canelo porque sacaba zapatos de las habitaciones y desenterraba los rosales del patio. Siempre negro de carbón o cubierto de tierra roja, devoraba la comida de los demás, chillaba sin motivo y ocultaba huesos robados al pie de la fuente. De vez en cuando, también, vaciaba un huevo acabado de poner, arrojando la gallina al

El padre era
un ser terrible
y magnánimo
al que debía
amarse después
de Dios. Para
Marcial era más
Dios que Dios,
porque sus dones
eran cotidianos
y tangibles. Pero
prefería el Dios
del cielo, porque
fastidiaba menos.

aire con brusco palancazo del hocico. Todos daban de patadas al Canelo. Pero Marcial se enfermaba cuando se lo llevaban. Y el perro volvía triunfante, moviendo la cola, después de haber sido abandonado más allá de la Casa de Beneficencia, recobrando un puesto que los demás, con sus habilidades en la caza o desvelos en la guardia, nunca ocuparían.

Canelo y Marcial orinaban juntos. A veces escogían la alfombra persa del salón, para dibujar en su lana formas de nubes pardas que se ensanchaban lentamente. Eso costaba castigo de cintarazos.

Pero los cintarazos no dolían tanto como creían las personas mayores. Resultaban, en cambio, pretexto admirable para armar concertantes de aullidos, y provocar la compasión de los vecinos. Cuando la bizca del tejadillo calificaba a su padre de «bárbaro», Marcial miraba a Canelo, riendo con los ojos. Lloraban un poco más, para ganarse un bizcocho y todo quedaba olvidado. Ambos comían tierra, se revolcaban al sol, bebían en la fuente de los peces, buscaban sombra y perfume al pie de las albahacas. En horas de calor, los canteros húmedos se llenaban de gente. Ahí estaba la gansa gris, con bolsa colgante entre las patas zambas; el gallo viejo de culo pelado; la lagartija que decía «urí, urá», sacándose del cuello una corbata rosada; el triste jubo nacido en ciudad sin hembras; el ratón que tapiaba su agujero con una semilla de carey. Un día señalaron el perro a Marcial.

—¡Guau, guau! —dijo.

Hablaba su propio idioma. Había logrado la suprema libertad. Ya quería alcanzar, con sus

manos, objetos que estaban fuera del alcance de sus manos.

XII

Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que sólo divisaban gigantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arrebocado con su propia sustancia, resbaló hacia la vida.

Pero ahora el tiempo corrió más pronto, adelgazando sus últimas horas. Los minutos sonaban a glissando de naipes bajo el pulgar de un jugador.

Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían, redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los vargüeños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas.

Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía dónde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre, los bocados de las cuadras, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, regresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa.

XIII

Cuando los obreros vinieron con el día para proseguir la demolición, encontraron el trabajo acabado. Alguien se había llevado la estatua de Ceres, vendida la víspera a un anticuario. Después de quejarse al Sindicato, los hombres fueron a sentarse en los bancos de un parque municipal. Uno recordó entonces la historia, muy difuminada, de una Marquesa de Capellanías, ahogada, en tarde de mayo, entre las

malangas del Almendares. Pero nadie prestaba atención al relato, porque el sol viajaba de oriente a occidente, y las horas que crecen a la derecha de los relojes deben alargarse por la pereza, ya que son las que más seguramente llevan a la muerte. 📍

(Tomado de: <https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-03-31-CarpentierViajeA%20laSemilla.pdf>)



Alejo Carpentier y Valmont

Lausana, Suiza, 1904

París, Francia, 1980

Escritor cubano. Hijo de un arquitecto francés y una profesora rusa, inicia estudios de arquitectura en 1921, que abandona dos años más tarde y pasa a ejercer como periodista en la revistas *Hispania*, *Social* y *Carteles*; destaca también como musicólogo. En 1924 es nombrado redactor jefe de la revista *Carteles*. Encarcelado en 1927 por su actividad política de oposición al dictador Machado, en 1928 abandona Cuba para establecerse en París. Allí se dedica a actividades relacionadas con la música, siendo corresponsal de diversas revistas culturales cubanas.

Entra en contacto con la vanguardia, especialmente con el surrealismo, y colabora en la revista *Révolution Surréaliste* de André Breton. En 1933 publica en Madrid su primera novela *¡Ecué-Yamba-Ó!*, aunque la que marca su madurez literaria es *El reino de este mundo*. En España entabla amistad con los poetas de la Generación del 27, Pedro Salinas, Rafael Alberti y Federico García Lorca.

En 1937 participa en el II Congreso por la Defensa de la Cultura y tras dos años en Europa regresa a Cuba. Continúa su labor periodística en la radio y en revistas como *Tiempo Nuevo* y *Orígenes*. Entre 1945 y 1959 vive en Venezuela, para volver a instalarse en Cuba tras la victoria de Fidel Castro.

Desempeña las responsabilidades de director de la Editora Nacional y de vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, siendo además consejero cultural en las Embajadas de Cuba en diversas capitales iberoamericanas y del este de Europa. Sus últimos años los pasa en Francia como alto funcionario diplomático en la embajada de París.

(Tomado de: https://www.cervantes.es/bibliotecas_documentacion_espanol/creadores/argel_alejo_carpentier.htm)

Abuelita*

■ Rommel Manosalvas

Abuelita es una hiena de ojos negros. Duerme en el jardín bajo un aguacatero nacido de una pepa gorda. Abuelita se lame la piel curtida y le aúlla a la luna. Desde mi habitación, en medio de sombras nudosas, la veo tragarse puñados de tierra. Mamá la encadena a los árboles, a los postes, a una varilla embebida en un dado de hormigón, como si fuese una perra. La sujeta con una cadena de eslabones gruesos con la que se envuelve en las tardes calurosas antes de quedarse dormida. Entonces mamá aprovecha para cambiarle el agua. Una vez intenté acercarme y me mordió con tal fuerza que me hizo sangre. Corrimos a urgencias. Me cosieron las brechas abiertas por sus dientes falsos.

«¿Quién le hizo esto a su niño, señora?» «¿Qué clase de animal tiene por madre?».

Mamá me dice que la abuela ha vivido tanto como el aguacatero. Antes, cuando el bochorno golpeaba la casa, se amurallaba ahí; se agazapaba entre las raíces y hablaba con los chanchitos de tierra. Andaba desnuda, despojada de abrigos, sacos de lana basta y enaguas. Se desprendía de todo menos de su bastón, que era su tercera pierna, hasta que comenzó a arrastrarse sobre la hierba amarilla.

Mamá llora y abuelita la llama puta, le escupe, le avienta piedras. Por las noches dejaba su dentadura sobre el lavabo, en un frasco con agua donde flotaban restos de comida, escindidos por la luz naranja de los postes. Había días que me quedaba observando durante horas los dientes de la abuela, pensando en los nenes del laboratorio de biología en sus cunas de formol. Por las mañanas, abuelita merodeaba por los pasillos arrastrando los pies. Respiraba pesadamente tras las puertas cerradas, golpeaba el vinil con la base de su bastón negro. Se calzaba sus dientes sucios para comerse el contenido de la nevera: salchichas, huevos crudos, alitas de pollo sin descongelar. Queso hediondo de tres meses. Se tragaba todo con tal avidez que temía que perdiese el control y comenzara a devorarse las paredes, las mesas y las cortinas.

Un día llegamos a casa y la encontramos masticando una vieja foto del abuelo.

Un día mamá intentó acercarse y le mordió con tal fuerza que le hizo sangre.

Desde entonces vive atada en el patio.

Desde entonces no se saca su dentadura postiza.

* Texto ganador del Segundo Mundial de Escritura 2020, Categoría General, Primer Lugar y ganador del voto del público.

«¿Qué puedo hacer?», chilla mamá al teléfono. «Si lo intento me deja sin dedos. La otra vez fueron seis puntos, Amparo. ¡SEIS!».

A ratos espío cómo se arranca mechones de cabello y se los come, desnuda bajo el fresco del aguacatero, con los chanchitos de tierra entre sus piernas. Pareciera que hablara con los chanchitos. Hay días en que tengo ganas de golpear su cabeza con un palo de escoba. Quisiera reventarle los dientes con la puntera de mis botas.

Pobre abuela.

Desde hace un tiempo ya no se mueve tanto. Se la pasa con los insectos sobre camas de tierra negra al pie del aguacatero. Se enreda la cadena de eslabones gruesos en el cuello y quiero que se ahorque, que le queden marcas, como la media luna dentaria que me dejó en la pierna. Cuan-



do se vuelva nada, aún quedarán sus dientes. La miro y sigue ahí, a la sombra del árbol, mascullando obscenidades y tragándose enormes puñados de tierra.

Desde la ventana, se parece cada vez más a un gusano enorme. 🐛



Rommel Manosalvas
Quito, Ecuador

Tiene 27 años, y es un arquitecto y escritor que en la actualidad se dedica a generar contenidos para YouTube sobre literatura. En 2019, su cuento 'Disforia' fue antologado en el libro *Los que vendrán 20-20*, de la editorial Cactus Pink, mientras que su ensayo 'Víctor Hugo y las redes sociales', en donde mezcla literatura y arquitectura, será publicado próximamente por la editorial del Colegio de Arquitectos del Ecuador.



HOMENAJE A LUIS SEPÚLVEDA

Un viejo que leía novelas de amor

(Capítulo cuarto de la novela)

Luego de cinco días de navegación, arribó a El Idilio. El lugar estaba cambiado. Una veintena de casas se ordenaba formando una calle frente al río, y al final una construcción algo mayor enseñaba en el frontis un rótulo amarillo con la palabra ALCALDÍA.

Había también un muelle de tablones que Antonio Bolívar evitó, y navegó algunos metros más aguas abajo hasta que el cansancio le indicó un sitio donde levantó la choza.

Al comienzo los lugareños lo rehuyeron mirándolo como a un salvaje al verle internarse en el monte, armado de la escopeta, una Remington del catorce heredada del único hombre que matara y de manera equivocada, pero pronto descubrieron el valor de tenerlo cerca.

Tanto los colonos como los buscadores de oro cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración, y esto conseguía que algunas bestias se volvieran feroces.

A veces, por ganar unos metros de terreno plano talaban sin orden dejando aislada a una quebrantahuesos, y ésta se desquitaba eliminándoles una acémila, o cometían la torpeza de atacar a los saínos en época de celo, lo que transformaba a los pequeños jabalíes en monstruos agresivos. Y estaban también los gringos venidos desde las instalaciones petroleras.

Llegaban en grupos bulliciosos portando armas suficientes para equiparar un batallón, y se lanzaban monte adentro dispuestos a acabar con todo lo que se moviera. Se ensañaban con los tigrillos, sin diferenciar crías o hembras preñadas, y, más tarde, antes de largarse, se fotografiaban junto a las docenas de pieles estacadas.

Los gringos se iban, las pieles permanecían pudriéndose hasta que una mano diligente las arrojaba al río, y los tigrillos sobrevivientes se desquitaban destripando reses famélicas.

Antonio José Bolívar se ocupaba de mantenerlos a raya, en tanto los colonos destrozaban la selva construyendo la obra maestra del hombre civilizado: el desierto.

Pero los animales duraron poco. Las especies sobrevivientes se tornaron más astutas, y, siguiendo el ejemplo de los shuar y otras culturas amazónicas, los animales también se internaron selva adentro, en un éxodo imprescindible hacia el oriente.

Antonio José Bolívar Proaño se quedó con todo el tiempo para sí mismo, y descubrió que sabía leer al mismo tiempo que se le pudrían los dientes.

Se preocupó de lo último al sentir cómo la boca expelía un aliento fétido acompañado de persistentes dolores en los maxilares.

Muchas veces presencié la faena del doctor Rubicundo Loachamín en sus viajes semestrales, y nunca se imaginó ocupando el sillón de los padecimientos, hasta que un día los dolores se hicieron insostenibles y no tuvo más remedio que subir a la consulta.

—Doctor, en pocas palabras, me quedan pocos. Yo mismo me he sacado los que jodían demasiado, pero con los de detrás no puedo. Límpieme la boca y discutamos el precio de una de esas placas tan bonitas.

En esa misma ocasión el *Sucre* desembarcó a una pareja de funcionarios estatales, quienes al instalarse con una mesa bajo el portal de la alcaldía fueron tomados por recaudadores de algún nuevo impuesto.

El alcalde se vio obligado a usar todo su escaso poder de convicción para arrastrar a los escurridizos lugareños hasta la mesa

gubernamental. Ahí, los dos aburridos emisarios del poder recogían los sufragios secretos de los habitantes de El Idilio, con motivo de unas elecciones presidenciales que habrían de celebrarse un mes más tarde.

Antonio José Bolívar llegó también hasta la mesa.

—¿Sabes leer? —le preguntaron.

—No me acuerdo.

—A ver. ¿Qué dice aquí?

Desconfiado, acercó el rostro

Luego de cinco días de navegación, arribó a El Idilio. El lugar estaba cambiado. Una veintena de casas se ordenaba formando una calle frente al río, y al final una construcción algo mayor enseñaba en el frontis un rótulo amarillo con la palabra ALCALDÍA.

hasta el papel que le tendían, y se asombró de ser capaz de descifrar los signos oscuros.

—El se-ñor-señor-can-di-da-to-candidato.

—¿Sabes?, tienes derecho a voto.

—¿Derecho a qué?

—A voto. Al sufragio universal y secreto. A elegir democráticamente entre los tres candidatos que aspiren a la primera magistratura. ¿Entiendes?

—Ni una palabra. ¿Cuánto me cuesta ese derecho?

—Nada, hombre. Por algo es un derecho.

—¿Y a quién tengo que votar?

—A quien va a ser. A su excelencia, el candidato del pueblo.

Antonio José Bolívar votó al elegido y, a cambio del ejercicio de su derecho, recibió una botella de Frontera.

Sabía leer.

Fue el descubrimiento más importante de toda su vida. Sabía leer. Era poseedor del antídoto contra el ponzoñoso veneno de la vejez. Sabía leer. Pero no tenía qué leer.

A regañadientes, el alcalde accedió a prestarle unos periódicos viejos que conservaba de manera visible, como pruebas de su innegable vinculación con el poder central, pero a Antonio José Bolívar no le parecieron interesantes.

La reproducción de párrafos de discursos pronunciados en el Congreso, en los que el honorable Bucaram aseguraba que a otro honorable se le aguaban los espermas, o un artículo detallando cómo Artemio Mateluna mató de veinte puñaladas, pero sin rencor, a su mejor amigo, o la crónica denunciando a la hinchada del Manta por haber capado a un árbitro de fútbol en el estadio, no le parecían alicientes tan grandes como para ejercitar la lectura. Todo eso ocurría en un mundo lejano, sin referencias que lo hicieran entendible y sin invitaciones que lo hicieran imaginable.

Cierto día, junto a las cajas de cerveza y a las bombonas de gas, el *Sucre* desembarcó a un aburrido clérigo, enviado por las autoridades eclesíásticas con la misión de bautizar niños y terminar con los concubinatos. Tres días se quedó el fraile en El Idilio, sin encontrar a nadie dispuesto a llevarlo a los caseríos



de los colonos. Al fin, aburrido ante la indiferencia de la clientela, se sentó en el muelle esperando a que el barco lo sacara de allí. Para matar las horas de canícula sacó un viejo libro de su talego e intentó leer hasta que la voluntad del sopor fuese mayor que la suya.

El libro en las manos del cura tuvo un efecto de carnada para los ojos de Antonio José Bolívar. Pacientemente, esperó hasta que el cura, vencido por el sueño, lo dejó caer a un costado.

Era una biografía de san Francisco que revisó furtivamente, sintiendo que al hacerlo cometía un latrocinio deleznable.

Juntaba las sílabas, y a medida que lo hacía las ansias por comprender todo cuanto esta-

ba en esas páginas lo llevaron a repetir a media voz las palabras atrapadas.

El cura despertó y miró divertido a Antonio José Bolívar con la nariz metida en el libro.

—¿Es interesante? —preguntó.

—Disculpe, eminencia. Pero lo vi dormido y no quise molestarlo.

—¿Te interesa? —repitió el cura.

—Parece que habla mucho sobre los animales —contestó tímidamente.

—San Francisco amaba los animales. A todas las criaturas de Dios.

—Yo también los quiero. A mi manera. ¿Conoce usted a San Francisco?

—No. Dios me privó de tal placer. San Francisco murió hace muchísimos años. Es decir, dejó



la vida terrenal y ahora vive eternamente junto al Creador.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he leído el libro. Es uno de mis preferidos.

...El cura enfatizaba sus palabras acariciando el gastado empaste. Antonio José Bolívar lo miraba embelesado, sintiendo la comezón de la envidia.

—¿Ha leído muchos libros?

—Unos cuantos. Antes, cuando todavía era joven y no se me cansaban los ojos, devoraba toda obra que llegara a mis manos.

—¿Todos los libros tratan de santos?

—No. En el mundo hay millones y millones de libros. En todos los idiomas y tocan todos los temas, incluso algunos que deberían estar vedados para los

hombres.

Antonio José Bolívar no entendió aquella censura, y seguía con los ojos clavados en las manos del cura, manos regordetas, blancas sobre el empaste oscuro.

—¿De qué hablan los otros libros?

—Te lo he dicho. De todos los temas. Los hay de aventuras, de ciencia, historias de seres virtuosos, de técnica, de amor...

Lo último le interesó. Del amor sabía aquello referido en las canciones, especialmente en los pasillos cantados por Julito Jaramillo, cuya voz de guayaquileño pobre escapaba a veces de una radio a pilas tornando taciturnos a los hombres. Según los pasillos, el

amor era como la picadura de un tábano invisible, pero buscado por todos.

—¿Cómo son los libros de amor?

... —De eso me temo que no puedo hablarte. No he leído más de un par.

—No importa. ¿Cómo son?

—Bueno, cuentan la historia de dos personas que se conocen, se aman y luchan por vencer las dificultades que les impiden ser felices.

El llamado del *Sucre* anunció el momento de zarpar y no se atrevió a pedirle al cura que le dejase el libro. Lo que sí le dejó, a cambio, fueron mayores deseos de leer [...].

My favorite things

■ Luis Sepúlveda



Está tranquilamente sentado contemplando la inmovilidad de la tarde. Jugando a adivinar reflejos de agua en la ventana, chispazos de luz externa que se filtran entre las plantas, mirando a veces el reloj sin la menor intención de descubrir el momento exacto en que se encuentra porque, sencillamente, da lo mismo.

Nada hay más inmóvil que la tarde con su rutina de muertes que se acusan en las cortinas herméticas de las ventanas, en los destellos agónicos que evidencian interiores en reposo, en las rejas que frustran cualquier deseo de salir a comprar cigarrillos, en la iluminación débil de la calle, que proyecta obeliscos sobre los adoquines. La tarde se pega al humo del cigarrillo, adquiere una tonalidad azul perenne, tan sutil que se rompe cuando él recuerda que acaba de leer un artículo sobre la muerte de Thelonious Monk y le parece estúpido el haberse sorprendido en plena calle por el aviso fúnebre y el responso por un hombre a quien nunca conoció y del que le ha separado siempre tal distancia que ponerse a calcularla ahora, tal vez consultando la *Espasa*, no sería sino contribuir a ahondar aún más esta inmovilidad de sombras y ese olor a orines.

Sabe que en algún lugar de la casa tiene una cinta del cuarteto de Thelonious Monk y sabe también que es John Coltrane el que sopla el saxofón soprano, y que la primera vez que escuchó *My favorite things* fue hace ya tal cúmulo de tiempo que no vale la pena recurrir a los calendarios del recuerdo.

Busca a cuatro patas, va desempolvando las cintas, leyendo con pereza las anotaciones hechas con tintas de colores, viendo el paso de los

años en las inscripciones ya borrosas, y finalmente encuentra la cinta deseada.

My favorite things y Thelonious Monk recientemente muerto al otro lado del mundo y tal vez con el mismo olor a cigarrillos que ahora inunda esta habitación en la que la tarde se ha detenido con todo su peso. Soplando el saxofón soprano el aliento sensual de John Coltrane.

Descorcha una botella de vino y se prepara entonces para rendir su homenaje póstumo al muerto gritando desde las páginas del periódico. Pone el casete en el aparato y se sienta a esperar las primeras notas, pero lo único que llega a sus oídos es el ronroneo mecánico de un gato con asma.

Piensa que es un fallo de la grabación, y es natural, los primeros casetes fueron grabados sin dedicación, apropiándose de la música a la rápida, encerrando las tonalidades que antaño se esparcieron y llenaron las salas de otros tiempos sin mayor preocupación que la idea posesiva de no olvidar; esa música fue un testimonio de días con comienzo y final establecido, pero sin hacer evaluaciones demasiado prematuras, o acaso demasiado atrasadas. Así pasan unos minutos que se tornan insoportables y llega a la conclusión de que el casete está dañado. Demasiado tiempo sin ser escuchado, demasiados viajes; tal vez con unas gotas de aceite funcione otra vez.

Va entonces a la cocina, regresa con el cuchillo del pan, destripa la cinta y descubre que está cortada, casi imperceptiblemente cortada, y respira satisfecho.

Está nuevamente a cuatro patas en el suelo, en la actitud

atenta de un cirujano ante una emergencia. Suda un poco, los dedos se le antojan demasiado grandes, torpes para realizar una misión tan delicada, pero finalmente lo consigue. Vuelve a colocar las tapas, con la ayuda de un bolígrafo otorga una aceptable tensión a la cinta, la encaja en el aparato y se dispone, ahora sí con seguridad, en pocos segundos, a zanjar con *My favorite things* toda cavilación acerca de la inmovilidad de la tarde y, para coronar el triunfo alcanzado, se sirve una copa hasta los bordes.

Primero se sorprende de lo que escucha. Piensa que puede ser un efecto no recordado, pero resulta ser indiscutiblemente un llanto, sí, es un llanto de mujer, un llanto tenuemente reprimido y, a espaldas del llanto, se oyen unas voces, son palabras de consuelo, voces que emiten sus mensajes con una tonalidad tan apagada que no alcanza a comprender con toda su nitidez las ideas expresadas, entonces se incorpora, sube el volumen, pega las orejas al parlante y puede reconocer a la mujer que llora. Es su madre.

La voz entre sollozos habla de sueños y esperanzas, allá al otro lado del mar grande, llora con un llanto suave pero desolado y, por sobre las frases de consuelo, logra articular algunas pa-

Sabe que en algún lugar de la casa tiene una cinta del cuarteto de Thelonious Monk y sabe también que es John Coltrane el que sopla el saxofón soprano, y que la primera vez que escuchó *My favorite things* fue hace ya tal cúmulo de tiempo que no vale la pena recurrir a los calendarios del recuerdo.



labras más inteligibles,
algo así como que era una
noticia que siempre estuve
esperando, algo así como qué
pena no poder estar allá con él,

Descorcha una botella
de vino y se prepara
entonces para rendir
su homenaje póstumo
al muerto gritando
desde las páginas del
periódico. Pone el casete
en el aparato y se sienta
a esperar las primeras
notas, pero lo único que
llega a sus oídos es el
ronroneo mecánico de
un gato con asma.

y luego logra identificar entre otras la voz de su hermano: es la más fuerte y decidida, es la voz que a veces masculla con todo el rencor posible la palabra mierda; luego se distinguen las voces de tíos y parientes más lejanos, más allá de las referencias que a veces regala la memoria. Parientes y amigos a los que tantas veces prometió una carta que se detuvo en el encabezamiento y fue a dar al canasto de los papeles junto a los corchos, a las colillas de los innumerables cigarrillos fumados en noches de espera y de semen involuntario.

Está de pie escuchando, tiene la frente pegada a los vidrios, pero al otro lado de la ventana no están sino las sombras de una tarde que agoniza, y las voces se suceden y hay un ruido de tacitas y susurros que ofrecen una copita de coñac y alguien, también impersonal, que dice que le sirvan a la vieja, y luego pausas que son aprovechadas por la impudicia del gato asmático que desliza su ronroneo entre las voces, el gato invisible que habita en todas las grabadoras del mundo y que opaca la voz del tío Julio que dice que afortunadamente la Seguridad Social del país donde se encuentra es bastante eficiente, y los parientes más lejanos confirman con sus alabanzas la perfección de la burocracia europea, y todos

al unísono dicen que ya no hay que preocuparse, que, aunque estas cosas son siempre duras, hay que pensar que el pobrecito ahora sí que va a descansar, que todos sabemos que salió bastante enfermo de la cárcel y que el pobrecito nunca dijo nada, tan hombre hasta el fin, dice una voz que se ofrece para hacer los trámites en el consulado y consultar mañana sin falta los precios en Lufthansa, pero a lo mejor le hubiera gustado quedarse en esa tierra junto al viejo; sí, eso

es lo que le hubiera gustado, y oprime el botón de stop.

Mira a la calle y le parece más solitaria e inmóvil que nunca. Se dispone a salir, pero esta vez sin coger las llaves porque sabe que nunca volverá a cruzar ese umbral hediondo a orines, que nunca más volverá a habitar ese piso de hombre solitario, y que nunca más escuchará *My favorite things* interpretada por el cuarteto de Thelonious Monk, con John Coltrane soplando el saxofón soprano. 🎷



Luis Sepúlveda

Ovalle, Chile, 1949

Oviedo, España, abril 2020

Estudió Producción Teatral en la Universidad Nacional de Chile y con una beca se marchó a Moscú para estudiar Teatro, pero poco después fue expulsado. Trabajó en el Departamento Cultural en el gobierno de Allende y, tras el golpe militar de Pinochet, fue encarcelado más de dos años. Gracias a la mediación de Amnistía Internacional fue puesto en libertad condicional.

Sepúlveda se mudó a Valparaíso y formó parte de un grupo teatral, siendo detenido de nuevo, esta vez condenado a cadena perpetua. Tras una nueva intervención de Amnistía Internacional se exilió y residió en varios lugares hasta asentarse en Quito, donde dirigió una compañía de teatro y participó en una expedición de la Unesco para estudiar el impacto ambiental de la colonización en los indígenas Shuar.

Más tarde, Sepúlveda se enroló en la Brigada Internacional Simón Bolívar para combatir en Nicaragua. Después, marchó a Alemania, trabajó como periodista y como corresponsal en países de América Latina y África. De 1982 a 1987 estuvo embarcado en un buque de Greenpeace, organización en la que después trabajó como coordinador.

Fue autor de novelas y relatos cortos, abundantes en temas ecológicos y autobiográficos, siendo un claro exponente del realismo mágico. De entre su obra habría que destacar títulos como *Un viejo que leía novelas de amor*, *Historias marginales* o *Últimas noticias del Sur*, entre otros.

A lo largo de su carrera recibió premios como el Gabriela Mistral, el Tigre Juan, el Margarita Xirgu, el Pegaso de Oro, el Chiara o el Primavera, además de haber sido galardonado con la Medalla de las Artes y las Letras del gobierno francés. Falleció en España, el 16 de abril de 2020.

(Tomado de: <http://www.lecturalia.com/autor/3178/luis-sepulveda>)



Estuario

■ Lidia Jorge

*Se eleva en nosotros un canto
que no ha conocido su fuente
y no tendrá en su muerte estuario.*

Saint-John Perse

Edmundo Galeano escribía sobre un papel corriente, sin embargo quien no supiese que había perdido parte de la mano derecha pensaría que estaba sirviéndose de una pluma para dibujar miniaturas sobre una hoja de seda. La mano, reducida al índice, pulgar y parte del metacarpo, avanzaba lentamente, distribuyendo las palabras por la superficie blanca con simetría particular, y las letras juveniles, que antes eran agudas e irregulares, habían comenzado a ser moduladas como si la aplicación del autor fuese la de un escriba. Y eso estaba bien. Edmundo era hijo del armador Manuel Galeano y ya le había dicho varias veces a su padre que la mortalidad lo había visitado en los campos de Dadaab en su justa medida. Le había quitado lo suficiente para saberse precedero y no le había robado tanto que no fuese recuperable.



Delante del padre él había pronunciado recuperable, pero debería haber dicho sustituible. Pues a lo largo de los doce meses en que había estado rehabilitando la mano parcialmente mutilada, se había operado una especie de compensación que él mismo iba comprobando con sorpresa. A medida que reaprendía a manejar el bolígrafo como si fuese un niño trazando letras por primera vez, el ritmo lento le iba impregnando todo el cuerpo, llevándolo a dar pasos extraordinariamente grandes, mientras que el campo de visión iba aumentando. Ahora lo que veía no era solo lo que antes veía, era

también lo que estaba oculto por su opacidad y lo que aún no existía, pero deseaba ver. Como si, a partir de la fractura que había tenido en la mano, se hubiese establecido un comercio de ajuste entre el cuerpo y la psique, una transferencia entre lo orgánico y el alma y él mismo fuese el sujeto del proceso de recuperación y su vigilante. Y eso tampoco estaba mal. La pérdida de tres dedos y de un trozo de la palma de la mano derecha lo había colocado en el centro de un universo hasta entonces desconocido. ¿Valía la pena el canje? Nadie al margen de él tenía acceso al dilema, si bien él mismo, a veces, al poseer ahora lo que antes no tenía, creía que sí, que valía la pena.

Valía la pena.

Pensando en esta transformación, aquella mañana de junio, Edmundo Galeano ya había dado infinidad de pasos a la orilla del río, pasos lentos, rítmicos, andando de aquí para allá, entre el asfalto y la espuma sucia, como si el mecanismo de un antiguo reloj holandés hubiese comenzado a regularle la circulación de la sangre y él mismo estuviese transformado en una elocuente esfera de reloj, que en vez de números cardinales contuviese palabras. Las palabras eran los números y las agujas de su mecanismo. El pie derecho avanzaba y su esfera, involuntariamente, marcaba las horas —Solo, en el muelle desierto. El pie izquierdo avanzaba y la esfera decía alto— *en esta mañana de verano*. Adelantaba de nuevo el pie derecho, y con él todo el cuerpo de Edmundo Galeano declamaba como si fuese al mismo tiempo el que proclamase y el escenario —*Miro hacia la entrada del puerto,*

miro hacia lo Indefinido. Caminaba con un poco más de velocidad y la marcha se transformaba en el eco de otras palabras —*Miro y me alegra ver, pequeño, negro y claro, un paquebote entrando*. Y así había recorrido varias veces, a grandes pasos, la mochila al hombro y la capucha en la cabeza, el mismo trecho de muelle, unas veces en el sentido de la desembocadura, otras en dirección contraria, para regresar al mismo lugar, después de haber pasado dos horas copiando palabras, unas detrás de otras, sobre las hojas de un cuaderno corriente, con la delicadeza de quien inscribe un mensaje para la eternidad sobre un frágilísimo papel de seda.

La herida de la mano derecha, todavía mal cicatrizada, tal como la había traído de los campos de Dadaab, se deslizaba sobre el papel. Eran las once de la mañana del día veinte de junio. Edmundo volvió a sentarse en la terraza de la Praça do Mar, un entablado incrustado al borde de la calle, una especie de pasarela de muelle, frívola y turística, modernísima, concebida para que los ociosos contemplasen la actividad de los otros y disfrutasen del efecto como si fuese suyo, pensó al sentarse. Y todo su cuerpo reprodujo palabras que mucho antes, cuando estaba en la escuela, le habían parecido razonamientos sin sentido ni explicación, frutos de un tipo cualquiera de demencia mansa, pero ahora le servían de reloj, copiando de nuevo sobre el cuaderno pedazos de frases como eran aquellas que le seguían —*Viene muy lejos, nítido, clásico a su manera. Tras de sí deja en el aire distante la vana orla de su humo. Viene entrando y la mañana entra con él, y en el río, aquí,*

allá, despierta la vida marítima. Se izan velas, avanzan remolcadores. Edmundo copiaba lentamente, delicadamente, dejándose impregnar de una marcha amorosa, sumisa al trazado de la mano sobre el papel, deslizante, triunfante, cuando se dio cuenta de que una persona que no le era extraña del todo se encontraba sentada en una mesa no muy distante de la suya. Tiró de la capucha hacia la frente, observó el perfil de la persona. Era un hombre adulto, pero no era un hombre adulto cualquiera. Era su hermano mayor, Alexandre Galeano, quien lo esperaba, sentado, en medio de la terraza.

O tal vez no lo esperaba.

Podría tratarse quizás de una simple coincidencia. A pesar de la corta distancia que los separaba, Alexandre Galeano parecía no haberse dado cuenta de la llegada de su hermano pequeño al recinto de la terraza. O hacía como si no se hubiera dado cuenta. Sobre la mesa tenía abierto un periódico que hojeaba con énfasis, de vez en cuando sacudía las hojas, las doblaba y leía rápidamente, pasando a la hoja siguiente. Fuese como fuese, aquella coincidencia no parecía casualidad. Edmundo se desembrasó de la capucha y se dijo a sí mismo, como si escribiese sobre el cuaderno, *Pero mi alma está con lo que apenas veo, con el paquete que entra*. Ahí paró, sacó de la mochila sus pertenencias, las ex-

tendió sobre la mesa y se quedó mirando en dirección a su hermano mayor, incapaz de seguir pronunciando las palabras que aquella mañana daban cuerpo a su música.

Durante algunos instantes se quedó solo mirando, sin oír la música, parado, sin comprender por qué estaría allí Alexandre, en

La pérdida de tres dedos y de un trozo de la palma de la mano derecha lo había colocado en el centro de un universo hasta entonces desconocido. ¿Valía la pena el canje? Nadie al margen de él tenía acceso al dilema, si bien él mismo, a veces, al poseer ahora lo que antes no tenía, creía que sí, que valía la pena.

un lugar tan alejado de su ruta habitual, lejos de casa, lejos del estudio, en un espacio que no le parecía que antes frecuentase. Entonces Edmundo esperó a que los hechos se aclarasen. No iba a hacer el menor gesto en dirección a su hermano.

Pues, él mismo, el más joven de los hermanos Galeano, se encontraba en aquel lugar desde el

amanecer, como sucedía desde hacía ya casi tres meses, porque había regresado de África muy diferente a como se había ido. La mano medio mutilada lo había introducido no solo en la lentitud, sino también en la circularidad, y no solo en la circularidad que ejecutaba la canción interior, sino sobre todo en el centro mis-

mo del intervalo, el silencio que se situaba en mitad de esa partitura ahora inaugurada en su persona como si fuese otro. El silencio marcaba pausas en la circularidad y la circularidad le abría el campo circundante en múltiples direcciones y varios sentidos. Últimamente miraba hacia el río y no veía solo el río y su superficie lisa como un lago, con buques de carga en sus amarres, dispuestos en los muelles, animales de fibra y metal sumisos y domesticados al ras del empuje de las aguas. No veía solo eso. No veía únicamente las lanchas, las corvetas, las fragatas, los cruceros blancos y azules, ciudades fluctuantes atracadas, las salidas y las llegadas, el laborioso tráfico matinal. Ahora

también descendía al fondo del agua y veía cómo la corriente invisible arrastraba cáscaras, zapatos, ratones, aceite, heces, orines, pedazos de neumáticos, dientes humanos, y a él mismo no le importaría zambullirse en el lodo y salir de allí del color del estiércol y del carbón, porque había estado en los tres campos de Dabaad y había dejado de hacer distin-

ciones entre los diversos objetos de la creación.

Ahora, al mirar hacia las aguas del río, se sentía agua, se amoldaba a las alcantarillas, corría libre por encima de las piedras e iba a desaguar en el mar. Había adquirido esa capacidad, después de haber ido al inicio del tiempo humano y, desde él, haber avistado, no su fin, lo que es siempre un desenlace fácil, sino su futuro, lo que implica una conjetura mucho más sofisticada. Había vuelto de los campos de Dadaab con la idea de que tendría que hacer alguna cosa por ese futuro del que había sido testigo en aquella ciudad polvorienta, allí donde vivía y nacía gente entre polvo y espinos, solo de ellos se alimentaba y seguía viviendo como si no hubiese más mundo. O como si el mundo que se les presentaba a través de los televisores, colocados en las tien-

das de apoyo, estuviese hecho de sombras que se deslizasen sobre las paredes de una caverna. Hermosas mujeres sonriendo, hombres sentados, discutiendo sin parar. Sombras de sombras de mundos luminosos que allá en algún punto del espacio sideral debería de haber y aparecían allí, en la pequeña pantalla, hablando en inglés. Haber estado ocho días internado en la enfermería de Dagahaley, no como auxiliar sino como paciente, con la mano envuelta en trapos y treinta y nueve de fiebre, le había proporcionado esa experiencia. En Dabaab, un mundo irreal convivía pacíficamente con el mundo real, de forma controlada, indefensa, y ese sería el futuro del mundo. Lo que se vivía alrededor de la Tierra era únicamente un espacio de transición hacia ese futuro. Edmundo había pensado que alguien debería plasmar esa transi-

ción y pensó en un libro en que él podría ofrecer su propio testimonio. En Dagahaley, había pasado horas diciendo palabras en voz alta, como si anticipase esa declaración. Era forzoso que así fuese. Alguien tendría que cerrar el ciclo iniciado con la plasmación en papiro de historias humanas mezcladas con la invocación a animales y a espíritus, el ciclo que había servido para explicar la vida hasta el momento presente, pero que ya no la explicaba y él, que era joven y tenía el futuro por delante, estaba dispuesto a hablar. ☯

(Primer capítulo de la novela *Estuario*, de Lúcia Jorge. Traducción de María Jesús Fernández. Edición La Umbría y la Solana, Madrid, 2019)
(Tomado de: <https://www.laumbriaylasolana.es/wp-content/uploads/2019/08/ESTUARIO-PRIMER-CAPITULO.pdf>).



Lúcia Jorge

Algarve, Portugal, 1946

Novelista portuguesa, es profesora de la Facultad de Letras de Lisboa. Su primera novela *El día de los prodigios* (1980), supuso un importante acontecimiento literario, iniciando una nueva etapa en la narrativa portuguesa reciente. A esta obra siguieron, *El muelle de las meriendas* (1982), *Noticia de la ciudad silvestre* (1984), *La costa de los murmullos* (1988), *La última dueña* (1992), *O Jardim sem Limites* (1995) y *El fugitivo que dibujaba pájaros* (1998), su novela más premiada nacional e internacionalmente. Su obra, de enorme coherencia, exigente, trabajada, a veces difícil, pero siempre llena de sentido, jalonada por su vivencia como testigo de las guerras coloniales en Angola y Mozambique, donde vivió varios años y en diferentes épocas como profesora, le permitió igualmente sentir la experiencia de la vida de emigrante. Ambas circunstancias se puedan palpar en algunos de sus libros, particularmente en *La costa de los murmullos*, polifonía de voces con las características del discurso oral no mediatizado, que evoca las realidades ancestrales del Portugal profundo y la lucha contra la opresión. También ha escrito la obra de teatro *A Maçon* (1996) y un conjunto de cuentos titulado *Marido y otros cuentos* (1997). Ha merecido los siguientes premios: el Dom Diniz, el Bordallo, el del Pen Club portugués, el Máxima, el Jean Monnet de Literatura y el FIL de Literatura 2020.

Nicasio Duno: Los cuentos de Falcón

■ Humberto Montero



Alegoría (del amor, pasado y presencia de la imagen), acrílico sobre lienzo.

El primer cuento de Falcón retrata el origen, la génesis; el último, el sueño interminable de la serenata nocturna.

¿Y quién o qué es Falcón? ¿Un escritor, un lugar en el planeta, una entealequia?

Las tres cosas en una sola, conjugadas en lo mágico-religioso de un pintor.

Una compilación plástica, naturalista en técnica, mágica en sustancia, se cohesiona en la fuente de Falcón: la región sahariana, caribeña y andina de la tierra. Triple conjunción, única en el mundo, con núcleo en Coro: ciudad mágico-colonial de Venezuela y centro de inspiración de Nicasio Duno: un falconiano ahora equinoccial.

Técnicamente, todo confluye en la Falcón mágica y religiosa.

La intensa paleta cromática, pura de tonos, alegórica en significados se llena de colores que trascienden la posición de signo y que devienen simbólicos en las composiciones. Y esa paleta se conjuga con las figuraciones naturalistas, clásicas de Nicasio: las de cuerpos llenos, parejas en unidad, individuos solos, seres sobrenaturales; ciudades brotadas de cabeza, a lo lejos, a lo cerca; y más cerca de la mágica religiosidad. De ahí surge la cohesión de un producto plástico y literario a la vez.

Una compilación en la que resulta primordial el concepto de lo mágico-religioso como código pictórico del autor, y que deviene perceptible para el espectador. Este concepto se deriva en una serie de tipo narrativa; de estampas (las de Gabriel Miró son buen ejemplo) significadas por Nicasio Duno con títulos de cuento y epígrafes de comprensión.



Ciudad de los anónimos (un lugar sin nombre y actores desconocidos), acrílico sobre lienzo.

Los colores llegan al cuadro trasladando personajes, fauna fantástica, flora incatalogable... Y por eso llegan suspendidos en la atmósfera de Falcón donde los cuerpos levitan, se suspenden en los lienzos...



Ciudad dormida (cuando el color de la ciudad descansa en la luz del nuevo día), acrílico sobre lienzo.

«El milagro de la vida»
 COMO EL PRINCIPIO ORIGEN Y METÁFORA DE LA VIDA.

«Ellos nacen de la música».
 ENCUENTRO BUCÓLICO, CELEBRACIÓN Y HERMANDAD DE LA MÚSICA.

«Éxodo».
 ES COMO EL VUELO DEL HOMBRE PÁJARO EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES. [...]

Y de esto trata cada obra, de un cuento titulado y glosado en paréntesis. Ilustraciones plásticas que profundizan en el título y se extienden en su epígrafe. Pinturas de lugares que sí tienen lugar en el planeta.

Coro y Falcón trazan coordenadas en la pintura de Nicasio Duno; tal como Comala en la de Rulfo; Santa Teresa en la de Bolaño; Macondo en la de García Márquez; Vetusta en la de Alas «Clarín»... Coordenadas en el ficcionario de autores que pintan con las letras.

Nicasio lo hace, de oficio, con colores y suspendiendo formas en la atmósfera idealizada de Falcón.

El surrealismo en Duno es referencial. Si bien los contextos pictóricos perfilan seres que desbordan lo real, esos mismos se develan verdaderos en el mundo. Por sobre el nivel de lo onírico.

Costumbrismo de pueblo, devaneos de ciudad, brotes de

naturaleza primaria: abundante; y magia, magia y magia imponen la impronta del autor en cada composición.

Nicasio parte de un fogaje de colores como principio pareidólico (de formas que brotan de la mancha) que se deriva en niveles de edificación.

Un cuadro de Duno muestra capas espaciales con su propio rigor estructural. Diversos planos, diversos puntos de fuga, diversas líneas de horizonte que incluso coinciden en una misma composición. Rostros hieráticos, muchos; y cuerpos fantásticos propios del ficcionario del autor.

Y es que, al hablar de ficcionario, hablamos de cuentos que describen personajes, personajes dunianos que proponen una narración en el contexto de la obra. Nicasio hace uso de una retórica pictográfica muy amplia para este fin.

Emplea índices analépticos para capturar los tiempos del pasado: *flashbacks* emotivos; y, a la vez, puede proponer esquemas de prolepsis para anticiparse al futuro: *flash-forwards* intrigantes. Lo hace con códigos de color: monocromáticos para el pasado: sepías, grises azulados (*Alegoría, Ciudad de los anónimos*) o códigos multicolores que anticipan emociones figuradas (*Pócima, Búho vegetal*).

Y también emplea metáforas visuales que se ligan con símbolos mitológicos: hombres-pájaro (*Chamán, Éxodo*). Símbolos fantásticos: búhos-campanario (*Alegoría*). Símbolos espirituales, como seres alados (*Novia con ave de paraíso, Ángel con caballo de palo*).

La lista de recursos narrativos es amplia en la obra de este autor. E innumerables los pictó-



Lectura en el jardín (como el espacio de aromas, colores y sonidos en una lectura del alma), acrílico sobre lienzo.



Serenata nocturna (de la música y una habitación bañada de luna y aromas...), acrílico sobre lienzo.

ricos. Como el de la línea punteada que contornea elementos cardinales de una obra. O el de las texturas figuradas que rellenan cuerpos, atuendos, espacios arquitectónicos. Detalles minuciosos en los que se pueden encontrar designaciones que proponen alguna significación. Obras para dedicarles minutos y minutos de contemplación.

Nicasio, conocedor de estilos estéticos; relata, pictóricamente, plasmando expresionismo (*Búho vegetal*); invadiendo la atmósfera con un ambiente cloisonista (*Toro astral*); siendo una «fiera» cromática, *fauve* (*Música en el jardín*) o constructivista y orfista (*Ciudad de los anónimos*).

En suma, en «Los cuentos de Falcón», cada composición, cada estampa, cada cuadro se refieren a sí mismos y se definen en el contexto expuesto en cada tela.

Y es que, para Nicasio Duno, la trascendencia de Falcón en América Latina es como el traslado de la brisa del Caribe hacia 2.800 metros sobre el nivel del mar. Y ese traslado de la brisa es componente, cromático y figurativo, en la obra de Nicasio Duno.

Los colores llegan al cuadro trasladando personajes, fauna fantástica, flora incatalogable... Y por eso llegan suspendidos en la atmósfera de Falcón donde los cuerpos levitan, se suspenden en los lienzos; donde la música no



Novia con ave de paraiso (del bautizo del amor que fluye con el agua), acrílico sobre lienzo.

deja de sonar, la temperada por el hombre, la temperada por la naturaleza —naturaleza fantástica la de Duno—, y donde las ciudades, las sustancias, los objetos sueñan y sueñan y sueñan.

La experiencia pictórica deviene literaria en la obra de este sudamericano. Duno describe y narra. Duno describe y relata. Duno cuenta.

La obra de Nicasio Duno, la anterior, la actual, la del futuro, se cuenta en «Los cuentos de Falcón».

Septiembre de 2020



Nicasio Duno
Venezuela, 1954

Nace en Coro, Estado Falcón (Venezuela), el 28 de mayo de 1954. Siendo muy joven ingresa a la Escuela de Artes Plásticas 'Tito Salas' de Coro (1969 –1972). Trabaja en el Instituto Universitario de Tecnología de Coro (1973 –1977), lo que le permite adquirir experiencia en la plástica, el dibujo, el diseño gráfico y la escenografía. El Ateneo de Coro es el escenario en el que debuta con una exposición individual (1976). Ha participado, regional y nacionalmente en más de 50 exposiciones colectivas e individuales, salones de arte y museos, en los que obtuvo varios premios, entre los que se encuentran: 2do Premio en el XVII Salón Nacional de Pintura del Ateneo de Coro (1973), 3er Premio en el X Salón Nacional de Artes Visuales 'Carmelo Fernández', CONAC (1997), Premio Mejor Obra Técnica en Dibujo en el XIII Julio T. Arce (Barquisimeto, Estado Lara, 1997). Recibió la Orden Ángel S. Domínguez, única en su clase, de la Alcaldía de Miranda, Estado Falcón. Hoy día, es considerado uno de los pintores venezolanos más emblemáticos.

(Tomado de: <https://www.sarapa.com/project/nicacio-duno-magin/>)

Ciudad Jenga

■ Efraín Villacís

Uno

Tres cosas no han variado en el mundo: el hambre, el apareamiento y la muerte.

Sonó como un susurro, detrás de la oreja, junto al oído; presentí el mismo dolor provocado por el agua cuando entró al sumergirme en el hidromasaje y no metí el dedo índice para evitar que me inundara (tengo roto el tímpano) por estar tocándola; fue como un desarmador estrella abriendo de golpe un orificio en el cartón que serviría de máscara para jugar a los bandidos niños; Manuela se hizo bandida hace no mucho, en Chile, ya nació veintitantos años

atrás con esos agujeros negros con los que desde hace varios días me traga, sinvergüenza, a pesar de la mierda que sucede en esta región de vendimia, todos se fueron a la uva negra de su mosto, yo continué en la percha de gavia gracias a la acidia de mí espíritu; fugaz le atravesó la bala al muchacho, como disparada por Mcavoy en *Wanted*, y la Jolie deliciosa todavía, antes de ‘morirse’ sin tetas: fauno zombi de la cenicienta, como maestra y amante soñada; el balazo debió pasar de largo, venido del cenit, rayo caído de la tormenta que arreciaba con el cielo azul tiznándose por el humo de las llantas quemadas en las calles alrededor del campus de la Casa de la Cultura; cayó entre nosotros y encima el escudo que improvisó con el contenedor de una refrigeradora, lo cobijó hasta el cuello, parecía un borracho tendido a media mañana, durmiendo la mona; Manuela gritó y se lanzó sobre él para ayudarlo, hice lo mismo por reacción no porque me importara el herido ni nadie vivo, menos los muertos; la expresión del rostro detenida, los ojos abiertos aún buscaban entre la muchedumbre que observaba desde su parapeto segundos antes, un espasmo de luz apagó la sorpresa del tiro en las pupilas y la sangre encontró camino para salir al sol empapando la gorra de lana que cubría su cabeza y recogía la melena; Manuela llevaba el cabello suelto, largo hasta la cintura, fino y liso, brillante,

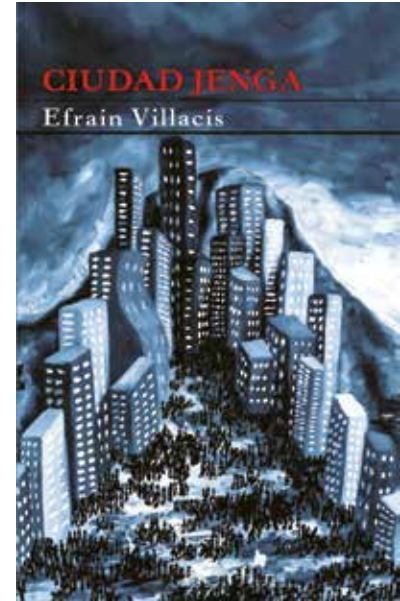
la primera vez que vino hasta mí, y me dejó besarla, más distraída que seducida; el planeta tiene la misma edad que yo ante la de ella, algunas décadas nos separan y parecen milenios. Dos, tres, cinco descorches contra el muro, precedidos de siseos breves nos obligaron a tirarnos al piso a medio camino, en el descanso, del callejón Vacas, entre el Congreso y la explanada del parque; gritaban adoloridos, puteaban a las

Manuela se pegó
a la pared, moví el
cadáver, y a otro
que parecía sentado
mirando el porvenir
para que recibieran
más balas mientras
nos arrastrábamos
de regreso a mi
apartamento.

armaduras negras que protegían con escudos a los tiradores; Manuela se pegó a la pared, movió el cadáver, y a otro que parecía sentado mirando el porvenir para que recibieran más balas mientras nos arrastrábamos de regreso a mi apartamento (salimos para conseguir whisky y la diabla necesitaba un chafo, se habría ido sola, pero su mirada retadora venció mi abulia y la acompañé, quince metros hasta el gentío impenetrable); los armados de fuego detuvieron sus ráfagas breves y se retiraron lentamente recibiendo piedras, palos y todo tipo de proyectiles que los manifestantes lanzaban eufóricos creyendo que hacían una avanzada; coparon el callejón hacia la parte alta, pisoteando sin misericordia, grabando los sucesos con los celulares; cronistas lloriqueando tan alto para que se registrasen sus lamentos y moqueos entre la barahúnda; probaban fotografía y sonido y enviaban al mundo sus testimonios con imágenes obscenas de sangre y muerte: exaltando el heroísmo de los estudiantes, insomnes, muertos de hambre y algunos capitalinos, gritando la culpa del *piernaloquismo* y su policía mortífera; empujábamos en el tumulto para llegar hasta la reja que nos permitiría ingresar a mi edificio, derribé algunos manifestantes para avanzar y soporté un par de garrotazos en la espalda a pesar de que creí que me veían de su bando; tuvimos nuestra bronca propia, instantánea, hasta que una heroína exaltada nos separó: somos el pueblo, vociferaba, allá está el enemigo, tosió, ahogándose cayó al suelo sin dejar de señalar hacia abajo a otro pelotón de armaduras que cerraba el calle-

jón del otro lado, parte de la ola antimotines que rompió la muchedumbre hacinada antes; Manuela la aguantó y trató de darle respiración, se saló en la sangre regurgitada, un enmascarado la levantó del piso y se la llevó sobre su espalda, entre la masa; la horda se detuvo de pronto sin saber si avanzar o retroceder, la trampa había funcionado, los que venían del parque lanzaron varias bombas lacrimógenas que apenas pudimos evitar; una cabeza y un pecho reventaron sobre las gradas mientras otros ahogaban con agua el gas irrespirable; las camisetas sudadas: turbantes y embozos de dos caídos nos sirvieron de mascarillas, continuamos gateando entre las piernas de quienes se revolvían sobre las piedras encajadas, negras, lustrosas, sin poder decidir con quién bailar.

No se podía avanzar, el último pedazo de graderío nos detuvo; estaba absorto viendo cómo se organizaban y dividían enmascarados multicolores: los que sostenían y empujaban a los de arriba, y los diez o doce que se volvieron para enfrentar a los de abajo; las negras armaduras arrastraban personas de cualquier edad y género, los sacaban del callejón, golpeaban a los aturdidos ya por anteriores golpes, por el miedo que los paralizó en sus sitios rogando que algo los desapareciera; más allá, sobre el campus verde aceitunado sin gente solo se reflejaba el sol que brillaba alegremente ajeno a esta orgía, en la avenida había varios carros policiales donde cargaban los bultos inconscientes, muertos; 'voluntarios' treparon a esconderse dentro de los camiones: ágiles y divertidos saltimbanquis



La decena o más de ciudadanos, las cabezas cubiertas con camisas, trapos, fulares y gorras eran el diseño medieval de un ejército de pacotilla, armado con palos del tercer milenio, y rabia.

aplazando la paliza; armaduras, huelguistas y paisanos heridos mezclaron su sangre, orina y excremento en los vagones de los transportes, no discriminaron hasta poder salir de la zona y se-

parar el grano de la paja; la gran ola de armaduras negras y tanquetas dispersó a la muchedumbre, rompió contra la barrida; la marea de gente volvía necia como una tonada andina, rodeándolos; Manuela aferró mi mano y me obligó a mirarla, señaló a un lado la puerta de metal: un grafiti sobre el muro, la puerta parecía dibujada y nadie se percataba de su existencia; se produjo un silencio maloliente, traté de destrabar la aldaba; fue una nota de piano, y otra, sin ligar, campanillazos para el grito de la turba:

*Corre, Rueda.
¡Que muera Piernas Locas!
Si me tocas.*

*Corre, Rueda.
¡Que muera Piernas Locas!
Si me tocas.*

La decena o más de ciudadanos, las cabezas cubiertas con camisas, trapos, fulares y gorras eran el diseño medieval de un ejército de pacotilla, armado con palos del tercer milenio, y rabia; cuatro, seis, ocho niños se hallaban agazapados, abajo, a los lados, al final del callejón que se

había vaciado, silenciosos, con los ojos abiertos, la mirada atónita sobre las armaduras negras que se acercaban a recogerlos, no hubo miedo solo inusitada resignación (imposible, tanto genio no supo medir la presión acumulada en la mente, en los sentidos, en las venas de los renegados insomnes); Manuela se incorporó para cubrirme mientras yo empujaba la puerta para que se abriera, estaba atascada como la furia reprimida por los dientes apretados en las sonrisas inconformes (las medidas de ajuste a la vivienda fueron el detonador: seres humanos de cualquier género y edad explotaron como globos multicolores por todo el territorio, en cada barrio, en cada gueto de los hacinados de condominio); los adocenados descubrieron sus rostros y acompañaron el paso en el escalón con el golpe de vara sobre la palma, recitaron graves, sin detenerse:

*Cabo, teniente
que jodes a la gente,
soy insurgente
contra el presidente.*

*Soy insurgente
a favor de la gente,
anida mi mente
el dolor de su muerte. (g)*

Estuve a punto de aburrirme, era el coro y coreografía de una obra desteñida, representada infinidad de veces sobre las mismas tablas de la trillada urbe, el sonsonete me remordía y sentí la culpa de todos los borrachos, me hacía falta un whisky; se clavó el mediodía brillante, yo parecía Kieth, niño muerto, abandonado sobre la grama de Appleseed sin drogas ni sexo; se reseca

el callejón y al frente el paisaje incendiado con humaredas pardas, grises, por doquier; la puerta cedió y también Manuela que fue detrás de los insurgentes que descendían hasta casi rebasar a los niños, la vi sucia, el cabello revuelto con pegotes de sangre y mugre, le relucían los pies; las armaduras negras fueron absorbidas por la multitud que volvió rodeando la ola policial, algunos camiones no alcanzaron a partir con su carga humana, los manifestantes desvalijaron, desalojaron y liberaron, se enardecieron y mataron; todo se veía al fondo en plano picado, los gritos fueron tan ensordecedores que en un instante la asonada fue muda, se llenó el callejón y los niños ya no necesitaron salvación; un garrotazo casi me noquea, logré cerrar

la puerta detrás de mí, adentro, me sostuve mirando a través de la reja, entre los hierros forjados, torcidos como un tornillo sin fin; los zapatos de lona, blancos, *dialogue*, de Manuela brincaban níveos, resplandecientes entre la multitud que se apelotonaba, subiendo para tomarse la calle de los tiradores, la zona del Congreso; busqué, todos los retazos de colores de las ropas de los alzados sin nombre remendaron, cubrieron mi visión y la puerta, alcancé a asegurarla, cayeron los párpados, desvaneciéndome; los gritos volvieron y ensuciaron los sentidos: Manuela descendía constantemente en la proyección luminosa de sus pies, su rostro mugre me sonreía y me decía: «por qué no haces lo correcto, tiendes la cama también, mien-

tras regreso, como hacen los demás asistentes»; se apaciguó el ambiente, filmaban con teléfonos y video cámaras, mientras caminaban o de pie en las terrazas, con drones y desde helicópteros; todos eran testigos de los daños provocados por todos los otros (los medios locales registraban la verdad); llegué hasta la cama y me acurruqué no sin antes sorber los restos de whisky de una botella; volvería la diabla, estaba seguro, la belleza y el vicio se juntan cuando la muerte todavía es una herramienta de uso y usufructo; cantaban afuera, me contagiaron la risa de su suerte. ☸

(Primer capítulo de la novela *Ciudad Jenga*, de Efraín Villacís. Grado Cero Editores, 2020)



Efraín Villacís

Quito, Ecuador - 1966

Narrador, dramaturgo, crítico, editor e impulsor de revistas culturales del Ecuador. Ha colaborado en medios de comunicación, dentro y fuera del país con artículos y ensayos sobre temas literarios. Ha ejercido todos los oficios posibles para vivir.

Escribió la obra de teatro *El contrato* (1999), la investigación *Gonzalo Zaldumbide: Cartas 1933-1934* (2000), editó *Significado de España en América* (2001) y fue coautor de la investigación *La imprenta y el papel* (1998), para el Municipio de Quito. Publicó *Presencias de Teresa de la Parra* (2002) y más investigaciones literarias sobre Jorge Carrera Andrade, Gabriela Mistral, Paco Tobar, Enrique Gil Gilbert, José Rafael Bustamante, Mary Shelley, J. D. Salinger, entre otros. Fue finalista del Premio Iberoamericano de Cuento Taurino (2003). Sus cuentos se han publicado en diferentes revistas nacionales. Creó, editó y dirigió la revista *Justicia para todos* y la colección *Literatura y Justicia* (2015). Publicó la novela *La sonrisa hueca del señor Horudi* (CCE, 2018).

Galaxia Roja

■ Daniel Ortiz

Algún día desapareceré —suspiró y en ese suspiro evocó la ciudad sin ocasos—. Porque al recibir otro tratamiento psicológico entenderé que tratan de encasillarme como una persona en regla, con normas, apariencias y falsos recuerdos, y eso no me gustará.

—¿Sigue con todo eso? ¿Por qué insiste en fugarse y desertar? Para unos podría estar bien, pero eso en realidad mata —alegó mientras acariciaba sus arrugados dedos, roídos, surcados por la mella de alhajas que la engalanaron en otros tiempos.

—Siempre he sido bien puesta, bien parada. Ningún sinvergüenza ha podido aprovecharse de mí. El respeto lo es todo y, cuando no hay respeto, la fuerza lo es todo —descansó dos segundos—.

—Hasta que un día entiendes que no importan los homenajes ni los agasajos mojigatos porque naces sola, aprendes sola y te vas sola. Sí, soy consciente de que la muerte se acelerará si escapo y que quizá me arrepienta —fijó la vista en el centro de las tejas rojizas, de las parvadas, de los adobes roídos y del bullicio comerciante.

—¿Por qué hablar sobre la muerte que se pronostica, la que no es propinada por los azares del destino sino por los arbitrajes personales? —replicó restregándose las rodillas.

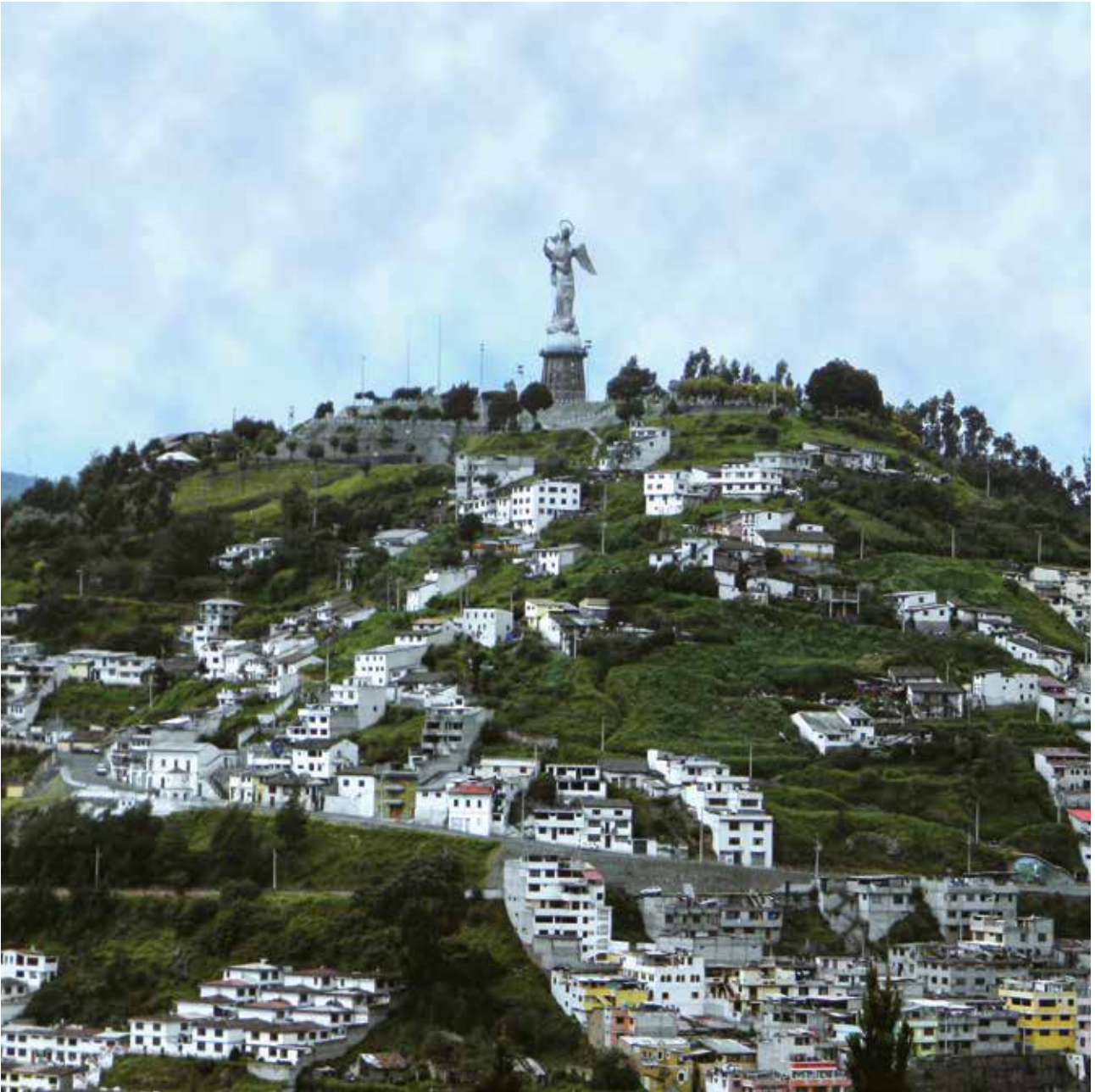
—Porque no tendré a dónde volver. Porque ya no vuelves con quien te llevabas —levantó el chal, cubrió su cuello y volteó hacia la joven—. Vuelves medio vivo, vuelves medio muerto. Han empezado a abandonarme, pese a todo el patrocinio, a la defensa barrial, al soporte comercial, al respaldo total al sistema de justicia. ¡He sido plata y persona con todos!

—Su resfriado empeorará. Nunca debió dejar la fiesta. Debe volver, debemos volver. Iba a ser una sorpresa, quizá mis padres ahora me reten, pero pronto llegarán los músicos. Debe estar para la deferencia de toda su familia. Vamos —agarró su mano. Ella se soltó.

—¿Toda la familia? —se exaltó—. ¿Y los que se han marchado sin decir «hasta pronto», los aprovechados y los impíos? —hubo una opresión en el pecho, dientes titilantes y una postura curca de nuevo—. Por eso los cumpleaños son un día más, un día en el que debe pasar «eso», pero jamás pasa o jamás lo veo, aunque siempre lo intento. Mas comprendo que si me escapo ahora, podría no haber retorno. Vuelves medio vivo, vuelves medio muerto —un eco.

Pidió la mano derecha de su nieta y ambas se pusieron de pie.

—Debe superarse a usted misma, en sus comportamientos, en sus



mitos y en sus miedos. Tiene que continuar. Usted bien sabe cuánto le respeta esta ciudad y sus autoridades, que cientos le echan de menos, preguntan por usted y esperan que decida sobre la continuación de su legado —la animó mientras bajaban de las gradas de la loma.

Doce metros de descenso y se detuvo. Golpes en el pecho, la voz grave y enérgica:

—A mí me deben pasar cosas trascendentales —tragó saliva,

se le dificultaba respirar—. Debo saber que hay algo más ahí, en algún lado. Que puedo ser quien fui en otro lugar.

—Quizá lo mejor le está pasando ahora mismo, los años dorados que tanto anhela están aquí, pero no lo nota, como usted mismo dice «no lo ve» —enmudeció repentinamente y se arrepintió por la insolencia. Era la nieta más querida, podía manejar ciertas licencias al hablarle, algunas veces hasta le

tuteaba, pero esta vez se sintió cruzando los límites. La doña no rompió en furia, miró hondo como si cazara viejos espectros con las pupilas.

—Las sombras me abrigan. Sé que al fugarme, desapareceré. ¡Qué crueldad estar destinada a la desmemoria! —se arrimó al regazo de su pequeña. El ruido musical liquidó la tertulia.

Entraron a la fiesta. Fue ovacionada. Ella solo quería sentarse.

El cumpleaños septuagésimo de doña Clarita no tuvo la concurrencia de otrora, cuando desfilaban políticos del gobierno central, autoridades del distrito metropolitano, oficiales de la Policía, fiscales, abogados de los tribunales de la república, dirigentes barriales del noroccidente y los líderes de los mercados populares.

||

Comadre Clara yacía en un magnífico pero apolillado *chippendale* que le fue cedido de una carpintería local, en el año de 1994. Eso no ha cambiado: aún lideraba todas las reuniones desde

el centro de la sala, frente a una credencia del divino niño y la leyenda «Yo reinaré». Aún llegaban sus ahijados a pedir la bendición y para la colación, sus vecinos por consejo o préstamos de negocios, y sus nietos para escuchar maravillados de historias y hazañas de la heroína. Aún se esperaba su mediación en las disputas familiares, riñas barriales o en la división de la tierra comunal. Ella era una institución, la 'tucota', la 'altota', la que querían.

(Pero algunos no debían quererla).

El cumpleaños septuagésimo de doña Clarita no tuvo la concurrencia de otrora, cuando desfilaban políticos del gobierno central, autoridades

del distrito metropolitano, oficiales de la Policía, fiscales, abogados de los tribunales de la república, dirigentes barriales del noroccidente y los líderes de los mercados populares. La fiesta no fue ampulosa. No se destapó el champagne, no se

sirvió la comida en la mesa rectangular, no atendieron meseros refinados, no hubo castillos ni juegos artificiales. La casa en sí misma ya no era como antes: el papel tapiz cian se enmohecía, el parqué, las alacenas, las mesas y los aparadores coloniales se rajaban, las cortinas se percutían, y el hedor canino no se toleraba.

Terminó el set de cumbias. Era momento de la cena. Los comensales degustaban caldo con cuellos y mollejas de pollo, y carne de res achicharrada, con papa cocidas en salsa de maní y un puñado de lechuga. Todos asentaban en el piso el vaso con la chicha de jora. El vaso era de plástico, así como los cubiertos, los platos y los asientos.

La Policía incautó muchos de los bienes del hijo mayor de la comadre Clara, y los otros fueron empeñados para pagar las cuentas. No se tocó —no se tocará jamás— la máquina de coser familiar, el baúl con las pertenencias de los abuelos ni el cuaderno con la lista de los amigos, deudores y enemigos que reposaba en la estantería frontal de la sala.

Desde su sitial, mamá Juanita, como le decían de cariño sus familiares y amigos más cercanos, comía en silencio. Sus nietos juguetones se acercaban a veces y ella temía que hicieran regar su comida y la quemaran con la sopa. Nunca pasó y si hubiera pasado tampoco hubiera tenido la fuerza para reprenderlos con un carajazo (sus energías se concentraban en escapar, quizá a Ambato, Guaranda o algún pueblo donde no estuviera 'fichada', donde aún pudiera levantar su imperio, uno real, no uno de poliuretano).

Empuñaba el bastón y fijaba su vista en la fotografía enmarca-

da en la pared. Miraba a la mujer de pie, ostentosa, altiva, con tacones negros de gamuza, vestido blanco brocado, capa *jacquard* gris, cabello corto (perfectamente acicalado), perlas translúcidas, cartera de cuero en el brazo izquierdo. El retrato correspondía a ese pasado célebre, a una eucaristía celebrada en la iglesia de la Magdalena, con un lleno total en el templo, donde mamá Juanita apadrinó a 28 niños, los hijos de las vendedoras del mercado adyacente.

Nuevamente baile y efervescencia.

¡Suenan los Dukes! Quiero ponerme a beber y un cigarrillo fumar. A la mujer que mató mis sentimientos iré a buscar.

Era hora del zapateo en la casa de la familia Cevallos. «Qué viva la santa», coreaban los más. La concurrencia al centro de la pista, los aplausos fervientes y una seria invitación a bailar sacaron a la comadre de su nostálgico letargo.

|||

Gran parte de los fundadores de los Chicos Bravos murieron o fueron encarcelados. Varios de ellos vagaban impunes y a sus anchas, pero ya habían sido golpeados por el paso del tiempo, como le sucedió al gran 'Guagua' Manuel. Perdió sus dientes, los hongos atacaron su cuero cabelludo, la artritis gotosa afectó sus articulaciones, y su mujer y sus hijos —reconocidos— huyeron de él, de las sobredosis y de los residuos de pólvora en sus manos. Se convirtió en un vagabundo, en un limosnero más transitando por las aberturas del

Centro Histórico. Era colérico, eso sí. Maldecía a quien le miraba de frente, a veces agarraba piedras de la calle para corretear a quien se le acercaba. Sin embargo, ya era difícil ver en ese sujeto al capo de la organización que dominó los vericuetos del comercio informal capitalino.

¿Quién podría creer que ese pobre diablo era el supervisor de los mercados de San Roque y San Juan, el que cobraba las cuotas semanales de cinco mil sucres a los comerciantes para protegerlos de la delincuencia? ¿Quién podría aseverar que ese flacucho mefítico rompía tabiques a diestra y siniestra con sus anillos de acero, y que se encargaba de las confesiones y negociaciones duras en el 'túnel del arrepentimiento', ubicado en la Quinta de San Jorge?

—Feliz cumpleaños, madre-cita linda —vociferó el 'Guagua' Manuel en el oído de la santa. Su voz era trémula pero estrepitosa para que su protectora lo escuchara, pese al ruido de la cumbia colombiana.

No dijo nada. Se dejó abrazar. Luego le acarició por la nuca. ¿Cómo no quererlo si ha sido el mejor, el más leal (incluso más que sus hijos), quien reclamó y obtuvo venganza cuando la apuñalaron en el Mercado América, quien incluso golpeó a un concejal de la Izquierda Democrática (y a sus guardaespaldas) por difamar y ocasionar daño moral a mamá Juanita?

Bailó con el 'Guagua' Manuel, pero estaba cansada. Bailó con él porque se tambaleaba mucho más que ella y lidiaba para no caerse de la pista. Sintió lástima y se esforzó para complacer a la reliquia viviente de los Chicos Bravos, el

recuerdo bizarro de los tiempos conquistados. Por el contrario, sus hijos lo despreciaban y lo habrían mandado a desaparecer hace mucho, pero sabían que una buena parte de la lucidez de su madre dependía de ese viejo. Todo en él, desde sus *jeans*, zapatos, gorras y crucifijos, era viejo.

Mute en el disco móvil y la comadre Clara volvió a su trono. Descansó.

Los vasos con licor iban y venían, gritos ensordecedores, «que levanten las manos los hinchas del Nacional, del Aucas, de la Liga, del Barcelona...». De la cumbia pasaron al merengue, luego volvieron a la cumbia, al vallenato y finalmente a la música de banda de pueblo. La bomba no tardó en formarse: hijos, nietos, sobrinos, ahijados, toda la prole de la 'tuca' en pleno, disfrutando de una velada amena en las alturas de Quito.

«Mamita, venga a bailar», se escuchó en coro, mas no habló. Con un ademán de su muñeca confirmó la desaprobación.

Muchas veces se negó a bailar, no importaba el traje gubernamental, las botas policiales ni las sotanas. Era necesario tener un tacto diplomático para ganarse a mamá Juanita, porque sus «no» eran conclusiones sin revisiones ni atenuantes. Muchos llegaban a pedir su apoyo o su solapamiento electoral. Las callejuelas del vecindario vieron circular a muchos 'padres de la Patria'. Llegaban con orquestas, megáfonos, pancartas, globos, camisetas o esferográficos para regalar a los más pobres, pero nadie armaba fiesta alguna sin la aprobación previa.

Uno que más tarde se convirtió en el presidente interino de



los ecuatorianos, se acercó a la zona para rogarle el apoyo que le permitiría llegar al Congreso con la caterva del Frente Radical Alfarista. Asimismo, otro que fue alcalde y la voz oficial del apagón de fin de año, la visitó para sondear un posible retorno a la política, apoyado por las fuerzas del sur de la capital.

—La política es sucia. Nunca lo olvides Juanita —hablaba consigo misma, mirando el tumbado de su casa—. Pero qué se le va a hacer, me gusta la política.

IV

Botaron a cinco insolentes de la fiesta, pero no fue necesario apuñalarlos. No aquella vez. Bastó la delantera del equipo de fútbol para sacarlos como a monigotes de 31 de diciembre. Tenían tres días para pedir perdón a la

comadre Clara. Esa era la norma, si no los allegados de la ‘altota’ se la tomaban contra sus familiares. Una disculpa nunca era suficiente. La condena solía ser económica, lavar los vehículos de los Cevallos o, en el peor de los casos, recibir media docena de azotes en la Quinta de San Jorge.

La comadre Clara nunca se enteró del altercado, pero la veneración a su trayectoria debía sostenerse de generación en generación. No importaba que estuviera en decadencia, la matrona aún contaba con la lealtad de sus Chicos Bravos y de otros colaboradores, como los jugadores del Galaxia Roja Fútbol Club, el campeón de campeones de la Federación de Ligas.

Armar al gigante de San Roque y de La Libertad fue una tarea titánica. El hermano menor y uno de los hijos de la comadre Clara se encargaban de reclutar a

los refuerzos. Hubo hostilidades y discrepancias al inicio. Quisieron golpearlos y no pocas veces los amenazaron en sectores como Monjas, Toctiuco, La Comuna o Cotocollao.

Esos yerros deportivos ponían en peligro y en tela de duda el liderazgo de la ‘tucota’, y como la debilidad no estaba consentida, debía trasladarse personalmente a los barrios para requerir los servicios de los futbolistas destacados. Aunque llegó a abofetear a los dirigentes, a los futbolistas los trataba con dulzura e instinto maternal. Fue la mejor cazatalentos.

—Papito, ¿cuánto ganas aquí? ¿Juegas por deporte? ¿Por deporte? ¡No hables pendejadas! Ven a hacer platita, mil sucres por partido, mil quinientos por gol, hasta dos mil sucres por gol, eso tengo para ti. Tienes zapatos, ¿qué marca de zapatos quieres? Tendrás comida, colitas, cervecitas. A veces rifamos televisores, microondas, refrigeradoras, planchas, etcétera. Te conviene mijito, te conviene estar conmigo —ese era el monólogo de la señora que ensambló uno los mejores equipos barriales de los noventa.

Todo era cierto menos una cuestión: jamás les regalaba los uniformes de fútbol. Ella se los quedaba, los hacía lavar en las lavanderías de San Juan y les entregaba al siguiente partido, planchados y perfumados.

La calle enseñaba a ser leal. Todos adoraban a mamá Juanita. Ella cuidaba de todos y todos cuidaban de ella. No importaba que unos decidieran no ascender a los Chicos Bravos —porque el Galaxia Roja también era una incubadora de ‘tumbapuertas’—, la Comadre Clara solo deman-

daba que lo entreguen todo en la cancha de tierra de La Paya.

Cuando ganaban eran bien recibidos en el regazo de la 'tuca', quien complacida pagaba los dineros acordados y algunos extras, les repetía los platos de tortillas con caucara, los jugos de mora y las Pilsener.

Cuando perdían, era el demonio. Ingresaba al campo de juego a insultarlos, a lanzarles sures antiguos para humillarlos o a pedir al árbitro de turno que los amoneste. No pocas veces se la vio clausurando encuentros, a la vista y paciencia de los dirigentes de San Roque. La ira de la señora de largos vestidos, pantimedias beis y delantales blanquecinos no tenía límites, además, todos evitaban las fricciones con los Chicos Bravos.

Nunca los golpeó y aunque lo hubiese hecho, nunca habrían dejado de adorarla, por devoción o pragmatismo. Jugar con los Cevallos era una brillante oportunidad para consolidar una carrera, crear una familia y hacer patrimonio. Consecuentemente, muy pocos se iban. Los desagradecidos debían tener excelentes excusas para abandonar a la 'dura'. No obstante, en el apogeo de la organización, no fue necesario reclutar tanto porque los deportistas de toda la ciudad se esforzaban, a voluntad, para que mamá Juanita los enrole.

Los atletas perduraron mucho, incluso después del ataque del Ministerio de Gobierno, la Policía y la prensa. Limerencia durante tres décadas, sin acallamientos ni condicionantes. La foto con su madre putativa era innecesaria para los leales del septuagésimo cumpleaños.

V

Juana Clara Cevallos Armijos, mamá Juanita, se había quedado dormida en el sitial de mando previo a la llegada de los uniformados, quienes acudieron a presentar sus respetos.

Docenas de agentes de tropa de la fuerza pública se contaban entre sus seguidores, y lo mismo sucedía con abogados, jueces, médicos, forenses, notarios.

Debido a las acusaciones de extorsión, robo y asesinato que se le atribuían, los policías evitaban el contacto público con la señora de los mercados. La visita fue reservada por las potenciales sanciones de sus superiores. Llegaron en taxis y vestidos de civiles hasta la loma. No convenía, era redundante. Querían mostrarse agradecidos pero evitando puniciones.

Los Chicos Bravos y los jugadores del Galaxia Roja despreciaban a los 'chapas' con la misma intensidad con la que repelían a los socios de cuello blanco de la doña.

«¿Dónde estaban estos imbéciles cuando apuñalaron a mamá Juanita? ¿Qué hicieron para devolver los artefactos que le incautaron, los carros que remataron, los terrenos que le expropiaron?», se preguntaban constantemente sus allegados. No obstante, oponerse a las visitas y amistades podía ser considerado como un acto de censura, como una desfachatez personalizada que ocasionaría otro intento de fuga de su protectora.

Allí estaban, junto a ella, disculpándose por no saludarla más a menudo, agradeciéndole por los pases policiales a Quito, por los ascensos y las condecoracio-

nes del pasado, por los préstamos sin intereses, por los regalos, por los resguardos familiares, por los obsequios, por la línea blanca, por los vehículos... Ciertamente, la comadre Clara había sido un baluarte para el pelotón policial durante los noventa.

—Perdón, madrecita. Usted sabe que se nos obliga.

—Lo sé, lo sé hijito. Solo cuida mis cosas, mi cartera, dame un cobertor, buena comida y deja ingresar siempre a mi familia —instruía a los agentes que habitualmente la encarcelaban.

Pese a las decenas de denuncias que incluso llegaron a los tribunales, pese a las órdenes de los jueces, a las disposiciones de ministros como Ledesma y Álvarez y a las constantes pesquisas de los periodistas del canal del cerro, doña Clarita siempre fue inmune a la ley. Muchas veces evitaba la prisión mediante evaluaciones psicológicas que en sus diagnósticos recomendaban medidas sustitutivas en lugar del encierro carcelario.

En las contadas ocasiones que ella estuvo en el presidio, siempre contó con meninas en su celda. Unas garantizaban su protección (por lo que pudiera pasar), otras su salud (que tome las pastillas y jarabes y reciba masajes periódicos) y las demás sus actividades recreativas. Dirigía sus negocios desde el centro de detención provisional de El Inca, por lo tanto, sus horarios de visita duraban las veinticuatro horas del día.

—Que no se te ocurra comprar los suéteres chinos en doscientos mil sures. En el Ipiales ya están sobre aviso, deben dejártelos en ciento cincuenta mil cada uno. Pide varios colores y

modelos, con cierres y botones —le ordenaba a su hija mayor que, por rigurosidad, tomaba nota de las disposiciones—. Lleva cinco docenas a los mercados, véndelos a trescientos mil sucres, a plazos. No importa que en ese momento no tengan dinero. Pagarán. Todos pagan.

Era la capa de los negocios.

Compraba aretes de oro —de dudosa procedencia— en doscientos mil sucres y los vendía hasta en quinientos mil, a crédito. Viajaba a Guayaquil por cobijas, parasoles, alfombras, sábanas, cubrecamas, iba a Colombia por juguetes, casetes, *walkmans*, televisores, lámparas, gafas de sol, y nunca faltaron clientes en Santa Clara, San Roque, La Marín, etcétera. Compraba un quintal de almejas en 20 mil sucres, las hacía cocinar y de su venta obtenía 100 mil sucres. Nunca se vio otra mercader tan exitosa.

Si trabajaba tanto merecía vivir bien, por supuesto. Fue respetada por policías y reclusas, quienes acudían a ella por consejo y mediación, fue venerada por caporales y guías penitenciarias, quienes la ensalzaban por miedo o interés.

Fue una privilegiada dentro y fuera de las cárceles, de los mercados, de las ligas barriales y de las fiestas populares, pero un día el gobierno del Partido Conservador y el municipio de la Democracia Popular le pusieron precio a su cabeza.

No solo sancionaron las excéntricas transacciones de mamá Juanita. Plantaron falsa evidencia con los testimonios de falsos

testigos. Inventaron testafierros y encarcelaron a su esposo, sobrinos, hermanos y a ella misma, pero sin los privilegios de antaño. Dieron de baja a los suboficiales fieles e iniciaron sendos operativos para desarticular a los Chicos Bravos, en una especie de cruzada liderada por, al menos, cuatro generales de la Policía.

«Han ido los gendarmes, han roto puertas, ventanas de las casas de mis hijos y no han encontrado ningún billete falso. Están trayendo cosas de muchas partes para involucrarnos. Me decían en la celda: ‘Su marido ha comprado tal cosa robada’. Yo lo negaba, ¿cómo podía aceptarlo si no era verdad? Después venían con un ladrón para que diga que nos ha vendido cosas hurtadas. Pura envidia es lo que tienen, porque han visto cómo he salido adelante: con trabajo y sufrimiento, vendiendo desde la madrugada, con sol y con aguas».

Ese era uno de los monólogos usuales de la comadre Clara en declaraciones ante los medios de comunicación, una vez que la historia de una matrona criolla, tan poderosa como Judy Moran, Thelma Wright o Frank Costello, tomó notoriedad en la ciudad.

Pese al descrédito de la prensa, a la persecución de los *paparrazzis*, las sátiras burlescas de una sociedad blanqueada y la ferocidad de la Policía, la señora siempre contó con ángeles ocultos, con cruzados del Grial, quienes siempre la protegieron y cuidaron aún en la caída de su imperio. La tropa no claudicó y, una vez más, sigilosos, enmascarados y furtivos, llegaron a rendir honores, presentar sus respetos y fidelidad en el cumpleaños de mamá Juanita.

—Debes quedarte. No me vayas a descuidar —clamó a su nieta.

—No se preocupe. Ya me aburriré de todo, ya todos están borrachos, incluso mi papi. Aquí estaré vigilándola. Descanse —tomó una cobija y una almohada del armario, se colocó los audífonos y pulsó *play* en el *discman*. Se arremó en el espaldar de la vetusta butaca verde y observó su tránsito hacia los brazos de Morfeo mientras se abstraía del derredor festivo.

Su misión: despertarla si el ‘Guacha’ violentaba sus sueños —otra vez—, si llegara camuflado entre las sombras con el cuchillo oxidado para traspasarla —de nuevo—, si intentara arrastrarla con él hacia el infierno —como ya sucedió—, como ella mismo relató no hace mucho, cuando perjuró haber sido transportada hacia el averno, en segundos, y presenciado llamaradas rojas, carnes chamuscadas, paredes ensangrentadas, calderas con aceite hirviendo, y el tumulto de impenitentes formados para recibir sus condenas por la gula, la ira, la envidia, la lascivia, la maldad y por el resto de formas y expresiones del pecado.

—Por eso necesito tus cuidados, María Luisa —le suplicó la primera vez que cerraron el trato—. Vendrá de nuevo con ese cuchillo, aullará mi nombre, tratará de llevarme con él.

—No tiene de qué preocuparse, mamá Juanita, no dejaré que ese cuco le haga daño —estableció, y se dieron un abrazo filial único, muestra genuina del amor que se profesaban, evidencia de la plena confianza entre la matrona y su nieta.



María Luisa era quizá el retrato más fidedigno de la 'altota': incuestionable e irreverente, quizá precipitada, pero segura y leal entre toda la lambisconería que circundaba el mundo de la reina de los mercados. Entonces, decidió mantenerla con ella, es decir, la alejó de sus padres para volverla su acompañante, su consejera y su guardiana.

Eso fastidió sobremanera a sus otras herederas directas y a muchos de los Chicos Bravos.

Quizá por ese resentimiento subconsciente y por los celos contra la consentida, su familia restó importancia a las primeras alucinaciones. Tarde se preocuparon.

Adivinos y chamanes intentaron descifrar las visiones de la

señora, mas no fueron capaces de dar respuestas que satisficieran a los Cevallos Armijos, quienes diagnosticaban brujería recalcitrantemente y querían a los promotores para escarmentarlos. Sin embargo, ningún charlatán, por más codicioso que hubiera sido, se atrevía a dar nombres ficticios.

Dejaron la magia negra y dirigieron sus interpelaciones a la medicina formal. Conforme avanzaron los meses, el neurólogo del Hospital Militar se apersonó del caso, trató a la paciente y descubrió la existencia de un trastorno neurológico no patológico por elevado estrés, ansiedad y depresión (que, según su nieta, se traducía en cargos de conciencia).

Desde entonces el número de derrotas ante los tribunales fue directamente proporcional al número de juicios en su contra y el de su familia. En contraste, el número de calumnias mediáticas y de partes policiales ilusorios fue diametralmente opuesto al número de pruebas de descargas que la familia presentaba para el resguardo de su patrimonio.

Con sus aflicciones y la distorsión de la cordura, el liderazgo tambaleó y los empeños para desarticular a los Chicos Bravos aumentaron. Hijos, yernos, nueras y ahijados eran detenidos semanalmente, uno tras otro, con pruebas falsas y valederas.

Ya no había sobreseimientos, fianzas, arreglos extrajudiciales,

mucho menos, presiones a jueces o fiscales o sus ayudantes para la liberación rauda de los predilectos.

(Presión mediática, el alusión policial, censura estatal. Solo caer y resistir).

Poco pudo hacer doña Clara para frenar el hostigamiento. Rezaba para conciliar el sueño, para que el 'Guacha' u otros espectros no la remolcaran al infierno.

—¿Estás aquí, nena?

—Presente, abuelita.

—Gracias, cariñito —respondió a la hija de su hija primogénita. Sonrió.

Cerró los ojos, serena y confiada por las órdenes que pronto iba a dictaminar a sus allegados.

Pretendía que María Luisa se encargara del imperio familiar, que fuera el cerebro de la organización y la lideresa irrefragable de los Chicos Bravos, pero la prole solo toleraba su liderazgo y no quería la dominación de una niña que acababa de cumplir los dieciocho años.

Entonces el imperio se dividió y sucedió lo inevitable: por temeridad e imprudencia, las bandas escindidas quisieron ampliar sus campos de acción a zonas donde emergían nuevos caciques, mecenas, delitos de cuello blanco y narcotráfico de altas proporciones. Quisieron superar a la 'tuca', quisieron probar nueva suerte y volar más allá del Centro Histórico y del suroccidente. Esa fue la sentencia final para los Chicos Bravos.

A diferencia de mamá Juanita, que consumó una vida invulnerable ante la ley, que hizo lo que quiso y quiso lo que hizo debido a su capacidad analítica, don de mando, poder de negociación y pragmatismo político, sus hijos, herederos, ahijados y

—Algún día
desapareceré
—suspiró y
en ese suspiro
evocó la ciudad
sin ocasos—.
Porque al recibir
otro tratamiento
psicológico
entenderé
que tratan de
encasillarme
como una
persona en regla,
con normas,
apariencias y
falsos recuerdos,
y eso no me
gustará.

'deportistas' no corrieron con la misma suerte. Denunciada por gánsteres y señoríos de las nuevas mafias, la organización delictiva fue arrasada en sendos operativos de las tres fuerzas especiales de la Policía, clausurándose así una etapa memorable —tres décadas— de un Quito *vintage* que se desvanecía frente a un nuevo orden.

*Caution, tourists. Robbery zone.
Do not walk this street. Danger.*

Pasaron muchos meses desde su extinción, pero las advertencias se remozaban periódicamente en las paredes y postes de alumbrado público que conducían al Panecillo. Un tufo de inseguridad perduraba en el barrio donde se erigió la organización delictiva más grande de Quito. El miedo era real e ilusorio, como el poder interfecto de quienes conformaron los Chicos Bravos, cuyo campo de acción se redujo al asalto a los extranjeros que, por ingenuidad o estupidez, caminaban hacia el monumento católico desde su base.

No hubo regeneración. Permutaron a mendicantes desechos del Centro Histórico.

Dicen que la comadre Clara escapó dos veces con la complicidad de sus nietos. Fueron escapatórias simuladas. Respetaron su decisión de huir, permitieron que hiciera sus maletas y tomara buses interprovinciales, mas todo estaba bajo control y supervisión de la familia Cevallos. Aquella irresponsabilidad duró hasta que los trastabillones y la amnesia lacunar se volvieron constantes. Entonces desaceleró.

Los meses previos a su muerte, antes del cáncer terminal, no pocas personas vieron a la dama inmarcesible sentada en las bancas de cemento, a los pies de la virgen alada de los capitalinos, mientras el escuadrón benigno de su prole vendía platos de comida típica. Nunca dejó de enganarse con delantales y gorros blancos. Siempre estuvo presta a colaborar con los negocios fami-

liars, aunque en los últimos días el usufructo proviniera solo de la venta de papas con caucara y remolacha.

Fue incansable a los 70 años, tan obstinada como en su adolescencia, en los años cincuenta, cuando aprendió a sobrevivir, cuando dedujo cuáles serían los talentos que le permitirían dominar la escena comercial y política a lo largo de su vida. Lo logró: Quito a sus pies.

Muchas de las voces que colaboraron en la reconstrucción de esta historia, pidieron la reserva de sus nombres por temor a represalias, lo propio los uniformados y servidores del sistema de justicia que suministraron datos integrales de las jugarretas y fechorías atribuidas a mamá Juanita y los suyos. Otros nunca jamás hablaron.

Erigido en 2006, su mausoleo es el más visitado del Cementerio

de San Diego, incluso más que la tumba del presidente de los balcones. Cada Día de los Difuntos, los exponentes de la música popular ecuatoriana y cientos de feligreses se congregan para honrar su memoria.

El sepulcro es un muro de los lamentos. Se la llora y se la venera. Familias entristecidas y agradecidas se reúnen para pedirle bendición, prosperidad y protección. Los escépticos y los más jóvenes se acercan por curiosidad hasta que huyen por un profundo temor irracional.

Esta historia no se congeló con el cambio de milenio, tampoco se carcomió entre cintas de VHS ni viejas hemerotecas. Mamá Juanita perdura en la memoria ciudadana, entre detractores, aduladores y avasalladores.

Aún se reza frente a la imagen de la 'altota' en decenas de hogares quiteños. Los menos han

optado por el silencio. Eterno.

—Vayan y presiónenlos. ¡Asústenlos! Amenácenlos. Si quieren, rápelos, golpéenlos unas cuantas veces en la cara, pero cuidado: que no se les pase la mano. Exijan los pagos acordados, recuérdense que estamos protegiendo sus negocios y a sus familias. Vigílenlos, no vaya a ser que escapen. Nadie escapa, nadie escapó de mamita Juanita y nadie escapará ahora de mí. Vayan por nuestro dinero y no vuelvan sin él. Pagarán, todos pagan.

—Enseguida, comadre María Luisa. Así lo haremos. La bendición.

—Dios los bendiga. Vayan.

Bis 🌀

(Relato tomado del libro *Pasarela de Tierra*, Editorial Tinta Ácida, 2020).



Daniel Ortiz

(1985)

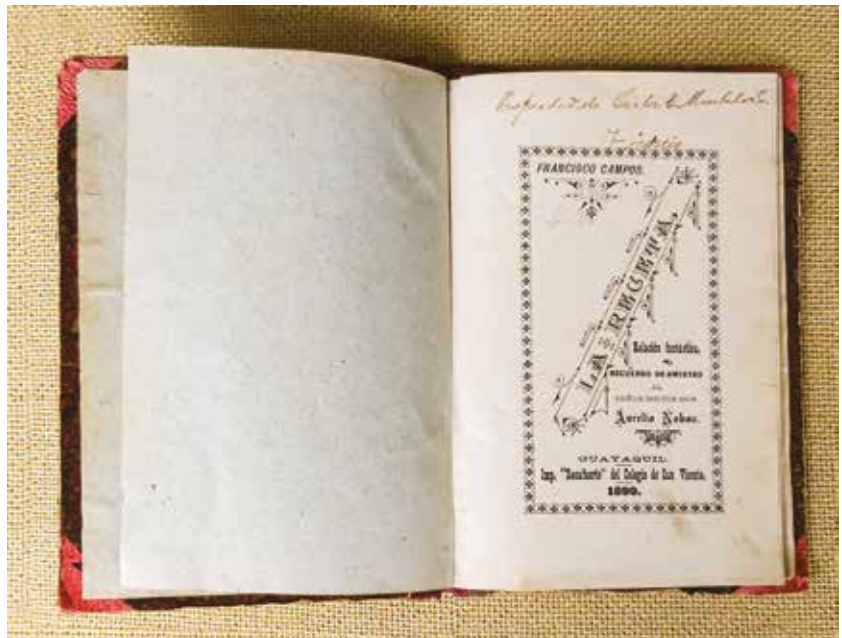
Comunicador Social por la Universidad Central del Ecuador. Máster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Salamanca, España. Ha trabajado como periodista en varios medios de comunicación, privados, públicos y comunitarios. Ha sido elaborador de discursos gubernamentales y editor de ensayos de comunicación política. En 2017, colaboró como articulista de La Barra Espaciadora en la publicación *El otro portal*. Desde hace cinco años se dedica al andinismo, lo cual le ha llevado a las cumbres más altas de Ecuador y España. *Pasarela de Tierra* es su primera obra autónoma. Quiteño de corazón, fan del anime japonés y de los videojuegos de los noventa, mochilero pertinaz, amante de los animales y de las cervezas frías en las terrazas del mundo.

LA RECETA: RELACIÓN FANTÁSTICA,

PRIMERA NOVELA ECUATORIANA DE CIENCIA FICCIÓN

El hombre que durmió cien años

■ Patricio Herrera Crespo



El hombre caminaba por las calles de Stuttgart, la capital de Wurtemberg, cuando el calendario fijaba el año de 1870. Elegante, no faltaba a su vestido, la leontina, el bastón y el sombrero, y su andar pausado, su mirada y mente abiertas capturaban la belleza de la ciudad en ese caluroso mes de agosto.

De pronto una vidriera llamó su atención, naturalmente era una librería, qué podía ser más importante para un hombre de lectura y de cultura, de música, de viajes. Pero había algo más que llamó su atención: un libro con un extraño título que le impulsó a entrar para adquirirlo.

—Cuánto vale el libro *Historia de un muerto, contada por él mismo*.

—Vale dos florines —respondió, después de buscar en la letra *H*.

Pagó el valor, tomó el libro y se retiraba, cuando el librero le dijo:

—¿Es usted extranjero... de muy lejos?

—De muy lejos... de América del Sur.

—¿Qué idioma es el de su nación?

—El castellano.

—Está bien. Ese libro cuesta solo un florín.

Frente a su asombro, el librero le explicó que la obra estaba ya dos años en vitrina y ese era el primer ejemplar que se vendía; además, por instrucciones del autor, si el comprador era extranjero y hablaba diversa lengua de la que estaba escrito el libro, costaba la mitad del precio.

Una invencible curiosidad le invadió y pudo conocer que el autor vivía en la misma calle, en el número 60, cuarto piso, número 32. Allí dirigió sus pasos y se presentó ante un hombre de alguna edad. Era el autor, el señor X.

Saludó y al pedirle el libro le preguntó su nombre; soy el señor R. Tomó una pluma y escribió dos renglones. «Es la relación exacta, dijo, de un acontecimiento ocurrido a mí mismo: escribí esa historia durante una hora que estuve muerto».

Sorprendido se preguntó: «¿Estaré en algún manicomio? No, dijo el señor X, como si leyera su pensamiento, mis palabras son la expresión exacta de la verdad, y agregó: va usted a oír a mi hija tocar en el piano una composición escrita por mí cuando estaba muerto. Toca hija mía la gran marcha fúnebre que te he enseñado».

Sara tenía una belleza nada común, no parecía un ser vivo y lo que entonces escuchó no lo volvería a oír jamás. Se dijo: «Nunca creí que la música tuviera tales armonías, tales acentos, gemidos dolorosos, cantos subli-

mes, rugidos de mar o de huracán, y de repente venían desde lejos cantos de náyades bogando en tranquilo lago...».

No sabía el tiempo que había pasado y se disponía a salir cuando un joven, que se presentó como novio de Sara, le pidió el libro y abriéndole le dijo: «El viejo le ha dado la receta». «No —le respondió—, es una dedicatoria»; a lo que el joven le insistió: «Es una receta y voy a arrancar la página», sin embargo al leer le dijo: «No importa, tiene contraseña».

Salió apresurado y al llegar a casa abrió el libro y leyó:

TEAADMIGESEISTEEL DUDTU S
ENMTIENANV ANL AS REEEPES Y

Volvió a leer, repasó y pensó, se perdió en conjeturas y nada sacó en limpio. Siguió su viaje por varios países de Europa y el recuerdo de ese día en Stuttgart lo consideró como un sueño.

Volvió a América y una de las tareas que se impuso fue ordenar sus libros y aquellos que había comprado, seleccionados con atención, poesía, historia, filosofía, libros religiosos, de viajes y en novela solo dos: *El Quijote* y *La cabaña del Tío Tom*. Entre los libros quedó olvidado el folleto durante diez años.

La receta

Un día se propuso la 'penosa tarea' de arreglar su biblioteca y al llegar al año 1870 se encontró con aquel folleto comprado en Stuttgart en agosto de aquel año. Le volvieron los recuerdos: la librería, el señor X, Sara y su arrebatadora música, las piruetas

Historia de un muerto, contada por él mismo. «Es la relación exacta, dijo, de un acontecimiento ocurrido a mí mismo: escribí esa historia durante una hora que estuve muerto».

Lo que
entonces oí
no lo volveré
a oír jamás.
Nunca creí
que la música
tuviera tales
armonías, tales
acentos que
indudablemente
son los que
el alma
comprende.

del joven novio y, sobre todo, volvió a leer aquellas extrañas dos líneas y decidió descubrir el enigma.

Descartó el alemán porque tenía exactamente 24 vocales y 24 consonantes, y también las lenguas del norte, bajó al castellano, italiano y latín; nada. Alteró las letras, las puso en columnas y en la base leyó s r (griega pero podía ser latina). Pero podría ser castellana, italiana o francesa o de la lengua Dualla, o Ewea o Hausa. Siguió investigando hasta que logró formar la palabra *usted*. Animado siguió alterando letras y palabras hasta que se convirtió en una frase:

SI USTED PUEDE LEER ESTAS LÍNEAS
VENGA INMEDIATAMENTE.

Lanzó una carcajada; ir a buscar al viejo X en Stuttgart, a 3.000 leguas de distancia. Sin embargo los días pasaban y quedaba la interrogante: ¿para qué le llamó el viejo?

Vinieron la intranquilidad, los insomnios, las pesadillas, para los que había una sola respuesta: ir al encuentro. Era 1882.

Llegó a la librería, todo estaba igual, pero el señor X había muerto doce años antes y no sabían que tenía familia. Fue a un café, entabló conversación con varias personas sobre cultura y en especial sobre música y el tema si esta era un arte o una ciencia. De pronto salió la historia de que, años antes, había vivido un hombre que un día escribió un trozo de música asegurando que la había escrito en el otro mundo, cuando estaba muerto. Su hija Sara, dueña del manuscrito, había ofrecido cantarlo en el teatro de Viena.

Era el 3 de septiembre cuando el señor R llegó a Viena y asistió a la presentación. La orquesta calló y una mujer vestida de blanco dejó caer el velo y descubrió un rostro de una belleza sobrehumana. Era ella, Sara, más joven y más hermosa que hace doce años cuando le escuchó tocar el piano. Esta vez cantó con una voz pura y brillante como una constelación, y siguió formando un raudal de armonía. Así pasó el tiempo con un silencio sepulcral con todas las miradas en el escenario. «Era una estatua cantando ante un concurso de estatuas».

Al día siguiente fue a casa de Sara, entró al salón, y sorprendido encontró al señor X, con el mismo vestido, el mismo gorro, la misma fisonomía que doce años antes.

—Le reconozco —le dijo—, se vendieron todos los ejemplares, pero solo el suyo tiene el autógrafo, ¿lo leyó usted?

—Por eso he venido, qué quería usted decirme.

—Yo —dijo— he descubierta una receta maravillosa, por la cual puede un hombre dormir de uno hasta cien años.

El viejo le contó su historia, que comenzó en 1852, cuando recorría un territorio de la India situado entre Abdalahah y Calcutta, sembrado de templos budistas. Una noche llegó hasta el templo y sentado delante del muro vio a un anciano que se acercaba a un árbol donde estaba una cobra, él lo detuvo advirtiéndole el peligro; era un faquir que sonriente le dijo: «Extranjero gracias, habéis querido salvarme la vida pero no corría ningún peligro».

Así siguieron varias noches hasta que le invitó a pasar a su



casa. «Hoy cumpla 153 años de vida, le dije, he recorrido a pie todo el planeta por 90 años, 63 he estado en completo reposo, 40 de ellos aquí viendo el mismo horizonte y mirando los mismos árboles».

Se acercó a un armario y sacó una caja con arabescos de oro y de allí un frasco con un líquido color rubí de 555 gotas que representaban 555 años de vida. Se volvió hacia él y le dijo: «El número de gotas que tomes corresponde al número de años que estarás inmóvil. Yo he tomado 63 gotas.

Como has querido salvarme la vida, te voy a compensar regalándote 200 años de vida».

Esa es la historia, dijo el señor X, he dormido en dos ocasiones 20 años y me quedan 160 gotas, de ellas voy a regalarte 100, y puso en sus manos un frasco con el elixir.

El señor R regresó a su país y decidió hacer el experimento, no sin antes arreglar con un amigo que le cuidara y, si él faltase, otro se responsabilice. Hasta que llegó el día y tomó las 100 gotas, era el 28 de febrero de 1892.

100 años después

El señor R abrió los ojos y se despertó en una alameda. Comenzó a caminar entre árboles y bancos de mármol cuando encontró a un hombre dormido quien, al sentir una palmada, sobresaltado le preguntó quién era, a lo que respondió: «No sé; dónde estoy?». «En el cementerio de Guayaquil». «¿Y en qué año?». «En 1992». El señor R dio un salto y le dijo: «He estado muerto 100 años», a tiempo que recordaba las 100 gotas que tomó del elíxir del faquir de Abdalahah.

Yo soy Santiago Esperanza, le dijo el hombre mientras pasaban bajo los faroles eléctricos con relojes transparentes y caminaban inmensas avenidas y plazoletas cada seis cuadras rodeadas de árboles, estatuas de ilustres guayaquileños como del naturalista Pedro Franco Dávila (siglo XVII), del escritor Jacinto Morán de Butrón (1680) y el poeta Jacinto de Evia, todas de mármol traído de las montañas de la cordillera del Azuay.

Caminaron por la orilla del río Guayas donde admiró los buques y se asombró que se haya hecho realidad la navegación submarina. Miró un puente construido en 1960 que servía para el paso del ferrocarril que venía desde Quito y que tenía que hacer conexión con el tren continental que partía desde Nueva York, pasaba por Centroamérica y llegaba a Chile para hacer conexión hasta Argentina. Un in-

menso faro estaba situado en el cerrito e iluminaba los edificios de la orilla con una arquitectura casi uniforme y de la misma altura. Así les tocó la madrugada y el señor R se hospedó en el hotel Guayas. Se acostó rememorando los cambios sufridos, sobre todo, de la gran obra de agua potable realizada, de cuya primera parte fue testigo en 1886.

Al abrir los
ojos después de
una noche de 36.500
días, he encontrado una
ciudad bellísima a las orillas del
caudaloso Guayas, diez veces
más grande de lo que la había
dejado, cuatro veces más
poblada, cien veces
más rica...

En la mañana vio el periódico; en la primera página había un mapa topográfico de la ciudad, dieciséis calles paralelas al río había entre el Guayas y el Salado. Estas tenían el nombre de cada una de las dieciséis provincias del Ecuador, en cada esquina un rótulo tenía el nombre de la provincia, el cantón, la parroquia, número de habitantes, clima, productos, movilización etc. «Es un curso de geografía práctica», dijo el guía. Los parques y plazoletas tenían nombres de próceres como Olmedo y Rocafuerte, ad-

miraron la catedral, pasaron por el observatorio astronómico con gabinetes de química y física, los teatros, la ópera, Guayaquil era una ciudad de cultura pues además consideraban a la Instrucción Pública como «el primer factor de la humanidad». Pasaron por 'la calle de las flores', fueron al mercado con una fuente en la mitad y diez puertas de hierro dorado; cada una identificaba el producto que vendían; frutas, peces, volatería, etc.

Visitaron el Concejo Municipal integrado por un representante de cada parroquia urbana y rural y, naturalmente, la biblioteca y archivo municipales. Fue allí donde conoció su 'segunda' historia; el viejo archivero se levantó y le dijo: «Usted murió en 1892», al tiempo que le mostraba el libro con la certificación. Él fue su segundo guardián y quien, atento a que se acercaba la fecha en que se cumplían los 100 años, lo sacó del sepulcro y le dejó en el banco donde se despertó.

Admiró, conoció, habló sobre educación, cultura, ciencia, era el hombre que venía de otro siglo y se asombraba de los adelantos y la transformación durante el tiempo que estuvo muerto.

Pero su asombro fue mayor cuando una delegación, a nombre de la Academia de Ciencias de Soudán lo invitó a viajar a Tombouctou para que contara su experiencia, a lo que se negó en forma terminante. El señor Esperanza le llevó a la casa donde estaba la Comisión Científica, a

la que insistió en su negativa. De pronto el señor R vio cómo la gente iba cambiando su fisonomía y tomando el aspecto del señor X, otro el espectro de una momia, el yerno que conoció en la casa de Stuttgart y el faquir, mientras las luces se iban extinguendo lentamente y la sala iba creciendo y los personajes se acercaban en la misma proporción.

En el momento de mayor tensión frente a su negativa, el señor X le dijo: «Irás o dormirás otros 100 años». Jamás contestó. El faquir le pasó un pequeño frasco, el viejo lo abrió y lanzó sobre el señor R. «Sombras espesas le circundaron. El salón tomó dimensiones inmensas; la techumbre desapareció y vio el cielo tachonado de estrellas...».

«Despertó en su cama.»

El libro

Entre unos pocos libros que guardo de la biblioteca de mi abuelo, el doctor Federico Crespo Guillén, está *La receta, relación*

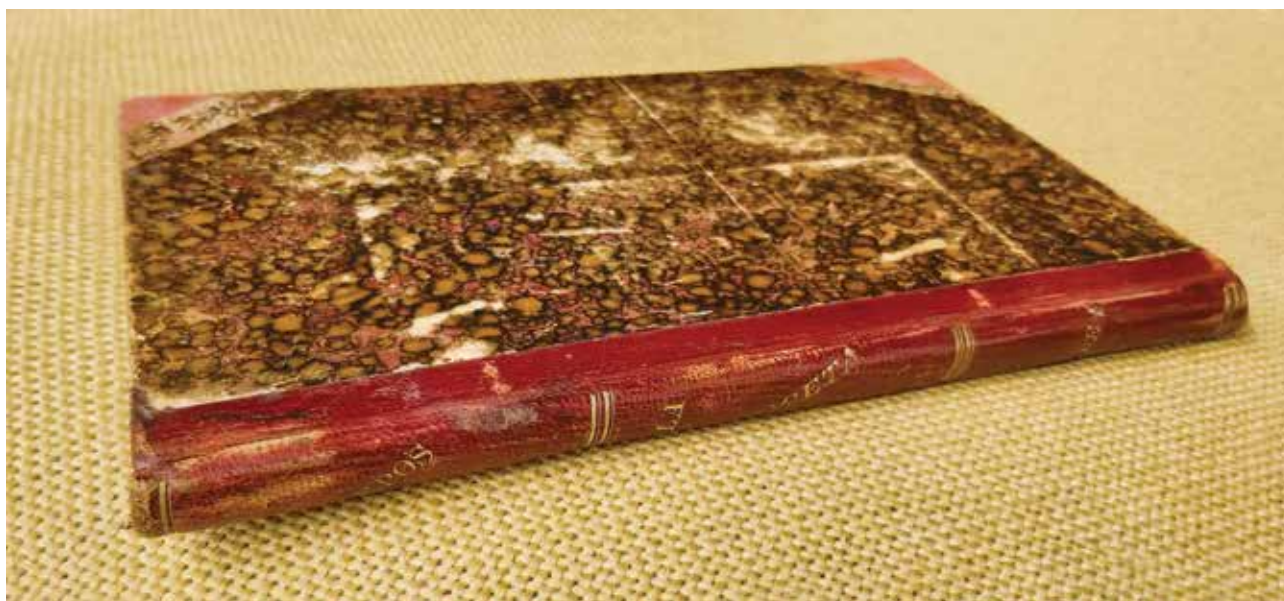
fantástica, escrito por Francisco Campos. En la portadilla consta, a más del título, «recuerdo de amistad al señor doctor don Aurelio Noboa». Fue editado en Guayaquil, en la imprenta Rocafuerte del colegio de San Vicente, en 1899. Libro de formato mediano, de 110 páginas, con pasta dura café, marmoleado, con el lomo rojo y letras doradas y las esquinas también rojas, colores desgastados por el tiempo.

Según datos de sus biógrafos y de estudiosos, *La receta* es la primera obra literaria ecuatoriana de ciencia ficción; esta constaba de seis capítulos y fue publicada en 1893 por entregas en la revista *El globo*, pero el libro que está en mi poder tiene cuatro capítulos.

En la novela, protagonizada por el señor R, este se identifica mucho con el autor por su amor a la educación, la cultura, los libros y la música, el político honesto y visionario, el viajero incansable y su obsesión por la gran obra de agua potable para Guayaquil.

El autor, Francisco Campos, escribió también en 1871 la nove-

Uno de los
poetas de
vuestro siglo ha
dicho que los
dos primeros
funcionarios
del Estado son:
la nodriza y
el maestro de
escuela.





Francisco Campos Coello

la hagiográfica *Plácido*, considerada la tercera novela publicada en Ecuador.

El doctor Iván Rodrigo Mendizábal (ivanr@uhemisferios.edu.ec), catedrático de la Universidad de los Hemisferios, publicó el estudio: *'La Receta' como literatura del progreso: la primera novela de anticipación científica de Ecuador*.

Dice el doctor Mendizábal, en una parte: «*La Receta* es la primera novela de anticipación científica de Ecuador, la cual tiene como motivo el hipotético via-

je en el tiempo para comprobar los resultados de la aplicación de la fórmula ideológica del progreso. Su autor, Francisco Campos Coello, usa la ficción y nos plantea una obra que lee su tiempo en relación con el futuro, con el propósito de proyectar la obra política que hiciera en vida. La ideología del progreso como motor que impulsaría a una nación distinta, preponderante entre las clases letradas y élites políticas que abrazaban el liberalismo (Burns 19), está presente en la novela: en esta

«Sombras espesas le circundaron. El salón tomó dimensiones inmensas; la techumbre desapareció y vi el cielo tachonado de estrellas...».

la nación ecuatoriana aparece en un horizonte promisorio gracias a la obra que su autor impulsó cuando era autoridad edilicia de Guayaquil».

El autor

Francisco Campos Coello nació en Guayaquil, el 24 de julio de 1825, y falleció en la misma ciudad en abril de 1916. De profesión abogado, fue un hombre que se distinguió como escritor, educador y político.

Estudió en el Colegio San Vicente, luego de lo cual, a los 17 años de edad, viajó a Europa y recorrió Francia, Italia, Inglaterra, Escocia, Alemania y Portugal, para finalmente ingresar al tradicional y católico Colegio Americano de Roma, donde culminó sus estudios. Posteriormente viajó a Estados Unidos y varias naciones sudamericanas.

Su amplia cultura se refleja en los idiomas que hablaba: inglés, francés, italiano, alemán, latín y portugués, y en el ejercicio de la cátedra: latinidad, matemáticas, historia, literatura, ciencias naturales, cosmografía, física, química e idiomas.

Escribió y publicó varias obras literarias y didácticas como: *Viaje por la provincia de Guayaquil, compendio histórico de Guayaquil, desde su fundación hasta 1820*; *Narraciones históricas*; *Elementos de Física y Astronomía*; *Viaje de Guayaquil a Cuenca*; *Galería biográfica de hombres célebres ecuatorianos*; *Viajes por Inglaterra, Escocia e Irlanda*; *A través de los Andes*; *Estudios sobre el calendario*; *Plácido*; *Un cuadro histórico sobre los concilios ecuménicos*; *Misceláneas*; *La receta, relación fantástica*, entre otras. Colaboró con diferentes periódicos y revistas de la época.

En su vida pública fue presidente del Ilustre Concejo Cantonal de Guayaquil, Presidente del Ayuntamiento y Presidente de la Junta Universitaria; fue uno de los creadores de la Junta de Beneficencia de Guayaquil. Fue miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

La Municipalidad de Guayaquil le tributó un gran homenaje y le declaró Benemérito de la Patria. Es la única persona que ha recibido este reconocimiento en vida e integra la Galería de Hombres Ilustres.

Un libro, un hombre, una historia. ☉

El tigre

■ Juan Valdano



Cuando despertó, el sol había trepado a lo más alto del aire. Desde el suelo, donde yacía boca abajo, miró a su alrededor: en lo profundo del bosque se agazapaba la sombra, cerca del río y entre las piedras, el tigre estaba muerto. Se levantó con un áspero sabor a tierra en la boca y un dolor mordiéndole en las sienes. Estaba solo y anublada tenía la mirada. Tomó la lanza que había permanecido a su lado, sobre la marchita yer-

ba, y comprobó que el punzante pedernal estaba limpio, sin vestigio de sangre. Recordó entonces los ritos en la oscura caverna, a la cálida luz de la fogata y una vez más se aferró a sus creencias. Confirmó el infalible poder de los conjuros. El tigre había sido alcanzado por el misterio. Y se holgó pensando en los festejos que esa noche hará la tribu.

La fama de su hazaña voló como el águila por toda aquella tierra indómita. Con el rostro marcado por el imponente ceño de lo terrible, Rako fue recibido como un dios por los hombres y mujeres de su aldea. Las sangrientas garras del tigre pendían ahora de su cuello, siniestro trofeo que se balanceaba en el pecho lampiño del joven cazador, puñales que, en otros soles, habían desgarrado la blanda carne de tantos bravos guerreros de la tribu, su padre entre ellos. Eliminado el peligro, las noches volverán a ser tranquilas, el pueblo laborioso podrá, como antes, repartir sus afanes en sosegada calma, sin vigilia ni resguardo alguno.

Larga y bulliciosamente trajo la noche. En medio del festejo y frente a la gran fogata a cuyo alrededor un grupo de mujeres danzaba al ritmo de tambores, Rako recordó vagamente lo que ese día había sucedido. Un coro de jóvenes cantores repetía sin cesar un estribillo con voz invariable y monocorde. El licor espeso y dulce, al fin, lo adormeció. De su mano ya sin fuerza rodó la calabaza derramándose la ofuscante bebida por el suelo. El demonio del sueño lo había poseído.

Por boca del gran brujo, los manes ancestrales ordenaron que fuera Rako quien dejase la aldea

y armado de la lanza de su padre buscara a la fiera. Tembló con la noticia. Que iba a sucumbir sabía. No obstante, se preparó a la cita. Para ello, se encaminó a la caverna de los conjuros, allí donde las voces de los muertos se escuchaban. En el vientre de ella, la fresca noche se acumulaba, en su sombra dormían los designios. A la inquieta luz del fuego y junto a otros bosquejos de uros y bisontes, dibujó al feroz tigre en una de las paredes de la cueva. Con una mezcla hecha de su sangre, su semen y polvo de carbón lo dibujó, lo lanceó, lo mató. Salió renovado, vencedor de la parca.

Cuando, a la mañana siguiente, buscó a su enemigo en los lindes del bosque, allí donde el río se aprieta entre las rocas, sintió que una reanimada fuerza corría por su cuerpo. Miró a todos lados y todo estaba quieto. En el silencio se escuchaba el zumbido de un insecto y el sedante discurrir del río adormecido. Por encima de la hierba seca vio la cola del tigre que serpenteaba cautelosa como un látigo dorado. Se quedó quieto, apretó su lanza. Paralizado por el pavor y envuelto en sudor frío cayó ciego y de frente sobre la dura tierra. La salvaje mirada del tigre le encandiló como un relámpago sumiéndole en la más honda ceguera. Eso fue lo último que recordó al final del día. ❀

Noviembre, 2016

(Tomado de: Juan Valdano. *El tigre y otros relatos*. Madrid, Editorial Verbun, 2018).

La playa

■ María Arboleda



En se mediodía, Clara se convenció de que el pequeño bosquecito detrás de su casa se había achicado. No había caminado 50 varas, y sin aviso, dio de narices con aquella bella pradera dorada que nunca había visto.

Se desconcertó.

Los dichos de su madre la paralizaron. Nunca te metas en lugares que no conoces, no camines sola por sitios solitarios, quédate siempre en el terreno de nuestra propiedad. El eco de aquella voz apresurada era el que usaba su madre cuando sabía que había perdido la batalla y que, pasara lo que pasara, jamás podría retener a aquella niña que inevitablemente siempre hacía lo que le venía en gana. Sin embargo, esta vez Clara pensó en hacerle caso, la hermosa pradera parecía tentación



de El Malo, hasta que unas pequeñas florecitas regadas en medio del pasto, vestiditas de rosa no me olvides, celeste jazmín de cielo y violeta africano parecían llamarla.

Solo tomaré unas cuantas, solo entraré unos cuantos metros, se dijo. Apenas había pensado en esto cuando vio a las flores titilar. Al acercarse encontró pequeñas mariposas blancas transparentes,

posadas en las ramitas de las flores, terminando de secar sus alas. La presencia de Clara hizo volar a las mariposas, que ya estaban listas. Al comienzo solo fueron unas cuantas de vestiditos largos, volando en torno a su cabeza. Recordó que eran efímeras y atribuyó a su corta vida el que fueran tan bellas.

De pronto, centenas de mariposas volaban como si la pradera hubiera estado esperando que Clara se acercara para parirlas. Torbellinos de gentiles mariposas cruzaban el cielo como ráfagas de luz. Miraba hacia arriba cuando advirtió que el cielo se preparaba ya para el ocaso y mostraba desde el cenit tintes de celeste, violeta, lila y rosado que, pocas horas después, se volverían llamas intensas bordeando el horizonte.

Sintió que debía apurarse. La cercaba La Noche.

Caminó unas ciento cincuenta varas dentro de la pradera, lejos del bosque, cuando escuchó un rumor lejano, apagado, como torrentes de agua justo abajo del sitio en que la pradera terminaba, unas doscientas varas más adelante, formando un acantilado. Conforme el sol avanzaba, la luz había empezado a condensarse en ese borde y al llegar allí confirmó lo que ya sabía, el ruido era El Mar.

Desde muy niña, su padre le había enseñado a amar el mar y gran parte de sus mejores recuerdos venían de nadar en sus aguas y jugar en todo tipo de arenas, secas y mojadas. Pero nunca había visto un mar como aquel que titilaba bajo el acantilado, tan tranquilo y de un azul tan enigmático, tan superficial y tan profundo, que resultaba imposi-

¿Eran caracolas o muñecas?
Pronto lo decidió:
eran muñecas de concha, madreperla, lapizlázuli y coral.
¿Cómo podría llegar hasta ellas, si estaba parada al borde del inmenso acantilado? Si se tiraba, terminaría aplastada en las rocas del fondo, el abismo tenía como 30 varas de alto.

Tomó vuelo unas diez varas y tratando de no pensar en nada, se lanzó a la playa. El estómago se le pegó a la columna vertebral y cuando el miedo estaba a punto de diluirle los huesos, abrió los ojos y se encontró bajando lentamente por el aire y siendo depositada con total gentileza sobre la arena.

ble decir si la playa entraba recta bajo las aguas o caía inmediatamente en picado.

La bahía era pequeña pero a Clara le pareció inmensa. Al fijar desde arriba la vista en la arena ocre, gris y dorada, creyó ver unas curiosas caracolas al borde del agua. Parecían grandes y al mismo tiempo pequeñas. ¿Eran caracolas o muñecas? Pronto lo decidió: eran muñecas de concha, madreperla, lapizlázuli y coral. ¿Cómo podría llegar hasta ellas, si estaba parada al borde del inmenso acantilado? Si se tiraba, terminaría aplastada en las rocas del fondo, el abismo tenía como 30 varas de alto.

Se dijo que, ya que nada malo había pasado, nada malo iba a suceder. Tomó vuelo unas diez varas y tratando de no pensar en nada, se lanzó a la playa. El estómago se le pegó a la columna vertebral y cuando el miedo estaba a punto de diluirle los huesos, abrió los ojos y se encontró bajando lentamente por el aire y siendo depositada con total gentileza sobre la arena.

Clara no se preocupó en preguntarse cómo había ocurrido aquello, corrió al filo del agua donde reposaban las muñecas, preciosamente talladas, brillando en tonalidades rosa, oro, lapizlázuli y empaquetadas como bebés indígenas, de una calidad tal que la arena

no podía pegárseles. Sabía que solo podría llevarse unas pocas de regreso y estaba tratando de decidir cuáles de aquellas serían, cada una más linda que la otra, cuando vio con sorpresa que todas las muñecas se incorporaban, se colocaban de cara al mar y vibraban con un leve temblor, tal como habían hecho las flores antes de que aparecieran las mariposas.

Miró hacia el mar en la misma dirección que las muñecas y advirtió en el horizonte una pared brillante que sobresalía del agua, tocada ahora por la luz del sol que descendía. Su madre había vivido un maremoto cuando era niña y le había advertido: ¡cuando veas una pared de agua sobre el mar, escapa! ¡Es un maremoto!

Clara quedó paralizada al borde del agua mientras sus pies se hundían más y más en la arena. Aquella pared líquida se acercaba, el ruido de las olas pareció atenuarse. Todo el mar se suspendió. Clara recordó que su madre le había advertido: ¡Huye de la calma chicha, no hay nada peor que la mar en calma, la calma pare al Maremoto! Con el corazón transido, Clara decidió prepararse para su muerte inminente. Iba a tirarse al mar con los brazos abiertos hacia delante. Algo la detuvo. Fue el canto alegre y dulce que las muñecas habían empezado a entonar, con unas vocecitas como flautas de bambú y de *er hu*, el violín chino de dos cuerdas.

Con la música, de la líquida pared empezaron a desprenderse hermosas formas y luces y pronto un sinnúmero de seres transparentes, vestidos con las más brillantes sedas, en tonos

madreperla, lapizlázuli, coral, dorado emperador, rosa emperatriz, verde, blanco y nácar, avanzaron sobre el agua suspendidos sobre palanquines confeccionados con el encaje de platino de las Espumas de La Mar.

Aquellos seres, hombres y mujeres y seres que no eran ni hombres ni mujeres, tenían rostros tersos y sonrientes, llevaban diademas ornadas de sutiles gemas sobre sus peinados perfectos. Eran Todo y eran decenas. Guerreros, ministros, escribanos, porteadores, secretarios, tesoreros, cantantes, bailarinas, hadas, músicos, sanadoras, poetas, lacadores de uñas, pequeños cuidadores de grillos y saltimbanquis, emperador y emperatriz. Cada uno más hermoso y perfecto que el otro. El séquito lo presidía la magnificente y bellísima Diosa Luna que llegaba para sustituir al Dios Sol que, atrás, púdicamente, se retiraba.

Clara vio cómo El Todo empezó a cantar y a sonreírle larga y dulcemente. Sintió esas sonrisas como el abrazo más dulce de su vida. Estiró los brazos hacia ellos, para morir acostada en su Espuma. En vano. Los palanquines empezaron a confundirse con la espuma marina verdadera y las figuras se sumergieron gentilmente en el agua, de pie, tal como habían llegado, con etérea delicadeza, hasta desaparecer completamente, a unas veinte varas del borde del agua.

Clara iba a entrar al agua profunda para buscarlas, cuando vio que en séquito completo las muñecas tornasoladas eran arrojadas a filo de playa. Inmediatamente se preguntó cuáles iría a recoger. ☯

*En memoria de Butterfly Lovers 梁祝
Guo Gan & l'orchestre philharmonique
Paris Beijing – 2012
Quito, 15 de julio de 2019*



María Arboleda Vaca

Portoviejo, 1953 – Quito, 2020

Escritora e investigadora. Estudió Sociología y Ciencias Políticas (UC), Gestión Local (UASB), Filosofía China (USFQ - Universidad de Beijing). Militó en el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT). Fue fundadora de 'Mujeres por la Democracia', de la Comisión Nacional Anticorrupción (CNA), del 'Movimiento Nosotras por la Democracia'. A lo largo de su vida tuvo una activa y constante participación social en apoyo y acompañamiento a los movimientos sindicales, sociales, barriales y de pueblos y nacionalidades. Fue defensora y activista por los Derechos Humanos, los Derechos de las Mujeres y de la Naturaleza. Dejó escritos literarios inéditos.

Panorámica del Bicentenario de la Independencia

■ Franklin Barriga López

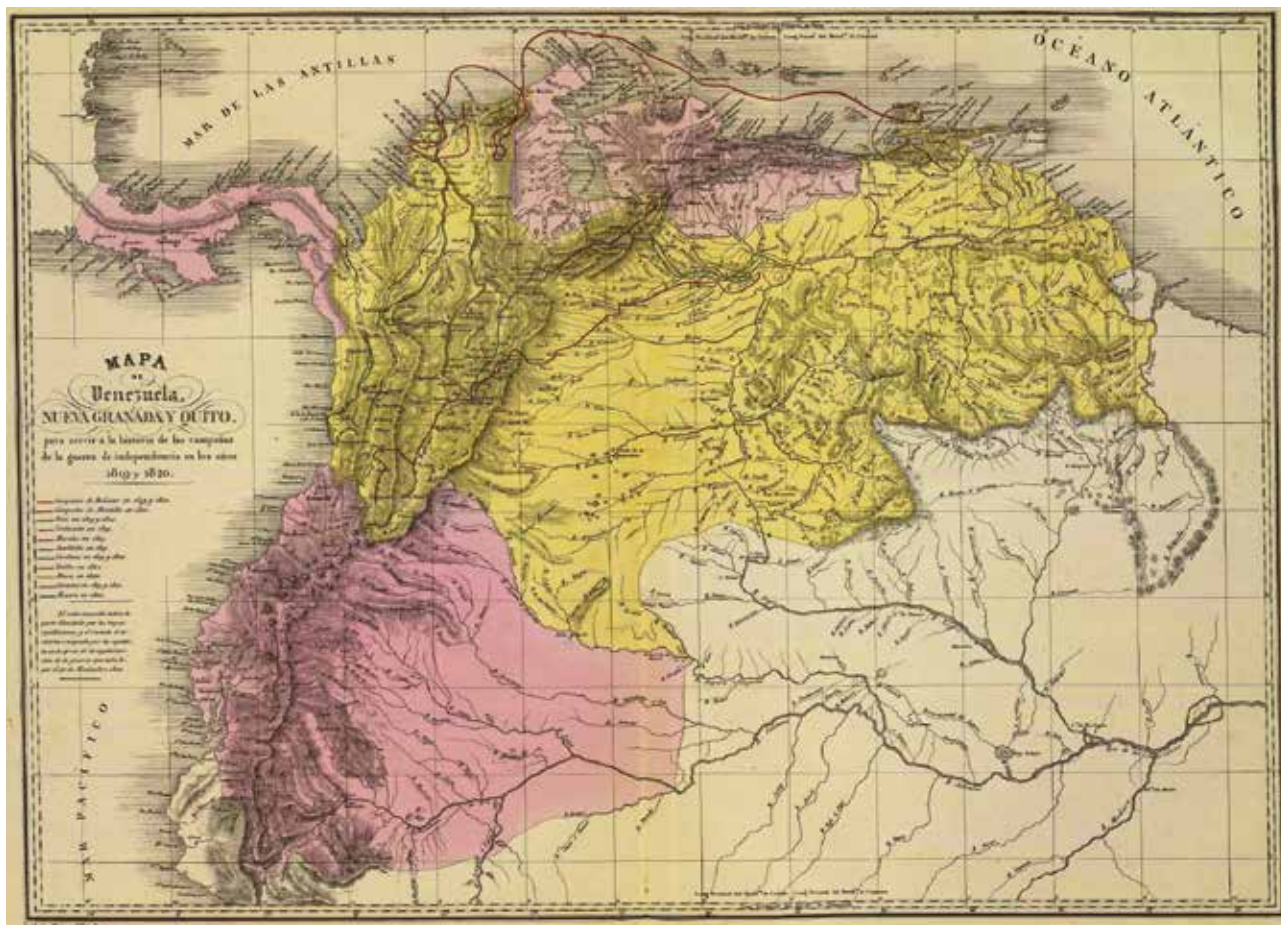
Los ecuatorianos somos amantes de la libertad, por eso las tiranías no han hallado ni encuentran campo fértil para su vigencia y propagación. Esta es una de las cualidades de nuestro pueblo que ha protagonizado epopeyas.

Los déspotas han caído en medio del vituperio y la valentía de compatriotas dignos de relieve. Revisar la Historia es aprender hechos que, además de ilustrar, guían hacia los senderos del bien común, por el ejemplo de quienes honraron a la Patria con su talento, trabajo y más esfuerzos y sacrificios o la negaron, con sus villanías y traiciones.

La conciencia de nación, ese principio espiritual o alma, ese 'plebiscito diario' de pertenencia, afianzado en el pasado común y la esperanza de continuar en el futuro compartiendo juntos la identidad y los recíprocos y convergentes anhelos y principios de vida en comunidad, fueron expuestos en una conferencia que sustentó en la Sorbona, con el título '¿Qué es una nación?', Joseph Ernest Renan (1823-1892), escritor, filósofo e historiador, miembro de la Academia Francesa. Bajo esta concepción mental, plenamente aceptada no solamente por la ciencia política, la nación puede existir y proyectarse, para lo cual las enseñanzas históricas son raizales, partiendo del pretérito cimentador y orientador del futuro.

La nación ecuatoriana tiene que ir por ese rumbo, para evitar los factores adversos que tratan de erosionarla, como la falta de autoestima, el regionalismo, el prejuicio para lo propio, la preeminente y nociva exaltación de lo foráneo, politiqueros sin conciencia de Patria, corrupción desenfrenada e increíble. De esta manera, nuestro país consolidará su imagen hacia rutas de sano orgullo de pertenencia y prosperidad.

Es mi anhelo alentar el sentimiento, sano y edificante, en pos de mejores días para Ecuador, en el marco de la cohesión nacional y para que se reflexione en torno a si hemos sido dignos de mantener, seguir y expandir el ejemplo de nuestros valores humanos o de acontecimientos merecedores de perdurar en la memoria de las generaciones, muchos de los cuales están olvidados por una inconsciente o premeditada amnesia colectiva que



privilegia banalidades, antes que hechos y personajes de imitación y alabanza. Aquí radica, en gran parte, la identidad, la raíz, la savia, el orgullo comarcano o nacional.

¿Los sacrificios que hicieron nuestros próceres, habrán sido en vano?

El Bicentenario de la Independencia debe ser ubicado en su exacta dimensión, como un proceso que abarcó dos fases: la primicial, que refulgió el 10 de Agosto de 1809, que convirtió a Quito en tea libertaria a nivel continental, y la posterior, la del 9 de Octubre de 1820, igualmente de gran esplendor.

Al acontecimiento que eternizó a nuestra capital como Luz de América, de acuerdo a lo que reconoció la placa colocada en el faro de Valparaíso, Chile, hemos

dedicado numerosas páginas. Hoy, abordamos el segundo ciclo del Bicentenario que comenzó en la Perla del Pacífico y concluyó en la Batalla de Pichincha, en 1822.

He aquí la recreación del escenario de la época en que se desarrolló el anotado proceso independentista. La fuente principal, un libro referencial en dos voluminosos tomos y casi desconocido en Ecuador: *Colombia-Relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política de este país, adaptada para todo lector en general y para el comerciante y colono en particular* (Baldwin, Cradock, y Joy, Londres, 1822, reeditado por el Banco de la República, Bogotá, 1974).

Reseño algunos aspectos, físicos y sociales, de ciudades, provincias, regiones, pueblos en

ese entonces de la Gran Colombia, buena parte de ellos ecuatorianos en la actualidad, otros ya no lo son:

Atacames, extendiéndose desde la isla de Tumaco hasta Bahía de Caráquez. Con cinco villas en la playa y quince en el interior. Nutridos bosques. Cera para exportación y cacao bastante. Se refiere que allí hay una famosa mina de Esmeraldas.

Quijos (Quixos), rodeado por tierras pertenecientes a Popayán, Guyana Portuguesa, Latacunga, Ibarra, Maynas y Bracamoros. Clima caliente. Lluvias insistentes. Se habla del país de los Canelos. Doce aldeas, pobladas de misiones religiosas. Macas o Sevilla de Oro y la rememoración de la riqueza de sus minas. Se brinda noticia del árbol estoraque y de la fragancia de su goma,

Esto jamás se debe olvidar: los sufrimientos, muerte, incautación de bienes, prisión y destierros que aniquilaron familias. El ejemplo dejado por los patriotas tiene que ser reconocido y exaltado siempre, como muestra de conciencia y dignidad. Los sacrificios enunciados sustentan valores que, en todo momento, deben brillar en el firmamento del civismo y el progreso.

cultivándose, también, caña de azúcar, algodón, tabaco. Indios belicosos. Se informa de Baeza que es una miserable aldea y que el gobernador vive en Archidona, lugar que fue casi arruinado, en 1744, por una erupción del Cotopaxi. Ávila con trescientos habitantes.

Jaén de Bra-camoros, con sus límites de Loja, Quijos y Macas, Maynas, Piura, Cajaramarca o Chachapoyas en el Perú. En esta área se localiza el Pongo de Manseriche o «estrecho porque pasa los Andes el supuesto Marañón». Ríos con oro. Tierras fértiles donde especialmente florece el algodón. Entre los animales se menciona al puma, al oso negro, a la danta «que es del tamaño de un buey, su piel blanca y un cuerno en medio de la cabeza, encorvado hacia atrás». Muchos pájaros y reptiles. Cuatrocientos habitantes. Se habla de tres ciudades con raigambre histórica: Valladolid, Loyola y Santiago de las Montañas.

Maynas, con su «extensión que no se puede fácilmente definir porque la mayor parte consiste en los inmensos bosques del valle de las amazonas. Es famoso por ser el país que se suponía

contener los ricos bosques de canela. La marcha que el Gobernador de Quito emprendió condujo al descubrimiento de uno de los ríos más hermosos del mundo —el Marañón—, que atraviesa una parte de este distrito». Información que evidencia una vez más la paternidad ecuatoriana en el descubrimiento del Río de las Amazonas, arrebatado por la agresión armada y los litigios internacionales de injusticia e indignación, al igual que el territorio restante cercenado sistemáticamente.

En el capítulo dedicado a la Presidencia de Quito se describe los nevados y volcanes, algunos con detenimiento: Chimborazo, impresionante por su altura; Pichicha, que antes de la Conquista fue muy activo; el Cotopaxi, con su fiereza ígnea y perfección de forma; los Ilinizas, con proporciones piramidales; el Cayambe y su cono cortado; el Corazón y su particular figura; el Rumiñahui y sus líneas duras; el Sangay y su actividad cotidiana; el Altar y la tradición de su hundimiento; el Tungurahua y los surtidores de agua caliente; el Carihuairazo, sus páramos y parajes peligrosos.

San Miguel de Ibarra, en una larga llanura, cruzada por dos ríos, con sus conventos, iglesia y colegio. Diez mil habitantes. Indios laboriosos, como hasta ahora, en la industria textil.

Otavalo y sus lagos. Quince mil personas. En las aldeas de Cayambe y de Cotacachi las tumbas de los gentiles con mucha riqueza.

Quito, como Presidencia y sus gobiernos que, por el norte, iban desde Cali y Buga hasta Loja, también como ciudad célebre asentada al pie de la mítica

ca montaña del Pichincha, de la que provenía gran cantidad de agua para la población estimada, con sus inmediaciones, en setenta mil almas; familias de mucho rango, amantes del lujo y las diversiones; calles irregulares por la topografía y empedradas, con casas construidas sobre arcos, en medio de un clima en el que no se siente ni frío ni calor, de eterna primavera todo el año, salvo cuando llueve torrencialmente. Se resalta la vecindad de las dilatadas llanuras de Turubamba e Inna Quito, llenas de quintas bien cultivadas, así como su impresionante Plaza Mayor, rodeada por la catedral, el palacio del obispo, el consistorio, el palacio de la Real Audiencia y una fuente muy hermosa en el centro. Se menciona iglesias y conventos sobresalientes, un hospital de bella arquitectura, varias salas de justicia, la contaduría y la tesorería.

Latacunga con sus construcciones a prueba de terremotos y a base de piedra pómez. De diez mil a doce mil habitantes. Gente trabajadora en la cerámica, la elaboración de paños y la preparación de puerco salado que se enviaba hasta Guayaquil.

Ambato con seis villas y nueve mil habitantes.

Riobamba, con veinte mil habitantes, grande y hermosa.

Chimbo, con ocho familias, sitio de tránsito a Guayaquil.

Guayaquil, con el mayor de los ríos del sector y con sus siete departamentos: Puerto Viejo, Punta de Santa Elena, la Isla de Puná, Yaguachi, Babahoyo, Baba y Daule. «Una de las ciudades más hermosas de Sudamérica», diez mil habitantes que exhiben la galanura y tradicional atracti-

vo de sus mujeres. Se caracteriza por el comercio y la proliferación de balsas.

Cuenca, con diez aldeas, fundada por Gil Ramírez Dávalos, con su clima suave y ríos llenos de vados. Veinte mil habitantes.

Alausí, que confina con Riobamba, al igual que el distrito anterior con bastante historia.

Loja, con catorce aldeas, famosa por la quina. Diez mil pobladores industriales.

Zaruma, con venas de oro, de cinco mil a seis mil habitantes.

No pierden interés estos datos: «Cuatro castas componen esta población —los blancos, los indios, los negros y la gente de color o mestizos—. Estas castas se subdividen en blancos nacidos en Europa, que vulgarmente llaman gachupines; en criollos blancos, descendientes de europeos; en mestizos que es una mezcla de blancos e indios; en zambos, que es una mezcla de indios y negros; y en mulatos, que lo es de blancos y negros. Los españoles nacidos en Europa se consideraban pertenecientes a una clase superior a los blancos del país; el ser europeo era una especie de nobleza».

El criollismo produjo el sacudimiento del tutelaje español. El afán de liberarse tuvo éxito aunque costó, no pocas veces, sangre e incontables víctimas de la furia represiva.

En los territorios de lo que, luego, fue la Gran Colombia, en la época independentista las represiones se caracterizaron por su ferocidad. Tres fueron los tribunales realistas a los que se sometía a los patriotas: el Consejo Permanente de Guerra, con la facultad de dictar las sentencias de muerte; el Consejo de Purifi-

cación, que juzgaba a los insurgentes que, a su juicio, merecían pena menor, generalmente cárcel o exilio; y, la Junta de Secuestros, que embargaba las propiedades de los rebeldes.

Esto jamás se debe olvidar: los sufrimientos, muerte, incautación de bienes, prisión y destierros que aniquilaron familias. El ejemplo dejado por los patriotas tiene que ser reconocido y exaltado siempre, como muestra de conciencia y dignidad. Los sacrificios enunciados sustentan valores que, en todo momento, deben brillar en el firmamento del civismo y el progreso.

En 1819, el 17 de diciembre, se expidió la ley por la cual se creó la República de Colombia, que abarcaba los departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito. De esta manera se dio existencia a la Gran Colombia que se consolidó en el Congreso de Cúcuta que, el 30 de agosto de 1821, aprobó la Ley Fundamental de la Unión de los Pueblos de Colombia. Los legisladores eligieron a Simón Bolívar como Presidente de la República y a Francisco de Paula Santander, como Vicepresidente. La anexión de Panamá se produjo en este mismo año. Colombia la Grande, gran estado nacional, se disolvió en 1830, año en que murieron los máximos adalides de nuestra Independencia, Simón Bolívar y Antonio José de Sucre.

Volvamos a 1819 y a la campaña independentista:

Pasto fue un enclave realista, al que Bolívar no le tuvo simpatía y viceversa. En esta oportunidad, no deseo referirme a los insultos y más conceptos peyorativos y de burla, recogidos por historiadores, que se les endilgó a los

La más representativa fecha histórica para Guayaquil es el 9 de Octubre de 1820, a su vez una de las más importantes de la Patria. Días antes, los complotados, aparentando asistir a una fiesta, se reunieron en el Malecón, en la residencia de José de Villamil y su esposa Ana Garaycoa. Allí, presididos por José de Antepara, planificaron los hechos para la emancipación, en una habitación diferente a esa en la que se llevaba a cabo el baile.

pastusos, debido a su incondicionalidad a favor de los españoles en las luchas independentistas. De Pasto salió Agustín Agualongo que con sus tropas pretendió,

en 1823, anular los resultados de la Batalla de Pichincha; fue derrotado por Bolívar, en la Batalla de Ibarra o del Tahuando.

La Batalla de Carabobo (24 de junio de 1821), cerca de la ciudad de Valencia, fue triunfo rotundo de Simón Bolívar: liberó a Caracas y buena parte del territorio venezolano que demoraría más de dos años en alcanzar su plena Independencia, mediante decenas de acciones de armas, en razón de que Maracaibo y Puerto Cabello se encontraban en poder realista: los combates de Lago de Maracaibo (24 de julio de 1823) y de Puerto Cabello (7 y 8 de noviembre del mismo año), bajo el liderazgo de José Antonio Páez, fueron decisivos para que Venezuela se independizara.

El escenario era de esta magnitud, de abierta confrontación con las fuerzas ibéricas, mientras que por el sur, el general José de San Martín (Virreinato del Río de la Plata,

1778- Francia, 1850) alcanzaba grandes lauros con sus victorias: en 1817, bajo su mando, soldados argentinos y chilenos iniciaron

el cruce de los Andes; en 1820, desde Chile salió la Expedición Libertadora que llegó al Perú para proclamar su Independencia (1821), cristalizada en un Protectorado que dio paso al primer Congreso Constituyente. Argentina, Chile y Perú tienen en él a su Libertador, a quien también denominan el Capitán General del Ejército de Chile, Padre de la Patria Argentina, el Fundador de la Libertad Peruana. Son célebres, no solo para Chile, las Batallas de Chacabuco (12 de febrero de 1817) y Maipú (15 de abril de 1818). En Lima residía el eje del poder colonial, tan solo luego de producidas las batallas de Junín (comandada por Simón Bolívar, Presidente de la Gran Colombia, 6 de agosto de 1824) y Ayacucho (dirigida por Antonio José de Sucre, 9 de diciembre de 1824) se eclipsó el poder colonial en el Virreinato del Perú y quedó finalizado el dominio español en América del Sur. Para tener una idea de este enfrentamiento, basta indicar que de las filas realistas murieron 1.800 combatientes, resultaron heridos 700 y quedaron 3.000 como prisioneros, mientras que del bando patriota hubo 370 fallecidos y un poco más de 600 heridos.

Este es el marco, anterior y posterior, al 9 de Octubre de 1820, cuyo estudio, valoración y proyecciones honran no únicamente a los guayaquileños sino a la Patria toda. Esta hazaña debe ser analizada dentro de la utilidad de la Historia, para incentivar la motivación sincera y permanente cohesión nacional, hacia nobles ideales y realizaciones de hermandad y progreso, jamás para motivar descabellados prejuicios, nefastos sentimientos



regionalistas, separatistas o de similares y negativas consecuencias, sin odios compulsivos ni discusiones bizantinas, lejos de ponzoñosas actitudes que perjudican al Ecuador y su desarrollo.

La más representativa fecha histórica para Guayaquil es el 9 de Octubre de 1820, a su vez una de las más importantes de la Patria. Días antes, los complotados, aparentando asistir a una fiesta, se reunieron en el Malecón, en la residencia de José de Villamil y su esposa Ana Garaycoa. Allí, presididos por José de Antepara, planificaron los hechos para la emancipación, en una habitación diferente a esa en la que se llevaba a cabo el baile. Este mismo prócer llamó la Fragua de Vulcano a tan memorable reunión cuyo resultado fue la Aurora Gloriosa, en la mañana del 9: no hubo resistencia de los realistas, cuando se tomaron los cuarteles que resguardaban esa plaza. Únicamen-

te, el comandante Joaquín Magallar resultó muerto, al oponer resistencia y fallecer con honor. Se entregaron los jefes militares realistas, se reunió el Cabildo y se aprobó el Acta de la Independencia, mientras enarbolaron la Bandera de Guayaquil Independiente (cinco franjas horizontales, tres celestes y dos blancas, en una de las celestes tres estrellas blancas). Así estuvo proclamada la Provincia Libre de Guayaquil que se proyectó al resto del país.

Los notables guayaquileños, el 10 de octubre, enviaron un oficio al Libertador Simón Bolívar, en el que le informaron que el pueblo unido a las tropas proclamó la Independencia de esa provincia, con tal orden que ni una sola gota de sangre salpicó el estandarte de la libertad, porque no hubo tumultos ni muertes; fue, según ese mismo documento, una fiesta cívica. A la vez que el Ayuntamiento hizo saber a Bo-

lívar este suceso, hubo la exhortación a hermanos y amigos que debían ayudar a mantener esta heroica resolución.

En la epopeya guayaquileña y sus proyecciones, entre otros, resaltan estos nombres de los principales próceres, dignos cada uno de la semblanza o de la biografía: José Joaquín de Olmedo, León de Febres Cordero, José de Antepara, José de Villamil y su esposa Ana Garaycoa, Francisco de Paula Lavayen, Luis Urdaneta, Miguel de Letamendi, Vicente Ramón Roca, Diego Noboa, Luis Fernando Vivero, Francisco María Roca, Francisco Marcos, Antonio y Juan Francisco Elizalde, Gregorio Escobedo, Jacinto de Bejarano, Rafael Ximena, Vicente Espantoso, Baltasar García... Sin haber participado en la revolución del 9 de Octubre, Vicente Rocafuerte (1783-1847) integra la pléyade de personajes guayaquileños, con irradiación libertaria y continental, escritor, educador, político, pensador de mente abierta, uno de los mejores presidentes de la República del Ecuador, Alcalde de Guayaquil y Gobernador de la Provincia, parlamentario en las Cortes de Cádiz.

Los cien años de estas acciones gloriosas fueron conmemorados en Guayaquil de manera digna y patriótica: la Plaza o Parque del Centenario inauguró, el 9 de octubre de 1920, el presidente de la República oriundo de la provincia del Guayas, José Luis Tamayo. Este proyecto se lo venía considerando desde el año siguiente en que sucedió el acontecimiento histórico. Destaca en el centro la Columna de los Próceres y su estatuaría clásica, diseñados por el artista español

Agustín Querol y, a su muerte, finalizó la monumental y hermosa obra José Monserrat, su compatriota. La realización de las efigies complementarias, igualmente admirables, pertenecen a otros artistas: todo el conjunto concluyó en el año 1937.

La fecha magna generó, asimismo, en el siglo de acontecida, la convocatoria al concurso histórico promovido por la Junta Patriótica del Centenario de Guayaquil, mismo que tuvo como triunfador al insigne Camilo Destruge (1863-1929), que alcanzó este lauro inmortal con el pseudónimo D'Amecourt, con su trabajo *Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820-1822*. Destruge fue prolífico historiador y periodista, director de la Biblioteca y Museo Municipal, Cronista Emérito de Guayaquil, Miembro de la Academia Nacional de Historia, en cuya sede (Casa Alhambra, Quito) existe un retrato suyo, en reconocimiento a su nivel de haber sido uno de los historiadores más notables.

Se trata de un libro de 480 páginas, dedicado por su autor «Al Ilustre Ayuntamiento y al heroico y benemérito pueblo de Guayaquil en el centenario de la Independencia 1820-1920», con presentación de Abel Romeo Castillo, historiador, periodista y poeta guayaquileño de prestigio. Este trabajo es completo y abarca lo acontecido no solamente el 9 de Octubre y proyecciones, sino también la historia guayaquileña desde su fundación hasta 1820, los incendios, invasiones de piratas, medidas defensivas, leyes coloniales, astilleros, naufragios y trabajos de salvamento, instrucción, imprenta, sociedad,

salubridad, el Cabildo, el Título y el Escudo de Armas y algunos otros temas de sumo interés.

Luego del 9 de Octubre de 1820 y en este mismo año, ciudades y pueblos proclamaron su independencia. En la Costa: Samborondón, Babahoyo, Daulé, Jipijapa, Naranjal. En la Sierra, sobre todo en noviembre, Cuenca, Guaranda, Riobamba, Latacunga, Machachi, Ambato, Alausí, Loja, Tulcán y Zamora. Previamente, Esmeraldas lo hizo el 5 de agosto de 1820; a esta fecha, los esmeraldeños la están reivindicando mediante publicaciones y actos diversos.

La euforia independentista pasó de las declaraciones a las acciones armadas; se intensificó por todos los confines. Triunfos y reveses acompañaron a los patriotas que siguieron su ruta hasta alcanzar el objetivo supremo: la libertad.

En Guayaquil se conformó la División Protectora de Quito, bajo el mando del coronel Luis Urdaneta, que avanzó a Samborondón, Babahoyo y Sabaneta. Para detener su marcha por la Sierra hacia Quito, los españoles bloquearon con tropas las comunicaciones desde Ambato hasta Babahoyo. En Camino Real, al sur de Guaranda, en las inmediaciones de Bilován, cantón San Miguel, el 9 de noviembre de 1820, tuvo lugar el combate que dio el triunfo a la División comandada por Urdaneta y Febres-Cordero, lo que vino a incrementar la moral de nuestros próceres.

Con este magnífico incentivo, las tropas que habían ingresado a Guaranda al día siguiente, de inmediato prosiguieron su marcha hacia la capital, como era la máxima aspiración, de allí

el nombre de la célebre División Protectora, y llegaron a la ciudad de Ambato, que asimismo era objetivo de los mil experimentados soldados realistas, salidos de Quito y al mando del coronel Francisco González. El combate de Huachi (22 de noviembre) se inclinó a favor de los españoles, como anteriormente, el 20 de octubre, en Verdeloma, Cuenca.

Estos reveses no desalentaron a los guayaquileños que emprendieron una segunda campaña emancipadora, con la participación de personal argentino y chileno, hasta que en Tanizagua (3 de enero de 1821), cerca de Guaranda, por la acción decisiva del emboscado y belicoso cura Francisco Benavides hubo otra derrota, la que hizo peligrar incluso a Guayaquil por cuanto el objetivo final de los realistas era llegar a ese centro de la insurgencia, envalentonados por los resultados referidos. Hechos atroces se produjeron en desmedro de los vencidos: se capturó y ejecutó al jefe patriota, de nacionalidad argentina, comandante José García, a quien se le fusiló *ipso facto*, se le cortó la cabeza que fue enviada a Quito y exhibida en una jaula, en el puente del Machángara, como también se hizo con la de los indígenas Chabi y Lamiña, alineados a la causa patriota, en otros sitios de la capital. Estos hechos de terror y amedrentamiento, ni nada por el estilo pudieron apagar la llama libertaria que crecía e iluminaba la mente y el corazón libertario.

No podían ser más pertinentes y alentadores los auxilios que llegaron para fortalecer a la Perla del Pacífico que, ante los embates sufridos, se preparaba para su defensa. En circunstancias tan

desfavorables, afianzó, sustancialmente, la causa emancipadora el arribo del General Antonio José de Sucre (6 de mayo de 1821).

Sucre emprendió la campaña definitiva, triunfante detuvo en Cone (Yaguachi), el 1 de agosto de 1821, a las fuerzas españolas. A paso de vencedores, este guerrero y sus tropas llegaron hasta Ambato, en donde, en el segundo Huachi, fueron derrotados, el 12 de septiembre.

De esta forma, se estancó la marcha de las fuerzas patriotas, por cuanto no era posible el auxilio de Bolívar, ya que el Libertador no podía aún vencer en Pasto, bastión realista, como quedó indicado. Se hizo llamamiento de colaboración a San Martín, para que enviara al experimentado batallón Numancia, cuyos efectivos, que constituyeron División Auxiliar, arribaron al sur, a Saraguro, Loja, al mando del boliviano Andrés de Santa Cruz.

Es así como se engrosó la fuerza y la campaña prosiguió con elementos no solo guayaquileños y quiteños sino de otras latitudes (granadinos, venezolanos, argentinos, chilenos, bolivianos, peruanos, ingleses, irlandeses, españoles disidentes) que, en recomendable y recíproca ayuda, fueron hacia el objetivo común, la libertad.

1822 fue el año decisivo: el 21 de febrero, Cuenca se adhirió oficialmente a la causa, una vez que pocos días antes se unieron las tropas de Sucre y Santa Cruz. El ejército libertario salió de esa ciudad el 12 de abril, rumbo al norte, mientras los realistas retrocedían, hasta que el 21 de ese mismo mes, en Tapi se dio la batalla que posibilitó la libertad de Riobamba. 'Los granaderos a ca-

ballo', batallón conformado por argentinos y chilenos, al mando del comandante Juan Lavalle, originario de Buenos Aires, tuvo protagonismo de excelencia.

Ante la contundencia de las tropas independentistas, que en su recorrido hacia la capital recibían contribuciones espontáneas en hombres y más recursos al pasar por los pueblos andinos, los españoles se fortificaron en Quito. A Latacunga llegó Sucre con tres mil soldados el 2 de mayo: en esta urbe, a más de recibir hospitalidad, planificó la estrategia a seguir y, es así que, once días más tarde, con guías laticungueños que conocían perfectamente los terrenos del volcán, bordeó sus faldas nevadas y evitó enfrentarse a los cañones que estaban empotrados en los pasos Jalupana y La Viudita y al resto de tropas realistas que acampaban en Machachi, para detener a los patriotas.

La estadía en Latacunga fue clave para las acciones posteriores: aumentó sus tropas con la llegada del batallón Alto Magdalena comandado por el coronel José María Córdoba y voluntarios, de esta ciudad y pueblos cercanos, que se anexaron. Antes de que

Hechos atroces se produjeron en desmedro de los vencidos: se capturó y ejecutó al jefe patriota, de nacionalidad argentina, comandante José García, a quien se le fusiló *ipso facto*, se le cortó la cabeza que fue enviada Quito y exhibida en una jaula, en el puente del Machángara, como también se hizo con la de los indígenas Chabi y Lamiña, alineados a la causa patriota, en otros sitios de la capital.

Sucre emprendiera su partida hacia Quito (13 de mayo), ya comenzaron a salir de la capital de Cotopaxi grupos de avanzada, otros iban a la retaguardia: al coronel Maza, le hizo regresar a Latacunga, para que este oficial, a la cabeza de una pequeña columna que quedó allí, marchara inmediatamente con ella y neutralizara en Guaranda, como efectivamente sucedió, a una partida española que había en esa urbe. Este coronel salió de Latacunga el 16 y llegó a la capital de la provincia de Bolívar, cumplió su objetivo y se dirigió a Quito, donde sus compañeros de armas que iban hacia Pichincha.

El ejército libertador, con la guía de los indígenas Lucas Tipán y Fermín Padilla, después de sortear las alturas, escabrosidades y nieves del Cotopaxi, por su lado oriental y la defensa realista incrementada en las alturas de Tambillo, descendió al Valle de los Chillos el 16 de mayo y descansó en la hacienda del coronel Vicente Aguirre; luego, asimismo, burlando los puntos del enemigo pasó Puengasí, el 20, hasta que el 21 descendió a Turubamba, al sur de Quito, donde los españoles no aceptaron combatir; el 22 pernoctó en Chillogallo, en una casa hoy convertida en museo (Centro Cívico Mariscal Sucre) y planificó la estrategia final para la batalla que iba a darse en las faldas del Pichincha: las tropas, en la noche del 23, subieron y tomaron posiciones.

Fue el 24 de Mayo de 1822, a más de tres mil metros de altura, que las fuerzas independentistas comandadas por el Gral. Antonio José de Sucre, vencieron a las realistas, dirigidas por el Mariscal Melchor de Aymerich. Esta bata-

lla fue decisiva para la liberación de Quito y sus territorios. Para esta victoria, influyeron decisivamente las acciones poco conocidas del coronel Cayetano Cestari, italiano, que al mando de unos cien efectivos, a unos ochenta kilómetros al norte de Quito, mediante la táctica de astucia que

engañó al enemigo, impidió que llegara a la capital el batallón realista Cataluña (cuatrocientos experimentados soldados), procedente de Pasto, que se movilizaba a paso rápido para reforzar las huestes españolas. De no ser por ello, seguramente los resultados de Pichincha hubieran sido




diferentes. El heroísmo patriota fue ejemplar, representado en el comportamiento emblemático del teniente Abdón Calderón, que murió gloriosamente.

Al otro día, Sucre y su Ejército entraron triunfalmente a Quito, donde fueron recibidos en atmósfera de apoteosis: se suscribió la Capitulación entre el General español Melchor Aymereich y el General de Brigada del Ejército de Colombia y Comandante General de la División del Sur, Antonio José de Sucre, por la cual quedó sellada nuestra inde-

pendencia del dominio ibérico.

La Academia Nacional de Historia, con motivo del Bicentenario de la Independencia Nacional, en su segunda fase o época, está llevando a cabo programaciones condignas a tan memorable episodio: uno de ellos, la Biblioteca de la Independencia, doce volúmenes escritos por más de veinte Miembros de esta prestigiosa y centenaria corporación científica. Comenzó a publicarse, en Quito, dentro del convenio de colaboración suscrito con otra emblemática ins-

titución de nuestro país, la Casa de la Cultura Ecuatoriana. A este proyecto, cuyo primer tomo está ya en circulación, se han solidarizado, en plausible gesto, otras entidades de renombre: Universidad Central del Ecuador, Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Sección Nacional del Ecuador, Academia de Historia Militar, Sociedad Bolivariana del Ecuador y Universidad Regional Autónoma de los Andes (UNIANDES). 



Franklin Barriga López

Latacunga. 1945

Franklin Barriga López, actual director de la Academia Nacional de Historia, es doctor en Ciencias Sociales, Políticas e Internacionales. Postgrado: Universidad Complutense (Madrid) y CLAD (México D.F.) e Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador. Doctor Honoris Causa (Literatura) por la Universidad Internacional del Ecuador, que mereció la solidaridad de la Universidad Santiago de Guayaquil; también recibió otra distinción Honoris Causa, en Italia, a la que hizo suya la Universidad Central del Ecuador, entre otras distinciones de esa misma jerarquía. Miembro Honorario de la Academia Colombiana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, Miembro Correspondiente de la Real Academia de Historia de España, de la Academia Ecuatoriana de la Educación, Presidente de Honor de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, Miembro de Honor y ex Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo de Cotopaxi, Miembro Honorario del Instituto Balear de la Historia (Islas Baleares, Mediterráneo español), de la Academia Hispanoamericana de Letras y Ciencias, Académico de Mérito de la Academia de Ciencias, Letras y Artes de Nápoles, y de otras academias de América y Europa.

Su actividad intelectual se ha desenvuelto en los cinco continentes, como profesor invitado o conferenciante, en más de un centenar de universidades e institutos de postgrado. Autor de más de 120 obras publicadas y más de tres mil artículos editados en revistas y periódicos del país y del exterior. Su poema *Patria* ha sido traducido a 24 idiomas. Director General de la *Historia y antología de la literatura ecuatoriana*. Ganador del Primer Premio en el Concurso Intercontinental, organizado con motivo del Bicentenario del nacimiento del Libertador, por la OEA y el Gobierno de Venezuela (1983), para escritores de habla inglesa, francesa, portuguesa y española, con su libro *Simón Bolívar y la educación en América*. En el Foro Madrid 2007, se le proclamó «ilustre ecuatoriano de reconocimiento mundial que honra a la cultura iberoamericana».

SEGUNDA PARTE:

Galería Nacional Virtual



Título: En algún lugar

Autor: Galo Chavez

Técnica: Acrílico sobre tela

El proyecto Galería Nacional Virtual Dibujando la Geografía de la Patria, impulsado por el presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Camilo Restrepo Guzmán, tiene como objetivo difundir y valorar la creación plástica de artistas ecuatorianos que delinean desde sus territorios y realidades, la arquitectura, naturaleza, ritualidad, seres mitológicos, fiesta, simbología ancestral, costumbrismo, pero lo hacen también con contenidos de denuncia ante la inminente destrucción de la naturaleza y los problemas sociales. En él participan los pintores de las diferentes provincias del país y es coordinado con los Núcleos Provinciales de la CCE.

En esta segunda parte se cuenta con ocho pintores y escultores representantes de ocho provincias:

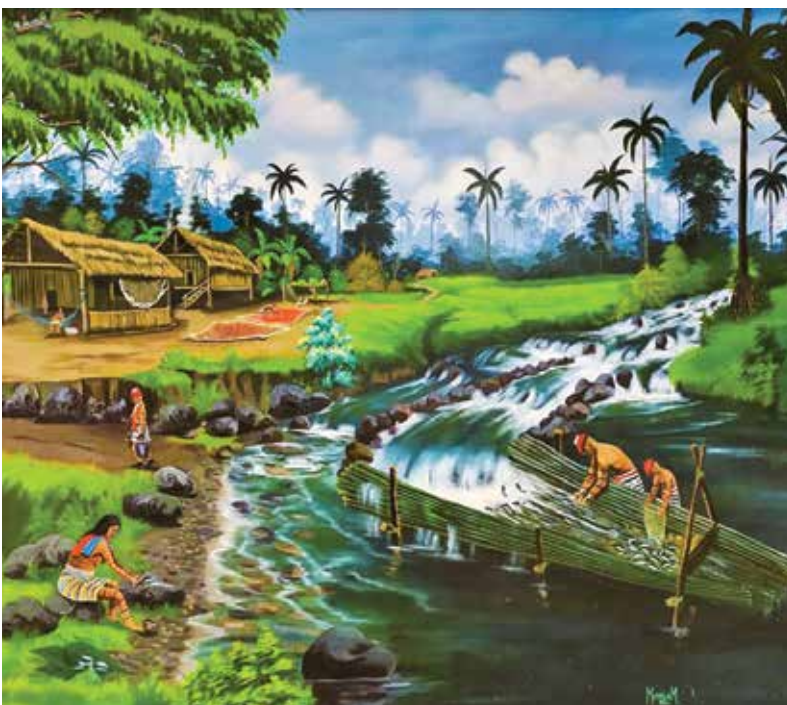
Galo Chávez Flores, de la provincia de Tungurahua, 'el pintor del agua y la naturaleza'. Con sus obras llenas de vida, luz y color, conjuga escenas mágicas entre valles y montañas donde nace el agua y la vida. Sus creaciones están cargadas de sensibilidad, en ellas el sol dialoga con lo gélido de las montañas y las nubes transitan al ritmo del viento; mirar su obra es sentir la envoltura y el caminar de la neblina que se arrastra por las rocas perpetuas de la naturaleza, vendando los encañonados para ocultar los huaicos sagrados de su atlas armónico.

Renán Quilumba, de la provincia de Napo, es un artista que se distingue por la originalidad. Sus obras expresan poder, fuerza y sabiduría. La composición la resuelve con gestos de desesperación, encierro, condena y súplica, pero también, el afecto, la paz y la espera; es como que el tiempo se detiene para llevarnos a la reflexión cargada de símbolos en medio de la diversidad. Es el fuego y el agua que surgen en la purificación de la existencia, así nos introduce a ese mundo de encanto, de sueño y de furia que grita desde las profundidades reales e imaginarias para retratar la selva donde cada elemento es parte de un todo, siendo esencial en la energía vital.

Título: Amarun

Autor: Renán Quilumba

Técnica: Acrílico sobre tela



Título: Comuna Tsáchila

Autor: Milton Morales

Técnica: Acrílico sobre tela

Milton Morales Manosalvas, de la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas, nos presenta una obra heterogénea que refleja multiplicidad de ecosistemas e identidades en el «paraíso diverso», como denomina a la serie en que representa la flora, la fauna y la identidad, a la gama de temáticas con miradas ancestrales y simbólicas que tratan de las deidades o manifestaciones de lo sagrado. Un arte expresionista en el que la forma y la composición se sumergen en las profundidades y en el alma de la naturaleza. Alegóricamente, su mente no es otra cosa que los ríos, las montañas, la flora y la fauna. Maneja un sincretismo de lo sagrado y lo profano, entre los mundos del cielo y la tierra. Su viaje en el arte le ha permitido descubrir la manera de transitar y escuchar la energía y los espíritus intrínsecos del entorno.

Danny Narváez Paz, de la provincia de El Oro, por medio de su producción consolida una manera responsable del uso de los elementos contaminantes, ante la presencia de la era posnatural que plantea un cosmos colapsado donde el amo y señor se convierte en el polímero sintético. La destreza del artista radica en la manera en que viabiliza el núcleo pictórico anclado en el dominio de las bellas artes, para trasportarnos a discursos contemporáneos amparados en la materialidad como elemento punzante y su uso responsable.



Título: Invisibilizados

Autor: Danny Narváez

Técnica: Plásdil (plástico diluido) sobre lona



Título: Réquiem para un bosque

Autora: Estela Lima

Técnica: Óleo sobre tela

Piedad Estela Lima, de la provincia de Santa Elena, de tendencia neofigurativa, de imaginación surrealista, utilizando las herramientas del informalismo resuelve su trabajo plástico. Lo hace con aguadas como velos de color brillante, desenfrenado, sublime en su composición que nos lleva a pensar en los tonos, formas y contornos de los paradigmas del fauvismo; cromáticas agresivas en algunos casos, pero cargadas de frescura; el matiz estético se ablanda en el plano bidimensional como la elasticidad de la arcilla y la flexibilidad del agua, logrando vitrificar los colores; de esta manera su libre sentimiento al interpretar los esquemas de la composición del espacio, resuelve las propuestas innovadoras y la experiencia vivencial de su creación.

Israel Vincés Cabrera, de la provincia de Pastaza, fundamenta su concepto en la transformación y alteración de la figura volviéndola subjetiva y surrealista. Su arte es una protesta ante el desconocimiento del ser humano hacia la naturaleza. Su mejor lenguaje para representar la enfermedad que afecta lo social en el afecto y el amor es por medio del arte; una pintura que busca esa relación real de los ecos, y los estados del alma; visiones e imaginaciones que luchan en el interior del pintor.



Título: Sabiduría ancestral

Autor: Israel Vincés

Técnica: Acrílico sobre tela



Título: Sexualidad

Autor: Ricardo Naranjo

Técnica: Acrílico sobre lienzo



Título: S/T

Autor: Bayardo Cuenca

Técnica: Cerámica policromada

Bayardo Cuenca Mayorga, de la provincia de Loja, construye con magistral expresión para llegar a la creación y la policromía, diversas representaciones. Modela la tierra, el agua, el aire y el fuego para entregarnos la naturaleza contenida en la forma. Prefiere el cuerpo en la plenitud abundante, las hermosuras generosas, las carnes voluptuosas que invitan al amor y al abrazo. Las redondeces que recuerdan las antiguas diosas de la fertilidad y que habitan en el subconsciente destinadas al placer, a la seguridad, a la felicidad.

Ricardo Naranjo Delgado, de la provincia de Los Ríos. Su obra fitoantropomorfa, de paisajes y atardeceres, la envuelve en policromías de composición limpia y armónica con el uso de colores ocres, pasteles y brillantes, una paleta trabajada de acuerdo al tema que le inspiran sus creaciones originadas y abstraídas del entorno natural, destacando características posmodernas del expresionismo e impresionismo. 🎯

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

ÉDGAR PALACIOS, *VIDA DE VIENTO Y METAL*

Viento y metal del sur

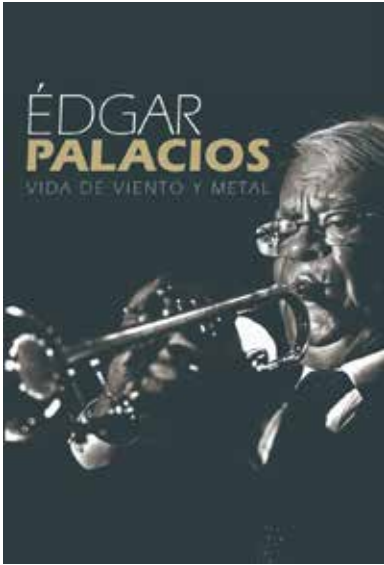
■ Camilo Restrepo Guzmán

En la frontera sur de nuestra geografía equinoccial, rompió la aurora austral con sonidos de viento y metal, Loja trazó sobre el pentagrama de su historia, la llegada de uno de los grandes hombres del devenir patrio. Édgar Palacios nació un día en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, el 7 de octubre de 1940, el mismo día en que Alemania invadía Rumania, el mismo país que habría de acoger a Édgar como su segunda patria, cuando tiempo más tarde optó por una beca de estudios para afinar los sonidos de su trompeta. El destino se lleva siempre su parte y no se retira hasta obtener lo que le corresponde, decía el escritor japonés Haruki Murakami; y sí, Édgar tenía marcado su sino no con la connotación que la lingüística refiere ese término, sino como el destino que se forja en la lucha por alcanzar un sueño.

Cuando en octubre del año 1962 Édgar llegó a Rumania, acudió al Conservatorio Ciprian Porumbescu para, desde entonces, perfeccionar lo que la vida le había dado desde esa misma mañana de su infancia en que alguien se deshizo de una vieja flauta dulce para que el maestro la encontrara tirada entre los desechos del recolector de basura, al que él se adelantaba tocando la campanilla que anunciaba su paso, y lo hacía quizá rimando con el murmullo del Zamora y de los sauces llorones, y por qué no, prediciendo su destino de músico mayor.

Édgar ha estado ligado siempre al ámbito cultural, como bandera su música y los acordes de su trompeta como huella indeleble de su esencia humana. Esa huella que se impronta en el proyecto Sinamune y que resume su actitud frente a la vida. Hoy, al son de las vibraciones por segundo que alcanzan a receptar las personas hipoacústicas, aquellas de su noble objetivo, la Orquesta Sinamune de Édgar es emblema ecuatoriano al mundo; suenan las tubas y los bombos y se agita el color patrio en los rincones de la Tierra, a ritmos simples de cinco notas, como dice el maestro, con maracas y panderetas interpretando la *Oda a la alegría*. Causalidad o casualidad, ¡si Beethoven se hubiera escuchado!

Dicen que recordar es volver a vivir, traer las cosas al corazón, traer a la memoria la permanente presencia del maestro en esta su Casa, su apoyo y entusiasmo en los caminos de la cultura, el arte y la creatividad; entonces, cómo no recordar, maestro, esos maravillosos conciertos en los parques de Zaruma y Loja, en la iglesia catedral de Puyo o de Tulcán, en el pretil de la iglesia en Montecristi ante miles de montubios que ataviados con su reconocido sombrero, sentían la magia de tu trompeta



y nos agradecían agitándolos al viento. Cómo olvidar, maestro, ese apoyo moral a nuestros soldados en la frontera Sur, en pleno conflicto del Cenepa, junto a esos incomparables músicos y amigos, Consuelito Vargas y Eduardo Erazo. Ahí se forjó en Édgar una de las experiencias más bellas de su vida, cuando el arma de la música distraía el fuego de los fusiles para ganar territorio en el alma de los soldados, sin importar que nos encontráramos en campo minado; sí, en Zapotillo, hermoso rincón donde florecen los guayacanes e incendian de un amarillo intenso la comarca, trayéndonos al recuerdo las mariposas de Aureliano Buendía y García Márquez.

Cómo olvidar, maestro, los conciertos en Madrid y en Nueva York, valorados en sumo grado por los otros y sentidos en lo más profundo de su ser por los nuestros. O esas multitudinarias ovaciones en otros escenarios que tú las recibías con modestia y sencillez, como así lo hacen solo los grandes, los humildes.

Y aunque se dice que cada persona tiene algo que cumplir

El destino se lleva siempre su parte y no se retira hasta obtener lo que le corresponde, decía el escritor japonés Haruki Murakami; y sí, Édgar tenía marcado su sino no con la connotación que la lingüística refiere ese término, sino como el destino que se forja en la lucha por alcanzar un sueño.

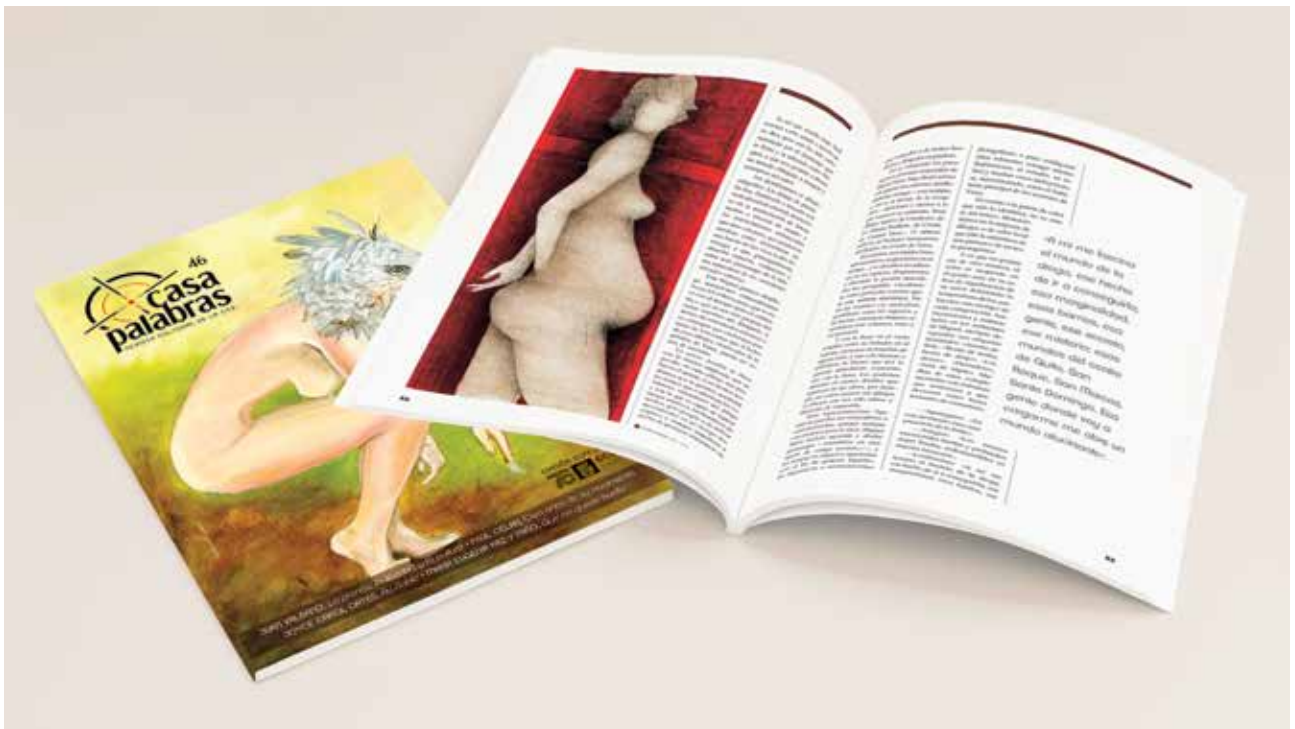
en el devenir de su vida, Édgar ha escrito por sí mismo sobre la pauta de nuestra historia, trazos de su vida misma. Y como la ley gitana que rige los caminos, la tierra y la libertad, el carromato de la historia de este país equinoccial en el cinturón del mundo, trae los vientos metálicos del sur en los acordes perennes de la trompeta de Édgar Palacios, para llevarlos por los cuatro costados del mundo, en una caravana artística que nos ha permitido conocer los sentimientos más nobles de nuestro pueblo, en el alma sencilla y noble de un maestro.

Ahora que ya hemos caminado el trecho más largo de la vida, y las tenues luces del ocaso se divisan, qué bueno, querido maestro, que hayas decidido entregarnos parte de tu historia, de tus memorias, y que lo hayas hecho con pasión y melodía, pero sobre todo, con ternura, como son tus sentimientos expresados magistralmente en el fuego inmortal de tu trompeta.

Gracias Maestro, verdadero y auténtico suscitador de la música, la cultura y la vida nacional. 🎺

Algo más sobre *Casapalabras*

■ Antonio Sacoto



Un órgano de difusión cultural, como una revista literaria en este caso, es un faro en el enorme océano del desarrollo cultural de un país, una región, una institución y nos nutre de este ingrediente y lo pone al alcance del lector en cualquier lugar del mundo merced a la red. En nuestro país el Ecuador se publicaba *Letras del Ecuador* y, gracias a la franquicia libre, esta gaceta literaria llegaba a los centros, institutos y universidades de importancia en el mundo; sin la franquicia y el costo exuberante del envío de libros y revistas, estos dejaron de circular fuera del país de origen. Los periódicos entonces tenían generosos suplementos culturales que fueron perdiendo interés y espacio a medida de la contaminación de un 'marketing' sin réditos, de tal modo que cada vez nos convertíamos en el lejano horizonte sin intercambio cultural.

«La prensa escrita abandonó hace un buen tiempo la publicación de los semanarios sobre cultura y la crítica, sin que le den cabida, sobrevive en unas pocas revistas especializadas y es como dije aún más invisible que su propio objeto», opina Carlos Arcos Cabrera. Omar Ospina advierte y remata: «Entre nosotros la actitud corriente es el silencio pavo-

roso, la descalificación gratuita» (citas de la revista *El Búho*).

Por ventura la red nos ha ayudado a difundir el desarrollo cultural mundial y así puedo decir que, a pesar de residir en Nueva York, soy un asiduo lector de libros y revistas de nuestros países y en particular de Ecuador; es así como puntualmente me llega, vía la red, *Casapalabras*, y ahora en tiempos del covid-19 me doy el lujo de leer pausada y paladinamente cada artículo. Me llegó el último número (46) de *Casapalabras* y hago mi lectura ritual tomando notas, fechas y nombres. No he podido sino admirar el caudal cultural que abarca la revista: artes, letras, pintura, literatura, creación, homenajes, etcétera, y qué lujo de plantel de colaboradores: Juan Valdano y Fernando Tinajero, los dos mejores ensayistas ecuatorianos contemporáneos; el primero, penetrante, académico y dueño de un haber literario humanístico enorme; en un número anterior cuestiona el 'Americanismo' y/o 'Hispanismo' del padre Espinosa Pólit, algo que puede sonar irreverente a algunos lectores; en su libro *Formas de la identidad*, igualmente cuestiona el aporte de la poesía Mariana del austro. Me cupo la suerte de comentar este libro en un ensayo publicado en *kipus*; Casa de la Cultura anuncia ahora la publicación de dos nuevos libros suyos y espero comentarlos cuando los consiga, porque se vive y se aprende mucho leyendo los ensayos de Juan Valdano. Fernando Tinajero, en 'Dos fragmentos sobre Kafka', confiesa que le hubiera gustado escribir un libro sobre Kafka y Dostoievski, dos de sus autores predilectos. Su enorme obra crí-

tica y ensayística está permeada de filosofía e ideología y vigorizada de una enorme dosis de pucuna (recuérdese que Tinajero es uno de los fundadores de los *tzántzicos* y las revistas *Bufanda del Sol* y *Pucuna*) y estás dotes precisamente las encuentro en su libro *El siglo de Carrión*, que he podido leerlo ahora con mayor detenimiento durante la pandemia y que invita al diálogo porque el texto al lector lo vuelve su amigo de camino. ¡A dónde el camino irá! (Machado), y hay un profundo conocimiento del asunto y actantes al tratar de Benjamín Carrión, José de la Cuadra, Pablo Palacio, et al. Sus libros son siempre una inspiración y un desafío.

Maestro del género de la entrevista, lo llamó Edmundo Rivadeneira a Rodrigo Villacís, y no estuvo equivocado como lo ha demostrado a lo largo de su carrera periodística; luego incursiona en la crítica de arte con igual maestría y conocimiento como lo demuestra en 'El arte de falsificar el arte', que lo cierra con un juicio lapidario: «La falsificación es a la estética lo que la mentira es a la ética».

Cuando preparaba mi tesis doctoral en Columbia University, en los años sesenta, sobre

No he podido sino admirar el caudal cultural que abarca la revista: artes, letras, pintura, literatura, creación, homenajes, etcétera, y que lujo de plantel de colaboradores: Juan Valdano y Fernando Tinajero, los dos mejores ensayistas ecuatorianos contemporáneos.

Juan Montalvo, llevé de Ecuador cuanto libro pude encontrar sobre el insigne prosista ambateño, sin embargo no conseguí *Pluma de acero o la vida novelesca de Juan Montalvo*, que me había recomendado mi profesor y mentor Andrés Iduarte, mexicano. «No se preocupe Sacoto, yo lo consigo en México», me dijo después de haberle contado que no lo había encontrado en el Ecuador. ¡Curioso!, fue su único comen-

Números anteriores de *Casapalabras* igualmente traen colaboraciones sólidas, académicas, de escritores reconocidos dentro y fuera del Ecuador, pienso en los artículos de Wilfrido Corral, de Leonardo Valencia y de muchos otros: Ubidia, Égüez, Pérez Torres.

tario. Él pidió el libro a la librería Madero, en la calle Madero del D.F México. Después de un par de semanas el libro lo tuve a mano. Cuando se publicó mi *Juan Montalvo*, la librería Madero adquirió 50 ejemplares. Ahí está como testimonio del valor de este libro las múltiples citas en el capítulo 'Vida', de mi libro *Juan Montalvo* publicado en 1973 por la matriz de Casa de la Cultura en Quito. De tal modo que cuan-

do me crucé con el esclarecedor artículo de Patricio Herrera Crespo 'Gustavo Váscónez Hurtado, un escritor auténtico', no pude sino, como pan salido del horno, servirme con verdadero deleite; lo subtitula vida y obra porque da a conocer muchos datos pertinentes a su vida, sus faenas diplomáticas y su obra. Patricio Herrera indica que el libro nunca fue editado en el Ecuador sino en México en 1944 y señala que en el hombre hay «una vocación auténtica... fina calidad de escritor». ¡Qué curioso!, diría Andrés Iduarte, pero los libros de Váscónez Hurtado no se encuentran en el Ecuador. Me urgía leer *La isla de los gatos pardos* para mi nuevo libro recién terminado *Ecuador: novela y diplomacia*, dado el hecho que él fue embajador. No lo conseguí en Ecuador, parece que hay una edición de 1973 en Madrid. Yo conseguí la edición de 1993 en inglés por Libri Mundi en Amazon.com. Las citas de la novela en el texto de mi estudio las he vuelto a traducir al español. Por todo ello este artículo escrito en una prosa clara y elegante me interesó enormemente.

Números anteriores de *Casapalabras* igualmente traen colaboraciones sólidas, académicas, de escritores reconocidos dentro y fuera del Ecuador, pienso en los artículos de Wilfrido Corral, de Leonardo Valencia y de muchos otros: Ubidia, Égüez, Pérez Torres, etcétera, y el sinnúmero de homenajes a nombres y obras de autores clásicos como Cortázar, Fernández Retamar, Ernesto Cardenal, Juan Rulfo, Juan Gelman y muchos otros. Además de la publicación de capítulos de novelas destacadas en el Ecuador que le llevan a la lectura y en mi caso al

estudio y análisis de la novela de Raúl Vallejo *El perpetuo exiliado*, la novela de Huilo Ruales Hualca, *Edén y Eva* y otras; al igual encontramos fragmentos de obras clásicas extranjeras de Ernest Hemingway, Herman Melville, Toni Morrison y muchos otros.

Antes de cerrar este artículo quiero referirme al primero que aparece en este último número 46 de *Casapalabras*: 'Cultura y creación artística en tiempos de pandemia', de Camilo Restrepo. Todos sufrimos la presencia devastadora y desoladora de la pandemia que ha afectado a toda la humanidad con ímpetu apocalíptico, principalmente en las secciones, barrios o áreas más vulnerables, es decir, las más menesterosas que han sido criminalmente olvidadas por sus respectivos gobiernos, y esto lo vemos en los Estados Unidos, Francia, Italia, Inglaterra, México, Brasil y por supuesto en el Ecuador. Restrepo abre su artículo con motivo de conmemorar el día de la cultura el 9 de agosto de 2020, agradeciendo el enorme esfuerzo y sacrificios del cuerpo médico en la lucha desigual con un enemigo invisible, incógnito; luego se hace un recuento de las grandes pandemias, crisis, guerras, etcétera, en la historia de la humanidad del siglo XX: la fiebre española de 1918 que igualmente azotó al mundo entero, y la lucha en el Ecuador liderada por Isidro Ayora; la gran depresión mundial del año 1929, voraz principalmente en Wall Street, que esfumó capitales de la noche a la mañana y de quienes no supieron o pudieron superar este golpe material y muchos sucumbieron en el suicidio. Igualmente se hace un recuento de las dos

guerras mundiales, de la Guerra Civil Española de 1936, de los regímenes dictatoriales y fascistas de Hitler, Stalin, Mussolini, Franco, et al. Paralelas a estas catástrofes mundiales que igualmente vive el Ecuador, se traza el desarrollo de las artes y las letras: el modernismo, el posmodernismo, los decapitados, el realismo, la pintura, la danza, el cine blanco y negro y la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1944. Todo esto, repetimos, de gran importancia, se encuentra en los anales de la historia y la literatura y las artes, pero disperso, y valdría la pena darlo en un estudio más extenso, quizá en equipo. A lo largo del estudio escrito en prosa clara y precisa, Restrepo plantea una pregunta inquietante de enorme importancia: ¿Cuál es o sería el papel de la cultura durante la pandemia? Por ello y *in medias res* nos había advertido que la cultura jamás es ajena a las transformaciones que gravitan en una sociedad en crisis. Esto es como el juicio de Lucien Goldmann: «La novela, en este caso la cultura en general, es el anillo sociológico englobante». Al final del ensayo subrepticamente se da una respuesta que ve en 'la pandemia' una oportunidad de Buscar Nuevos Horizontes y un destino de justicia y equidad social... «respaldar las creaciones artísticas culturales que reflejan el dolor, angustia y desconcierto que crea está y está creando el covid-19». La producción literaria, artística, musical, la danza, pintura, etcétera serán un reflejo de este momento dilatado en el tiempo a años y siglos o un chispazo fulminante y trágico, según la percepción de cada uno, de acuerdo a la filosofía del tiempo



que lo dilata o lo encoge. Pero esperemos que no solo se lamente en el verso plañidero la soledad y el confinamiento y la narrativa recoja los conflictos amoroso-conyugales del encierro, sino también se ponga en el lienzo, la nota musical y la palabra en la literatura, la abismal desigualdad económica de su población advertida a las claras en todas las latitudes terráqueas.

No podría cerrar este artículo sin mencionar el juicio brillante por su lucidez y contenido de William Faulkner con motivo de la recepción del Premio Nobel de Literatura en 1949, en su discurso del 10 de diciembre de 1950 en Estocolmo, Suecia, y nos viene como anillo al dedo durante esta insólita pandemia: «El hombre prevalecerá porque tiene alma y espíritu capaz de compasión y sacrificio, y el deber del escritor es escribir sobre esto». 🎯

HOMENAJE A JOAQUÍN LAVADO TEJÓN, QUINO,
CREADOR DE MAFALDA

Ella

■ Jorge Benavides Solís



Al nombrarla, todos deslumbraban por su inteligencia, su simpatía y templanza. Más todavía al mirarla siempre sonriente.

Yo establecí ocasionalmente relación con ella, pero cuando eso sucedía, admiraba sus certeras sentencias sobre las mil caras de la realidad:

Frases de fácil digestión intelectual siempre acompañadas de una línea como un cuenco. Dichas por ella, toda la aspereza se hacía tenue. Toda ignorancia puesta en evidencia requería compasión. Toda crítica implacable aparecía como una observación de paso pero duradera. Nada se le escapaba. Tiene una inteligencia intuitiva puesta en evidencia como si fuera un filósofo, artista o intelectual preocupado por todo cuanto sucedía a diario: matanzas,

hambre, injusticias, discriminación, solidaridad, amor, desengaño, traición, en fin.

Hablaba treinta idiomas. Pocas veces se enfadaba. Eso sí, de vez en cuando reñía y protestaba. Era conocida en todo el mundo, sin importar la hora en la que aparece y se oculta el sol. Los gobernantes idiotas, imbéciles o déspotas y todos los políticos no podían con ella. Era una niña desparpajada; por su edad decía las verdades que sorprendían, arrancaban una sonrisa, invitaban a pensar, confirmar o adherirse a ellas. Hoy lo he constatado en Internet.

Mafalda: una amiga siempre bienvenida gracias a la vida concedida por un genio: Quino.

Él se ha ido pero ella no le ha hecho caso. Se ha quedado. Para siempre. ☹



El último número de la revista *Letras del Ecuador*,
también en formato digital



www.casadelacultura.gob.ec/postpublicaciones/



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Librería de la Casa

ABIERTA AL PÚBLICO

NUEVAS PUBLICACIONES



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 110
www.casadelacultura.gob.ec

Atención de lunes a viernes de 09h00 a 14h00